

LORENZO GARCIA VEGA

ESPIRALES DEL CUJE

ORIGENES

15000

3322200

4464

©

ESPIRALES DEL CUJE

Para Mariano Brull, con mi estimación
a su persona y obra,
de

Lorenzo María Vega
La Habana Enero de 1952

San Rafael 772

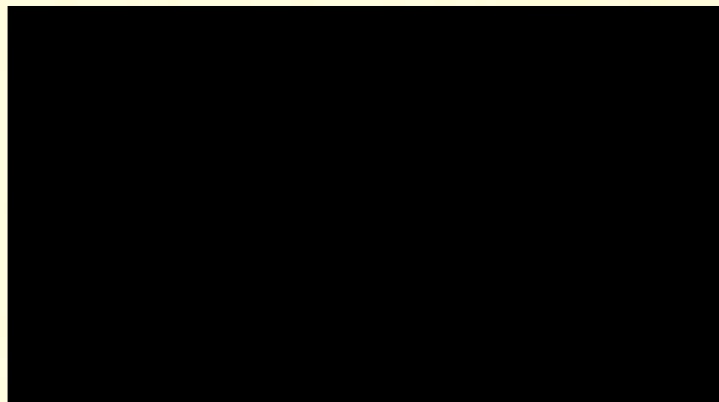
LORENZO GARCIA VEGA

ESPIRALES DEL CUJE

ORIGENES

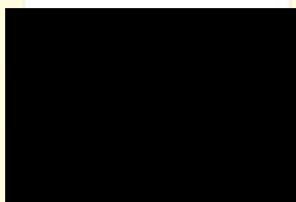
LA HABANA

1951



Reservados todos los derechos.
Copyright by Lorenzo García Vega,
La Habana, 1951.

Impreso en ÚCAR GARCÍA, S. A., Teniente Rey No. 15, La Habana



A

J. LEZAMA LIMA

*—cuando oía estos relatos en mi adolescencia—
por el privilegio de su amistad
y de su magia,
tan esencialmente criolla.*

Ofrecerse así, de uno a otro, los instantes, las reminiscencias de los instantes. Entonces, sí, como de un punto a otro. Era una tarde como cualquiera, un pensamiento, una reminiscencia. Pero sólo el deseo, iluminaba, a veces, los rumores casi inútiles del recuerdo.

Porque ya tenemos aquí la situación, una situación: el bamboleo de la máquina en la tarde, los instantes... Porque tenemos un comienzo: ...Y era la tarde: móviles, vacíos pestaños de la luz por la ventanilla del automóvil. Móviles pestaños, a todos lados, indolentemente seguidos por la vista. Era otra vez, aquella vista de los patios, tantos, fabulosos. Los patios con sus cuentos abiertos, con mi abuelo don Pablo Travieso andando como si nada. Era el respirar como sin comprender; mis historias de niños, mis otras tardes.

Sí, el vacío de los pestaños de la luz por el automóvil, como un viejo temor a las tardes; y

surgían—¿con qué rostro?—los sueños de mi infancia en el pueblo, los sueños de los campos. Sueños como la misma fijeza móvil del viaje, sueños que a veces parecían erguirse en rabia absurda para sólo ofrecer unos enrejados o los cuadros de Gil Blas en la sala de abuela. Sueños también como ciertos relámpagos del viaje, mostrando en su discurso mudo—casi filmico—cierta fuga hacia el pasado de las imágenes que nos trae la máquina; y, así, en la manera de posarse ciertas sombras por la ventanilla, su oscuro, atraía el relieve irreal de ciertos recuerdos muy borrosos, sombríos casi en su lejanía.

Y era como una olvidada liturgia, la vaga obligación que nos tocaba de hablar de los soplos, de los recuerdos. Una vaga obligación de entrar otra vez por el recuerdo, de mirar aquellas tierras. Un toque, que a veces era como una rabia, de mirarnos la tarde del viaje un poco más, hasta el recuerdo.

Era también buscar. Sí, aún con la ironía del viaje—entrada ya la noche, con los pueblos que empiezan a recoger en sorbos lentos—, con la ironía de todo. Buscar, con lo que se sabe y que es un disiparse hacia el olvido, con lo que es extraño en el recuerdo. Buscar, con algunos soplos en la

tierra, los recuerdos, que es mirarnos también hasta estar solos.

Estar solos, porque es ver por el recuerdo, y preguntarnos, ¡tantas veces!, las enormes dudas casi irónicas. Porque la entrada de la noche va aumentando los sortilegios de las pequeñas casas campesinas. Esos sortilegios solos, rotos, como un enorme estar entre nosotros. Sortilegios de las casas de campo, de algunas casas de los pueblos, con la luz de los quinqués iluminándolos siempre por los años que vamos viendo, que vamos siendo en la nostalgia mágica de evocarlos. Años de las viejas casas con un solo discurso casi mudo—con esa mudez ingenua de las viejas bodegas de pueblo—, repasando el olvido, repasando las imágenes de tejares—los que estaban una noche de Reyes—, repasando los palomares del viejo don Matías.

Sí, ya era toda la imagen de mi infancia en la provincia surgiendo de aquellos bamboleos de la máquina—la máquina, en su entrada por Perico, y los rincones reminiscentes, extraños, en los portales de noche—. La imagen, con todos los ecos que tienen para mí ciertas palabras. Y era, al conjuro de la palabra tierra, saber los sábados en el patio de la casa de abuela mientras, detrás de los muros grandes estaba el Liceo, con su cielo de un

poco más allá. Sí, era saber a través de las imágenes de mi infancia la locura alegre de las palabras; y, era la misma palabra cubano la que venía a mí para llenarme de soplos las imágenes de mi recuerdo; la palabra cubano que surgía de mi recuerdo para traerme los viejos danzones que se bailaban en el Liceo. Sí, en la palabra cubano me llegaba el festival de aquellos bailes, con sus danzones, tan tiesos, como para ser bailados por lejanos criollos de leyenda. Y era de este recuerdo de los danzones en el Liceo de donde se desprendían las imágenes todas de lo que era para mí la provincia, de lo que era para mí la... política; esa política también como en festival, con su Tirano tan hispanoamericano, lanzando sus imposiciones enormes; con aquellos criollos recuerdos ofrecidos en la suave ingenuidad de sus anécdotas.

Y es así saber por mis recuerdos la nostalgia de los lugares, de la tierra. Y es el venir de las preguntas a arañarnos la angustia de estar en toda esa proliferación de los recuerdos; es la necesidad de sabernos a través de la nostalgia de nuestros cuentos, de nuestras anécdotas.

Y, así, Cuje, vas surgiendo tú. Sabiendo... o dudando con nosotros del nombre de nuestros oríge-

nes. Apareciendo, ¡tan solo!, por la necesidad dolorosa de apretarnos los recuerdos.

Y, así, Cuje, tú surges también de la promesa de aquella noche, del conjuro de aquella noche. Porque era saber entre aquellos caminos—la máquina entre los campos solos, más rojos que nunca en su noche—ese enorme deseo de confesarnos los recuerdos para poder acercarnos los toques de las imágenes. Era buscarnos el recuerdo para cosas enormemente absurdas, como el querer apresar la nostálgica tiesura de las viejas bodegas de campo.

Y, así, Cuje, tú también surgías conmigo, en mi recuerdo. Y era tu nombre ayudándome los fugitivos pasos de mis imágenes. Y eras, y eres tú, Cuje, rompiendo, un poco solo, por el mirar primero del recuerdo.

1

Jagüey es el último pueblo en la línea del tren —“aquí el tren entra de espaldas”, dicen los viejos, casi con orgullo—y, a él entramos después de su cementerio pobre y de los piñares cercanos a la casa del guardalmacén. Entramos, y con ello, nos vamos poblando con la alegría de sus tardes; de la alegría ingenua de los pueblos de campo. Y van las cosas—desde el mismo comienzo del pueblo—diciéndonos su pobre espontaneidad de *estar ahí*, sin un más, familiares. Y vienen hacia nosotros los juegos de los niños, desde los hierbales del paradero; y el Liceo a anunciarnos sus fiestas, con el arañazo de sus nostalgias, con la lejanía de aquellos tertuliones que se formaban cuando yo era chico. Es el pueblo; y él nos recibe, con un solo dejo, con una sola presencia; y su poesía también está ahí, desde el mismo instante, a llevarnos al verde de sus tardes de siempre.

El pueblo está por todas partes, enseñándome, mostrándome la niñez. Asomando por cualquier

puerta sus anécdotas; sus puertas con el historial de las familias, con sus inconfundibles presencias; sus puertas, tan conocidas, que las sabemos siempre en su inmovilidad y en su leyenda. Puertas, como las de las casas de las abuelas, que encontrábamos *ahí*, desde el primer momento de nuestra niñez, como hechas para vivir de la misma vida de aquellas tardes. Puertas, como las de las casas de las tías; puertas que ya sabían la magia de las casas: y, así, la de la casa de tía Lola, nos evoca su deliciosa cortesía y su manera, ¡tan de las tías!, de estar en sus costuras por la tarde; y, las mañanas del domingo en que se tomaba chocolate en la mesita del patio. Así, también, la puerta de la casa de tía María, evocando sus arecas—aquellas arecas que hacían reír a mi padre, porque si uno se ponía a elogiarlas mi tía nos decía que nos la lleváramos todas, *que llamáramos al carretón ahora mismo*—y el rosal del patio—que el espiritista mandó a cortar—. La puerta de casa de tía Elvira, azul y grande, que era como la misma casa; aquella gran casa de madera, con sus patios enormes, por donde se podía estar jugando siempre; aquella casa, con la proliferación de sus ventanas y los descubrimientos que se hacían por los patios, mientras se oía el ruido seco de la carpintería de al lado.

En las puertas, en cualquier detalle, puedo hallar

la nostalgia de aquellas anécdotas de antes. Y surgen, en cualquier momento, los personajes fabulosos de la niñez, con su mismo desenfado delicioso.

Ahí está don Víctor Villar—ya no puedo recordarlo más que con cierta lejanía, sin precisión—, lleno de su españolismo delirante, lanzando sus anatemas tremendos *a estos cubanos jóvenes*. Ahí está, siempre en su Casino, que era para él como una cuestión de honor. Sí, y recuerdo aquella tarde en que yo venía de jugar; el Casino estaba todo cerrado, pero, en el portal, muy orgullosamente sentado, estaba don Víctor. ¡Aquello fué instanteo!: al pasar le grito:

—Viejo, ¡qué sucio está este Casino!

Y entonces don Víctor, en el colmo de la indignación, como un Quijote, me contestó:

—¡Muchacho, más sucio estás tú!

Era también don Octavio, con sus consejos y aforismos que tanto respetaba mi padre. Don Octavio, sentado en el hotel—la silla se la trajo el mismo dueño—como un patriarca. Y eran todos, oyendo sus historias de la fundación de Jagüey, o sus recomendaciones, como aquella que le daba a Prudencio Santana:

—Mira Prudencio, a tu hijo no se te ocurra, ¡pero no se te ocurra!, ponerle tu mismo nombre. Eso es un disparate.

Y después venían sus razonamientos, sentenciosos, iluminados por sucesos de historias familiares. Sus razonamientos, que hasta en mi padre producían una favorable impresión. De aquí que, oír a don Octavio era cosa casi de deber. Por eso, en una de aquellas mañanas, al verme don Octavio llegar con un viejo revólver roto que me había regalado Arturo Lorenzo, me endilgó—con índice en alto y todos los andamiajes—la monserga deliciosa de los *revólveres que el Demonio carga*. Y así siguió, dice que te dice, hasta que yo, apuntándole, le espeté lo siguiente:

—Viejo, ¡te mato!

Y don Octavio, en ira, me gritaba:

—Muchacho, ¡mátate tú si quieres!

Era el médico Vera, que con una enorme piedra en la mano, en mitad de la calle, me increpaba, diciéndome:

—¡Una más... y yo también tiro!

Y don Abelardo, en su solteronería tremenda. Don Abelardo, con su neurosis de delicias; que iba con sombrero y saco a ver los juegos de pelota. Y así, en medio de su seriedad tremenda, al pasar junto a mi padre, refiriéndose a mí, decía:

—Con el muchacho, mano fuerte. *¡Una gran mano fuerte!*

Sí, era el Jagüey de mi niñez. Ese Jagüey, tan

del momento de entonces, que no puede aparecérsenos más que así. Y, entonces, evocarlos, es traer cosas como el radio del Liceo, en el cual, por la noche—puertas cerradas—se reunían los opositores para oír las noticias contra el régimen. Cosas como los días en que había fiestas populares—con toque de diana al amanecer—, en que las muchachas se estaban en el parque con sus sombrillas, mientras, los guajiros, con sus caballos, trataban de ensartar la argolla. Cosas como la caída de Machado; y las salas de nuestras casas encendidas, como para que no las olvidáramos así; y, la botica por la tarde, mientras se veían los voladores lanzados en el Liceo; y los guajiros pasando en sus caballos—algunos con el sombrero en la mano—, con Socarrás, el del sitio cercano a “Pereira”, en sus gritos...

Jagüey con sus soplos, con sus anécdotas. Apareciendo, también, el circo. El circo, con su día de despedida: sí, el dueño salía a la pista y decía muchas cosas, entre ellas, que él nunca olvidaría a Jagüey. Cosas que daban ganas de llorar y más, cuanto que detrás del dueño estaban los payasos y los trapeceistas con caras que yo creía tristes. Mas, que sí, ¡no había duda!, al Jefe de la Policía se le veía preocupado también. Y era salir del circo, con las noches frías, con la sensación de nuestros

abrigos. Era salir, y la conversación de nuestro padre con las personas mayores, tan altos; y sus conversaciones siguiendo y siguiendo, absurdas, mientras la noche se nos iba poblando de despedidas, de los caballos del circo por los caminos—que a mí se me antojaban desiertos—, de los payasos, de la nostalgia en los carburos de la luz del circo.

Y el cine también. ¡Tan cine de pueblo! Con los anuncios que exhibían en el portal del hotel; los anuncios que veíamos hacer—con pintura negra—en las mañanas y, que más tarde, se empolvaban con el paso de los caballos. Sí, era el paso al cine, después de la comida—y el embullo que casi nos hacía correr—, el paso por la calle del Liceo, mientras las primeras luces se iban encendiendo en el parque: sus luces apagosas como para hacer más cierta la noche. Y la llegada al cine, con su cortina vieja y roja, de flecos gastados—como tienen que ser las cortinas en los cines de pueblo—; el cine con sus palcos de sillas tiesas, y los ventanales desde donde se veían las matas de mango del hotel. Con la llegada de don Mariano Mendía, el dueño del cine, sentándose en el palco de atrás, como para que las cosas empezaran bien. Y eran entonces aquellas películas tan sonsas. Aquellas películas con sus inevitables vengadores

sobre caballos blancos; y, los *intermedios*, en que una muchacha del pueblo se sentaba en el piano—¡tan como si nada!—y tocaba las canciones de moda, entre aplausos provincianos.

Eran también las veladas. Con la cortina verde y la campanita tocando a cada rato para avisar que las cosas iban bien. Con el mismísimo Alcalde, sí señor, que aparecía al principio de la función para arengar a “este honorable pueblo de Jagüey”. Y el poeta invitado—¡laureado en el Liceo del Perico!—melenudo y despampanante, que inevitablemente aparecía en todas las veladas. El poeta vestido de blanco—aunque algo sucio, por lo del *inevitable descuido que deben de tener todos los poetas*—muy en lo serio, lanzando sus *versos del corazón* entre la algazara de las muchachas.

Cosas de Jagüey, para que siempre fuera todo así; con la eternidad de sus mañanas, de sus olores. Cosas del pueblo—porque después vienen las cosas del pueblo en una calle, en un rincón, en una tarde—, como el paradero, con sus juegos de antes, que sigue llevándonos el deseo, mostrándonos la ingenuidad de sus visiones. Cosas del pueblo, a llevarnos las noches, los instantes, sin pasar: quedando, deslizándose por el rincón aquel, o por la anécdota sonsa del compadre.

Aún temprano en la noche, los ruidos en el

pueblo de Jagüey, adquirirían una calidad en sordina, un desperezarse fantasmal. Sólo los guardias serenos del tren ejecutaban el rito de la vigilia con su conversación de silabeos y de cigarros en el paradero amarillo. Solos ellos se asomaban a la noche con su rústica inocencia de viejos conversadores y sus cuentos, sus pausas, sus silencios trazaban el arabesco de una vigilia cálida, como en compadremos de café.

Había ruidos que soplaban en las camas de los niños. Un paf de la rana, tan preciso, tan lujoso en su cama y que ya más tarde, jamás volviera a ser cordial. Ruidos tan unidos, tan dulces en su locura chica que eran uno solo en la imagen de los niños: de las conversaciones rajadas de risa de los negros jugadores de dominó y la musiquilla socarronamente triste del ocioso Eleuterio que por una disposición sobre la vagancia, del presidente Machado, había sido obligado a trabajar por el Supervisor, en la panadería. "Tonadilla" que decía:

No trabajo por dinero,
ni tampoco por amor;
trabajo por un consejo,
que me dió el Supervisor.

Música, arabesco, rito que diseñaba la fuga de las imaginaciones infantiles y que llenaba el si-

lencio de adivinaciones y de presagios. En Jagüey todo ruido era un hecho, un sortilegio o una farsa y había las intuiciones de su forma en la tradición de los viejos. Así la abuela Constanza al oír en las vísperas del almuerzo, el tac-tac sordo, mortalmente apaciguado del viejo caballo, iniciaba en su recuerdo los esplendores juveniles del abuelo en Casimbalta, sus aciertos en las cazas por lo del "Paraíso" decía, quieta, solemne: ahí llega Pablo.

Los ruidos daban a los niños la cifra de sus cuentos, de sus iluminaciones, y lanzaban sobre sus sueños, el serpenteo de la tierra, ya hecha pura danza de conjuros. Así, el paso de la carreta en la noche llenaba de bamboleos los ecos, y hacía silbar los muebles, despertar las persianas y lanzar intrusa hacia los cuartos el demoniejo terroso de la luz de los faroles.

Ruidos como sílabas de la noche de campo. Allí comenzaban las historias de los niños, las pupilas de sus terrores, sus danzas. La noche tan grande de los campos, tragaba sorda la inútil cetrería de los fantasmas vegetales.

Colas, tintineos de botellas... En la mañana yo desplegaba mis habilidades mercantiles en la botica. Allí estaba el dependiente, Eufemio, que recibía los pomos vacíos y tasaba generosamente su valor. Ya, cuando yo había acabado de vender las botellas vacías para la botica de mi padre, Eufemio las ofrendaba al agua con un paso ligero de esponjas que hacían resaltar el tintineo de los cristales.

En el mostrador de la botica se entrecruzaban los deberes cotidianos y la cháchara de los varones opositores del pueblo, en los sillones de mimbre. Aquellos sillones de mimbre con calidades de tarde, con rotos pequeñitos, con cric-crac de siempre. Sillones de mimbre hechos de cotidianidad, de silencio de los abuelos, de anatemas de Notario, del carnaval en sordina de la provincia. Allí se interrogaba a los billetteros y se lanzaban los cuentos guajiros en quebradas de risa. Rogelio el billettero de Jagüey que ante las provo-

caciones de un asalto o ante la pérdida de algunos de sus billetes decía sombríamente:

—Aquí hay *complice*.

Alberto Oscar, billettero de Unión de Reyes, negro y gordinflón que exasperaba su voz y mi terror cuando con el artificio en alto de sus manos gordas, decía:

—Con estas mismas manos, con éstas, enterré a mi mujer y dice la espiritista que la vió por La Habana.

Otras veces la conversación de la botica se rajaba de indignaciones opositoras. Adquirían los contertulios su inconfundible terrible de enemigos de Machado y lanzaban como cetrerías valiosas las amenazas cósmicas contra el régimen, y las noticias de una radioemisora fantasma instalada en las playas de Miami. Allí estaba Eleuterio Ruiz muy... pero muy capaz de matar al mismísimo señor Presidente, ahora guerras no, eso sí que no, ya él la había dicho en la visita al pueblo de dos terroristas universitarios:

—Miren muchachos, acabemos... que si yo hubiera querido guerrear, hubiera entrado en el ejército.

Conversaciones de oposición literaria que a veces adquirían su más puro acento, su calidad mejor. Eran esos días en que concurrían los más esenciales

ejemplares del tertulión, ofreciendo el vivo gesto de sus estampas.

—Yo creo que todos estos males comenzaron con el cooperativismo—silabeaba solemne Antonio Flores, socio eminente del Liceo y lector entusiasta de Bernabé Varona. Y los estilos personales se cruzaban en el ofertorio de sus gestos. Allí estaba don Abelardo, solemne y personal en su dignidad de rentista; allí estaba Echemendía, poeta de Matanzas, masticando agorerías revolucionarias en sus decires modernistas; Bigotes, el dueño de la bodega de la esquina, que indignaba a los rurales con su "sindicalismo" y agotaba sus despensas en los lunchs oposicionistas de la trastienda en que Echemendía lanzaba vehementes recitales de Darío; allí estaba Andrés, simpático diletante de pueblo, con su jipi de lado y su sonrisa, con su socarronería "fin de siglo" y las delicias de sus preferencias modernistas.

Todos los días el bamboleo de la venta de las botellas. Y yo recibía aquellos prolegómenos oposicionistas, aquellos canturreos modernistas. Allí estaba mi padre en su delirancia, en su sueño de grandes boticas de la calle Muralla, donde el hechizo de los morteros diseñara el aristocrático artificio de los ejecutantes, donde las ventas, la continuidad del quehacer, tuviese la más nítida

transparencia criolla. Ah, y nada de vulgaridades, cuando Martín Rubí ejercía—y lo hacía en solemnes ocasiones—agrupaba el más vivo ballet provinciano, con sus mangas al aire y la proliferación de sus pañuelos de hilo, enloquecía al práctico, al dependiente para así consumir el feliz ejercicio de unas píldoras...

Casi siempre ejercía el práctico Joaquín, el que manejando extrañamente un estetoscopio, sermonaba pacientemente a los guajiros. Así, en los finales de la tertulia se oía el soncillo conocido de Joaquín, ante aquellos pacientes guajiros, tan socarrones:

—Y, sobre todo, nada de chocolatico, eh.

Los Rubí eran la familia de mi padre, eran una familia silenciosa. Mostraban palpablemente ese rostro en sordina de la provincia. Sólo la bisabuela ya muerta, los había asombrado con sus irrupciones violentas y sus escándalos de delicias, como cuando, airada, le decía al concejal González: —A doña Felicia Socarrás, en el parque nunca la verás.

El esplendor de la casa de los Rubí se revelaba en la cocina, ya fuera en su temporada de pueblo, ya cuando estaban en el ingenio. A la madrugada, me despertaban las volteretas de un quinqué en las manos de mi abuela, que acomodaba sus sombras para echarse el chal y presidir el rito de la cocina. Allí estaba Bernarda—a quien yo llamaba Marardina—y su esposo Alejandro. Marardina llevaba con meticulosidad preciosista todo el ejercicio de la casa y sus deberes, sus pasos, sus vigilancias se le habían convertido en motivo de infinitas tristezas. Así, cuando la lluvia estallaba, la abuela y ella correteaban por la casa; cubriendo

con mantas los espejos, aderezando rezos, sufriendo conjuros, y, ya más calmosas, cuando la lluvia seguía su tic-tac monótono, Marardina con un carbón encendido en la mano se dirigía a los que estaban en la cocina y decía:

—Es que la pena lo está matando a uno.

Pero, bah, no era la lluvia sola, que si había buen tiempo, Marardina, cejijunta, decidida, salía al patio con una escopeta, y lanzaba repetidas cargas inútiles, sobre el crescendo de los gorriones sobre el tejado. Y había que ver aquellas cargas sobre el concierto socarrón de los pájaros, y la queja airada, muy airada de Marardina: —¡Que estos pájaros nos van a volver locos!

Otras veces eran los cuentos de Marardina. Aquellos cuentos en que yo veía la fiebre de las noches de campo, la casa del Sinú. Aquellos cuentos en que mi padre había salido—¡hay que ver!— con su chal de ropas para La Habana. Y se había ido, y se había ido mi padre, y quería estudiar carrera y había sido guajiro, guajiro del Sinú. Y miren tal cosa—decía Marardina—si el padre de tu padre, el abuelo Martín no sabía leer y contaba y medía los campos de maíz por puro acierto. “Y había que ver como salió tan triste para irse a estudiar.”

Y eran los cuentos que ella me hacía, donde me

hablaba de un cura que había muerto en la ciénaga. Y eran los cuentos... y el fogón estaba en medio de la cocina vieja. Y todo estaba limpio, limpio y el cura había muerto horriblemente en la ciénaga.

A veces venía el amigo Juan Cairo, con su cigarro tan fumado a la guajira y sus guayaberas de tanto sabor de campo. Juan Cairo que masticaba sus conversaciones de viejos capitanes españoles, de la fundación de Jagüey, de la batalla chica en la Laguna del Tesoro. Y la abuela Angela en la seguridad de sus años, cuando él se iba, cerraba sus ojos y nos decía en sordina:

—Mentiras, mentiras todas.

Pues la abuela no podía soportar los melindres, los artificios y retoques que de su pasado hacía el buen Juan Cairo. Y era de ver muy en la madrugada, cuando todos se sentaban en la cocina: las preguntas ingenuas de Marardina, las "largas batallas" de Juan Cairo y el delicioso desprecio en sordina de la abuela. Todas las madrugadas, sí, venía a tomar su café el guajiro Juan, para después salir acompañado por Alejandro para el ingenio. Todas las mañanas, aquellas ingenuas batallas sordas donde se deslizaba en delicias los recovecos, los andariveles cotidianos.

Sí, los Rubí eran una familia en sordina. Desple-

gando sus quehaceres entre tristezas sabrosas y quejidos de deleite. Sí, ellos comenzaban espléndidamente en madrugada, en la cocina de la casa del pueblo...

Los Travieso habían llegado de Casimbalta. Mi madre me contaba como ella, tan chica, había entrado montada en la grupa del caballo de Justino—Justino con unos grandes bigotes rizados—y que entraron por la tarde en el pueblo, con muchos, muchos caballos, que fué por la parte donde vivía Isidro Torres, y que ella iba en la grupa del caballo de Justino. Ella me contaba que era muy triste haberse ido de Casimbalta y que ella no lo podía olvidar. Ella hablaba de las cercas de piedra “que brincaban los mayores”, de la filarmónica de tío Tato y del día que llegaron las Castillos con unos sombreros que parecían los cuernos de los visigodos. Ella me decía que Jisabel y tía Rosa eran las más fuertes y brincaban, brincaban las cercas que ella nunca pudo brincar. Y decía que allí era muy hermoso el sonsillo de los arrieros y los cuentos de aparecidos en que los guajiros cejijuntos decían: Yo no sé si esto es verdad o no es verdad, pero a mí...

También me hablaba de las visitas de Abelardo Medina, cuando hablaban sobre el litigio que tenían los procuradores con su hija adoptiva y como Medina no hablaba nada, nada, pero que al hacerse la pausa en la conversación decía: Si me quitan la niña...—y no volvía a decir nada. Así sin más.

Sí, era muy hermoso y conmovedor cuando mi madre hablaba de Casimbalta. Y los días que venía a vacunar el médico Vera y como ella y sus hermanas huían hasta el arco-iris allá por el potrillo de Pancho Vueltabajo. Sí, y habían los días de bailes y mi abuela estaba frenética y había llegado mamá Pina. Sí, y nadie quería ir en la grupa del más feo... Y era cosa de reírse, pero de reírse a no acabar—“tanto que tu abuela nos pellizcaba—cuando se veían los primeros faroles del guateque. Sí, era tanta la risa cuando salían los Suárez y le decían al abuelo: —Pero pasen, pero si es el compadre Pablo, pero pasen.

Y era tanto el bochorno, también, que uno acababa por dormirse. Así mismo. Por dormirse en aquellos “salones para arreglarse” donde siempre había un niño de pecho con un biberón punzó. ¡Y era de estar allí para dormirse con aquel quinqué, que era el mismísimo demonio, cuando tu abuelo empezaba a tocar el acordeón! Sí, los Tra-

vieso eran una familia guajira que había llegado de Casimbalta. Eso no se podía olvidar.

Toda la familia giraba continuamente alrededor de mi abuela, aún cuando ella al llegar al pueblo fuera perdiendo sus ánimos de lucha y comenzara en sus neurosis, en sus quejas. Había sido mi abuela, tabaquera en Matanzas, ya con el abuelo habían girado sobre ella los quehaceres de la finca y cuando emigraron a Méjico, por un tiempo, al enfermar mi abuelo mantenía ella toda la casa con su trabajo de costurera. Ella evocaba aquellos tiempos, cuando Gonzalo de Quesada en su labor revolucionaria, llegaba los sábados por la tarde. Y ella le peleaba fuerte—a veces hasta muy fuerte—cuando le daba su contribución semanal con sus ahorros de la costura, pero él era un caballero—decía mi abuela—y contestaba como un caballero y yo acababa de darle café en la jícara que tenía para él. Sí, ella admiraba su ofrenda revolucionaria, su manera gentil de solicitar y sobre todo ella nos hablaba de sus pañuelos blancos, tan limpios y tan finos.

Sí, toda la familia giraba alrededor de mi abuela, pero ya ella en el pueblo no abandonaba nunca su habitación. Y allí en su cama grande—tan de siglo pasado—lanzaba ditirambos y centellas, órdenes y delicias. Su cuarto, aunque cuarto de reclusión

tenía una enorme ventana hacia la calle y era de ver cuando mi Abuela en medio de sus sopores, al oír unos pasos por la calle, preguntaba a sus nietos: —¿Quién pasa? —Abuela, que es Eleuterio Ruiz. Y mi abuela en un imprevisto vencimiento de su enfermedad se sentaba en la cama y con voz trompeteril decía: “Llámenlo”. Y, ay, cuando don Eleuterio estaba frente a su ventana, allí eran los anatemas genealógicos, el “centelleo” y el decir apocalíptico:

—Pero, doña Constanza...

—Nada. ¿Usted qué es lo que piensa con esas piñas que nos mandó?

—Pero mire, Constanza, cómo iba yo a engañarla...

—Nada me extraña, si su abuelo Pancho fué cuatrero por Casimbalta.

Otras veces eran las reuniones de familia. Allí se reunía toda la familia alrededor de la cama de abuela. Hijos, hijos políticos, sobrinos en comienzos de sordina iban ocupando sus papeles, su necesario espacio—allí parecía que no iba a ocurrir nada—. Y comenzaba la conversación con apariencias de delicias pero, ay, insinuándose ya las terribles ironías de la abuela... Y entonces, en algún recoveco banal de las pausas, lanzaba mi abuela, ya directos, sus anatemas sobre algún familiar.

Aquello era el escándalo; tías que se levantaban airadas, sin que su terrible desplazamiento las llevase a abandonar la habitación; sobrinos como ascetas socarrones recibiendo el chaparrón; y mi abuela en el medio, sentada al borde de la cama, espejuelos sobre los ojos, dirigiendo colérica aquel ballet de catarsis familiar. Hasta que ¡milagros de delicias!, un tío enorme, cejijunto, prepotente, ¡oh milagro!, hacía llores increíbles. Y allí era el acabóse: las tías empezaban a gemir, hablando de su infancia en Casimbalta; el abuelo huyendo con su capa negra, para desplazar en la ausencia su sordina estoica; y, en el centro, ahora en nuevo giro, mi abuela. Mi abuela, que con un gesto impreciso de la mano, parecía un médium:

—Ay, mi fatiga. Ay, me muero. Antonio.

—Cálmate, mamá, cálmate—decía una tía.

—Ay, que me muero.

—Bajen de voz, qué dirá el periodista que vive en la esquina—decía un cuñado estoico.

—Al demonio el periodista y todo el mundo, no hay nadie mejor que los Travieso—decía mi abuela con voz ya fuerte en medio de su fatiga.

Pero ya el escándalo se iba aminorando y entonces tío Tato con su voz cansada y mano por la calvicie—a espantarse tanto demoniejo triston de la familia—decía:

—Tica, Ticaaa... Hija, un poco de café.

Y se servía el café en puro acierto de finales, quedando algunos tíos despeinados de aquella catarsis de trompetas y de enredos. Suave berrinche familiar que era como el bautizo de sus gestos más natos.

Acostumbraba también abuela Constanza a recibir visitas de compadres. Los compadres en caballitos bañados, tan bien trenzados por la tarde en la finca. Los compadres con sus hijos pequeños de cachucha azul. Y el asombro de su recibimiento era magnánimo:

—Pero si es la comadre Constanza.

—Apéense, Pablo, Pablo.

Y bajaban de sus monturas en sillones las guajiras comadres con sus trajes amarillos, con sus aretes de bisabuela, con sus risas y sus "eles" acompañantes. Bajaban, mientras el compadre repartía en alboroto su saludo fuerte de amigote y sus bravas palabras de ternura. Y era de ver cuando llamaban a los niños de cachucha azul y decían pero este es el mío, Constanza, y aquellos niños haciéndose entonces puro azoro, tan pobres, allí, con su cachucha azul.

Visitas de los compadres que eran como el perfume sutil de la provincia. Visita de los compadres en su ternura de "eles" arrastradas en la socarrona

angustia de sus cuentos... Que era ya la tierra, entregándonos, así, como un apretón cordial, sin más decir. Que era ya la tierra, en lo más nimio: en la manera de decir amigos, en sus buches de café, en su evocar las leguas de su anhelo. Y eran tan simples como entregarnos sin más la imagen; compadres aun de pura tierra, de saber cielos neutros de la lluvia, de golpear la nada con un gesto.

Y eran allí, también, sus cuentos. Aquellos cuentos que hacían a mi abuela, de ternura rencorosa y de lloros:

—Que figúrese Constancita, que el notario le dijo a Manuel no sé qué cosa... que creo que perdió la matriz del escrito ese de la finca... o que anda por Corrafalseo... y Manuel vino del pueblo la tarde del otro día. Sí, cuando llovió tanto. Y no quería decir nada, pero la pena lo estaba matando. Así mismito Constancita, y ahora viene el abogado con no sé qué matriz de Corrafalseo. Y yo le dije a Manuel que yo tenía en la media del baúl los papeles que me dió Ezequiel Hernández. Sí, Constancita, así mismo, el difunto Ezequiel le firmó esos papeles a Manuel. Pero el abogado no sabe nada no, qué va a saber el muy condenado. Y yo le dije a Manuel: mira, vamos a ir al pueblo y ver a la comadre. Pero él no quería venir. Así mismito, no quería venir. Que los hombres cuando

les pasa algo se ponen como los niños. Como los niños. Y la tarde aquella que llovió, la pena lo estaba matando, y no quería decir nada. Que los hombres cuando les pasa algo se ponen como los niños, Constancita.

Y así seguían sus quejas, sus angustias guajiras. Y era el olor de las flores entrando en la ventana. Y la mata de cundiamor. Y la abuela masticando sinsabores en su conversación con los compadres. Sí, aquellas tardes de provincia cuando aún no se habían enfriado los campos; y los guajiros lloraban su angustia, sin vacío, llenando sus noches con sus hombros, casi en saboreo.

Sí, los Traviesos habían venido de Casimbalta. Y en ellos, mi abuela soplándonos sus compadres, sus quejas, sus berrinches.

Grupas, los caballos perdidos en su mañana. Albricias de cruzar un charco, de una pendiente o el galope paciente, tac-tac, del camino real. Galopes de caballos en la mañana descubriendo el disfraz de los grillos, el disfraz del rocío, el mismísimo disfraz del terror. Y la tierra con la desnudez salvaje de la mañana. Y los árboles también desnudos, tan abierta su sangre con el escándalo en sordina del rocío.

Galopes del caballo en la mañana, llenando los costados con su fuerza, con su olvido de leguas. Que llenaba también los costados de un sabroso sabor como el desnudo haciendo ya el rocío por las manos. Traqueteando a contrapelo el alma. Traqueteándonos así todo el anhelo, como sin saber. Y las riendas quedándonos en las manos, en la risa, en la manera de decir "esperen" o "vayamos por la guardarraya aquella".

Galopes del caballo, tan simple, haciéndonos recordar la cerca mala; haciéndonos recordar, no

sé... lo que quizás no tenga recuerdo, ni pueda decirse es esto, ni pueda decirse esperen. Galopes del caballo por la sangre; dejando los recuerdos como un golpe, sin saber aún si son recuerdos; si fué la mano aquella por el lago, si es el absurdo.

Galopes del caballo en la mañana, traqueteando a contrapelo el alma.

Campanas, mariposas, risas del bohío, donde ya anda una niña con un cubo. Risa de las leguas, de los campos, de la misma seriedad de los jinetes. Risa, sorna, tan criolla, correteando sin más por los caminos"; con un "buen día", "buen día" y "voy al pueblo".

Y los campos descubriendo en cada camino su giro dormido. Y los campos en su inútil despertar de cada día.

Caballos alzando los charqueros. Va atrás quedando la bodega del campo, con sus sogas colgadas en las puertas y un enjambre de faroles sobre un mostrador viejo. Pasan los caballos por la última talanquera—ya cercanos al pueblo—y es la puerta de escasas maderas crujiendo y el caballo que se espanta un poco. Ya después, entrada la mañana se ven las primeras casas del pueblo: la casa de los Mendías y un viandero que entra al pueblo con su mula cansada. Y es la entrada al pueblo con unos niños desnudos que se escapan al portal

para decir adiós; con una mulata de grandes ojos curiosos que deja su baldeo y se queda mirando al galope monótono. Y ya se ve la bodega con su "madera" afuera—esas "maderas" donde se ponen las riendas de los caballos con sus guazasas en los costados.

Y es la entrada al pueblo, en la mañana, con sus baldeos en cada casa y el berrinche sonoro de un lechoncito que se va a matar en casa del alcalde.

Caballos entrando al pueblo, despacio, ya en su mañana; con sus cascos rompiendo el sopor de las calles, arañando los sueños tardíos.

—Llegaron los Toros, los Toros, abuela.

Y llegaban los Toros, la familia de mi abuela, con el tío Manuel a la cabeza, con Elvira "la grande"—llamábanla así para contraponerla a la hija de mi abuela: Elvira "la chica"—Justino, simplote, con sus sueños de ocio; y un reguero de hijos y de sobrinos, recogiendo los bultos, bajando las monturas, soplando la algazara de la llegada. Ese día sólo faltaba Alfonso Toro Tejerda.

Era el tío Manuel abundoso en bebidas y en "maldades"; aquellas comelatas de campo en que los comensales acababan por mojarse, y era de agarrar al tío Manuel, por la guardarraya—cinco o seis invitados—para tirarle un jarro de agua. Pues él llegaba, siempre, en alboroto; repartiendo

sus gritos y ocurrencias, y en eterna formación de fiesta. Era el tío Manuel criollo de continuo andarivel fiestero, de algazara y de sorna, dispersando sus rentas de administrador de "La Perla" con sus comelatas, tan sonadas por los contornos.

En casa del tío Manuel se encontraba Justino, sobrino protegido—aunque con treinta años—que en la más exacta servidumbre a su condición había desplegado el más increíble sopor, pues siempre era de maravillarse el ingenio que lo conducía a ocupar los sillones más cómodos. Y que Justino sentado en ellos, disfrutaba como si siempre descubriese las virtudes de los balancines. Nadie sabía como él, aprovechar el bamboleo de un sillón, el rito adormecedor de las pausas dentro de la conversación. Y Justino aconsejado por aquellos saboreos, decía: Si Alberto me diera una casa y Antonio un cacho de tierra... yo viviría sin *tlabajal*.

Ya cuando se servía la mesa, Justino rebelándose a jerarquías familiares, acomodábase en el primer puesto y con seguros gestos—despaciosos, acariciadores casi—comenzaba el despliegue de su condición de invitado.

En cierta ocasión, fijada para siempre en las crónicas familiares, había sido Justino obligado a trabajar por una tía. Y era entonces su desgarrada condición escéptica, su soplo de muerte, sus quejas.

Ante mi abuela, provocaba sus consuelos con sus descripciones sombrías: el trabajo en la tarde; de lo malo, muy malo que era el desperezarse cruel de los miembros, de la extraña injusticia que lo había conducido a aquella muerte. En esa ocasión en que encarnó la obligación en una tía, que le exigió el más severo rigor de su vida; Justino ya no podría olvidar esto y siempre en lagrimeos decía: Pensar que esta mujer del tío Juan con quien siempre fui tan bueno, me obligara a aquel trabajo; me sacara de su casa, así... casi, casi como echarlo a uno. A aquel trabajo tía, que con estos calores nadie puede imaginarse lo que es eso.

Y se ponía casi en lloros, hablando de las maldades del jefe. Y era su boca tan hecha para el ocio, enumerando las desventuras de aquellos tiempos crueles.

Rosita Toro al enviudar, había sido recogida con sus hijos por el tío Manuel. Su esposo había sido herrero y una tarde como tantas de aquella finca "Dos Rosas", donde ellos vivían, lo habían traído muerto, así, sin más, sin que ella pudiera comprender. Ella no podía recordar, no podía fijar los contornos en aquella su vida, casi irreal; pero siempre hablaba de los calderos que hervían en aquella tarde; y como su hijo más chico le había dicho que por el camino, por el platanal

venía gente; y que ella tuvo una "corazonada o qué sé yo" y se dejó todo en la cocina y se fué al trillo donde le traían a su marido muerto en la herrería sin que ella pudiera comprender. Y ella entonces dejaba de hablar y era como si nos evocara el velorio guajiro de su marido, así, sin ruidos. Y sus ojos, que fijaban los instantes de su tristeza, sus ojos bobinos ya en la incompreensión de su vida, en el transcurrirle sus cosas así como sin sentido. Y era aquel velorio guajiro, que le había parecido en su noche larga un soplido de sueño; como cuando se entornaban los ojos y el quinqué se hacía lujo en lagartos de sombras y el que conversaba se alargaba, subía, bajaba por el tabique de madera, como un payaso en su doble oscuro. Sí y eran los ruidos soplando en el velorio, sordos, a quemarnos un poco los oídos: aquellas conversaciones en serpenteo, por la madrugada, exactamente como si fuera herrumbre de la noche, con su sonido insistente, inhumano. Aquel ruido del punzón del hiello, musiqueando sombríamente toda la noche, aquel cric-crac del punzón que le recordaba a ella el día de sus bodas y cuando su madre le decía que se apurara y el compadre impaciente en la sala de madera. Sí, era como un eco inhumano, aquel rito de las velas, aquella noche del velorio y las isleñas premiosas que se apoderaban de la

cocina para hacer el buchito de café. Sí, y el hacendado "o qué sé yo" dándole la mano con esos ojos extraños de los que vienen al cumplido. Sí, eran los ojos extraños de todos, tan pequeños, con aquella sorna lejana de sus vidas. Sí, y ella recordaba nimiedades, pinchazos de aquel día: aquel perro que entró por el patio vecino y se estuvo en la sala de vela, allí, unos minutos, sin espantarse; el portal—ya era el otro portal, el de aquel día—. El portal que ella cruzó como sin saber y lo que decía Fernández: "Ahora va a subir la cuota en 'El Combate'". Y lo que decía Fernández, agrandándose, poblándose de sonidos que se le cerraban; de aquellos caminos que ella cruzara con su marido, de aquellas violetas de cuando soltera; y lo que decía Fernández, tan lejos... en "El Combate", poblándose, cerrándose. Y aquellos sonidos tan sordos, extraños, y el galope del caballo que se iba, en su sombra... inhumano.

Ella había recibido en sus párpados, en su voz, en sus manos, la memoria de su no-vida, todo aquello que le había pasado sin que siquiera pidiese perdón. Exactamente como cuando ya se lo llevaban y había ruidaje de sillas, un demonio de ruidos de sillas por todas partes. Y algunos niños corriendo a cual más, para asomarse a las ventanas y abriéndose, tan grande, hasta hacer daño, la

puerta de la calle; y saliendo el entierro, lento como si no fuera a comenzar. Ella había sido sostenida en los brazos, por las dos viejas Socarrás que murmuraban y murmuraban; y ya el entierro haciéndose bamboleo, bamboleo por lo lejos... por la punta aquella del camino.

Ella lo decía en los ojos, sin hablar. Y continuó aquella su vida, que ni siquiera le suplicaba su perdón. Aquella su vida en la cocina de la casa del tío Manuel. Y ella tenía una correa grande para el "composte" de los niños y ella solamente tenía un jabuquito para sus cosas. Aquel jabuquito que le llenaban en Navidad, cuando ella se estaba en su cuarto; aquel jabuquito donde estaban las letras torcidas de sus cartas de novia y el retrato en rosado de ella, joven, con su abuela...

Sí, combinando sus vidas, trenzando sus rotos —el tío Manuel, Justino, Elvira la Grande—se hacían aquellos Toros, familia de mi abuela. Ellos que eran los pobres, los del desorden, los de la farándula. Y mi madre me contaba, cuando llegaron de Casimbalta, como los Traviesos en su aristocratismo provinciano despreciaban "la familia de Pablo con una tabaquera de Matanzas"; y como el día que ellos fueron al carrousell, se estaban los Traviesos estirados, sin mirarlos siquiera. Y ella me contaba como por un costado, habían

aparecido los Toros de delicias y el tío Manuel diciendo: —Pero si son los hijos de Constancita. A montar, a montar todo el mundo. Y tío Manuel subiéndolos a los caballitos—mi madre decía que Jísabel creía que el carrousell se iba a romper, y se estaba con ojos de espanto—y toda aquella musiquita del carrousell; y los Traviesos, por allá, tan estirados, en su orgullo sonso.

Sí, los Toros eran la familia de mi abuela. Aunque ese día faltaba Alfonso Toro Tejerda.

6

Vela de armas en una notaría de Corrafalso. El Caballero Notario, chaleco grisáceo en dominó, disponiendo las cervatanas de sus gestos, de sus escrituras, de sus actas—el Caballero Notario cada vez que se indigna levanta un acta.

Campo de armas. Notaría, ruidaje de notarios, silabeos ~~qu~~asticados del procurador, risa jurídica—hiperbólica—de los abogados. Notarías de provincia, en más disfraz de ley que la mismísima ley; con sus cuadernos amarillos de escrituras, con sus cuadernos de carátulas guajiras, por aquí, por allá; con sus máquinas de escribir de 1910, donde hay una D—la mismísima D de Derechos Reales—que ya no toca bien. Allí está el cartulario, que a su vez barre la Notaría, recibe visitas, trae el café. Allí está el escudero cartulario Estefanillo Fernández, lector terrible del Liceo; Estefanillo se ha leído las obras completas de Enrique José Varona; Estefanillo ha llegado a preocupar al mismísimo notario.

Sí, en un mediodía de los trópicos; en un mediodía de rasgueos y de sordinas, de cumbancheos y de brisas: Alfonso Toro Tejerda, que había nacido en "La Perla", que había trotado por Casimbalta, que había emigrado a Méjico, llega en su destino al Campo de Armas de la Notaría.

Sí, el escudero cartulario, plumero en mano recibe a Alfonso Toro Tejerda. Tras de un biombo el notario ensaya los innumerables registros de su voz:

—Que era un bonito caso aquel de Unión de Reyes.

El procurador con manos serenas como las de un asceta, el procurador en dulzura de ojos, manejando suavemente por sus dedos—anillo de oro en el meñique—un pedacito doblado de papel; y su conversación—río de enjuague de serenidad:

—Yo no la iba a engañar—manejo en los ojos, deslizada sonrisa—. Es mi prestigio señora. Bueno, usted pensará que...

Taca y taca, teclas de la máquina de escribir; allí está el otro abogado de la Notaría: Francisco Coronado Ruiz—ah, el nombre del Caballero Notario es Leoncio Castillo Socarrás—. Coronado redactando por tercera vez el informe devuelto por la Audiencia. Y es lo que nos dice Coronado: "Esto al fin lo llegan a aceptar; el que se esfuerza,

muchacho, triunfa; que tiene errores el informe, y la Audiencia lo devuelve: ya lo aceptarán, ya lo aceptarán, muchacho."

Al fin, detrás del biombo, aparece el caballero notario Leoncio; ahí está su despampanante saludo al iniciado Alfonso Toro Tejerda. Ahora el Escudero Cartulario enarbola un plumero, lo pasea en rito por los estantes ancestralmente empolvados. Detrás del biombo aparecen también el procurador y la señora Tila López, ya en despedida. Tila López, abriendo su sombrilla; el procurador, asceta, con sus manos como un oficiante.

Pero ya, ya Iniciado y Caballero en comadres de cric-crac. El Caballero alza la mano, pide el rituario. El Escudero Cartulario que se acerca con un expediente de guerra, después prosigue su rito del plumero.

Y comienza el Caballero Notario a crear las batallas independentistas de Alfonso Toro Tejerda. Sí, en un mediodía de los trópicos; en un mediodía de rasgueos y de sordinas, de cumbancheos y de brisas, Alfonso Toro Tejerda, que había nacido en "La Perla", que había trotado por Casimbalta, que había emigrado a Méjico: a virtud de un expediente notarial del caballero de armas Leoncio Castillo Socarrás, comienza a ser soplado en la

dulce locura quijotesca de coronel del Ejército Libertador.

Sí, en un revuelo de los tiempos, en juegos simultáneos del pasado y del presente—ahora Toro Tejerda escucha el expediente como si fuese un médium—se comienzan a librar las batallas, a despeinarse lesiones de guerreros—el mismo Cartulario, tan sereno con sus lecturas de Enrique José Varona, empieza a frenetizar—. En la voz del caballero notario, Alfonso Toro Tejerda escala una juventud de combates, ensaya piruetas bélicas por la provincia de Matanzas. Pero qué, una interrupción, una mirada siniestra del notario y su voz que le dice a Estefanillo:

—Toda esta escritura está equivocada.

Y prosigue la lectura, mientras el procurador oye entre bostezos y asentimientos casi angélicos. Y Coronado diciendo: —Pero firmen, pero firmen aquí. Sí, el papel arriba de la mesa. No, no es nada, es que aquí se confunden las cosas, esta mesa es un lío.

Sí, ya en la tarde—afuera el són de los billeteros—en una notaría de Corrafalso, la del mismísimo Leoncio Castillo Socarrás, el tío por la abuela, el tío Alfonso Toro, había sido “llamado” Coronel. Ya la familia se investía de preciosismos heroicos, de tradición... Y nada de engaños, ni de

ficciones, en los días siguientes a su vela de armas, el Coronel había partido para La Habana; y allí le habían sido soplados—como a un profeta—los recuerdos guerreros, los briosos gestos, los andari-veles mesiánicos. Sí, ya nuestro tío era el coronel Alfonso Toro Tejerda.

Jísabel había quedado con los recuerdos del Coronel. Ella se estaba, tiesa, en las horas de provincia; ya, mucho más tarde, cuando la casa de abuela Constanza se había quedado sola. Y ella relataba en discontinuidad cotidiana las irrupciones, las frenetizaciones del Coronel.

Sí, ella estaba aquella tarde. Aquella tarde en que las campanas amarillas que se habían traído de Méjico, soplaban sus ecos; aquella tarde, tan lavada de provincia con los pasos festivos de las muchachas que iban al parque, y el carretón de Félix envuelta de lo de Silverio. Sí, ella estaba con su igual apariencia de provincia.

Sí, y fué entonces cuando el Coronel entró a casa de abuela. Y aquella negra, Margarita, que se estaba con sus ojos grandes azorándose en todo. Y aquella negra, que había venido de Jabaco, y todavía no había tenido tiempo de conocer a la familia. Sí, y Toro Tejerda que se enfrenta a ella, como si nada—Jísabel siempre volvía a reírse al hablarnos de esto—Toro Tejerda de dril, con sus

espejuelos de armadura de oro y sus ojos verdes, diciéndole así: Dígale a mi hermana que aquí está el coronel Alfonso Toro Tejerda. Diciéndole así, así mismo, como yo te lo digo, decía Jísabel, y la negra se entró por la casa, y se lo dijo a abuela, y la negra que se había hecho una salación con esto de un Coronel en la familia. Y abuela diciendo, "pero es Alfonso", y el Coronel entrándose ya por los cuartos, y tirando las puertas.

Era el Coronel, el mismísimo Coronel, todo esto era inconfundible en él. Así, cuando éramos chicos y en el berrinche de la rabieta tirábamos una puerta, la familia decía:

—Tiene una alfonsada... Este muchacho cuando se indigna es el mismísimo Coronel. Sí, y que cuando el Coronel se indignaba iba tirando todas las puertas, desde la cocina hasta la sala.

Y el Coronel narrándole batallas a su mismísima hermana, a mi abuela: de cuando él sacaba un pañuelo—un pañuelo nada más—y aparecían veinte hombres por la esquina; hacía un gesto en la frente—como de arrojarle un mal espíritu—y otros veinte en la otra esquina. Y mi abuela barajeando sus recuerdos, soplada también en esa locura guerrera.

Jísabel decía que allí estaban "los sobrinos chicos de mamá", los Toros de tío Manuel y de Elvira;

que estaban, como siempre, pues en casa de abuela los Toros abundaban en temporadas. Y decía que tenían que estar estos Toros en buena serenidad con el Coronel, que si no los ponía a bailar. Así mismo a bailar. Que el Coronel cuando se indignaba con los niños, decía: "Rosita, trae las escobas". Y de inmediato Rosita y Máximo se ponían a bailar con las escobas, con las escobas por la sala de madera, mientras el Coronel seguía su historia gruesa de guerrero. Y que no dejaran los niños de bailar un solo momento: "Que esto es para que todos se rían de ustedes", decía él.

Sí, Jísabel se había guardado las historias del Coronel. Esas historias como ecos que a veces nos relataba, rajadas, discontinuas, en la sala de madera; ya cuando la abuela había muerto. No sé por qué ella sola había quedado soplando esas historias, que a veces contaba riendo, que otras veces contaba con terror provinciano. Sí, como cuando el Coronel, ya sesentón, se llevó en la grupa de un caballo a la muchacha Quintana; se la llevo para La Habana, y se dejó al pueblo haciéndose cruces.

Relatos de Jísabel, pequeños, rajados; donde íbamos sorprendiendo al Coronel en sus gestos, en sus hazañas. Aquellos relatos de grandes escándalos en la familia—por supuesto en casa de

abuela—y el Coronel más indignado cada momento—dicen que el portazo del primer cuarto fué tremendo—y el Coronel que se fué, sin saber nadie donde estaba. Y abuela llorando, pero llorando de verdad; y el amigo Pancho Vueltabajo, el que tenía el potrillo en Casimbalta, en su búsqueda; hasta que por fin lo agarró por el camino del cementerio y lo trajo. Y el Coronel volvía en pose de señor indignado, y se estaba por el patio, roneando, hasta que un chubasco o un humor imprevisto lo entraba de nuevo en la casa.

Sí, el Coronel, con sus humores, con sus farsas, con sus juegos de obstinación, afanándonos en nuestra niñez el discurso aventurero de su vida. Yo lo recuerdo, imprecisamente, en la cocina, con mi abuela; no puedo agarrar sus conversaciones, sus formas; los recuerdo en un solo momento, casi fotográfico: mi abuela en el lavadero; el Coronel sentado, serio, frente al pasillo del patio.

Jísabel, tan tiesa, había discurrido en nosotros el festival anecdótico de nuestro tío el Coronel. Ella nos había iluminado sus fugas, sus tropiezos y él había quedado en nuestra niñez con una magia de berrinches, con sus escándalos, con sus delirios porfiados.

Sí, aunque quizás, ella no comprendió la batalla del Coronel. Sí, el Coronel había ganado su ba-

talla, cuando comenzó su muerte en La Habana. Su batalla, que toda la familia rodeó, como oficiantes, en su cuarto de enfermo: allí estaba la Quintana, que no se separó nunca de él; allí estaba Rosita Toro—la que antes bailaba con las escobas—y Jísabel...

Él tenía que entrarse en la muerte con las hazañas que se había incorporado su locura, él tenía que luchar su vida en los momentos de su agonía... y ofreció todo esto. Jísabel quizás no pudo comprenderlo del todo, pero ella había soportado sus historias más que ningún familiar; y nos la relatava, siempre, con su manera, a trozos. Sí, aquella batalla que ella, quizás, no comprendió.

El Coronel había enfermado en La Habana, sin previsión, con su desorden; y en los pocos días anteriores a sus "batallas" agónicas él disponía sus tropas, ordenaba sus ficciones, con su energía de siempre, tan primera. Aquellas noches, en los comienzos de su enfermedad; cuando las tías habían venido de Jagüey y se estaban en la estrecha cocina... Y las tías lanzando sus lamentos y sus tilos; y el Coronel que se seguía en su mismo festival, como si no fuera a batallar.

Aquella batalla que irrumpió, casi frenética, abriendo la muerte del Coronel. La noche de enero—"recuerdo que al día siguiente, era el cumple-

años de Rosita Toro", decía Jísabel—en que estaban las tías con sus cejas como cruces; haciéndose angustia con lo del bruero que estaba en la sala... el bruero que había mandado a buscar el Coronel; y que estaba preparando el "sebo", para entrar en el cuarto.

Ah, pero fué en la madrugada el asalto tremendo del Coronel. Cuando la Quintana y Jísabel lo sujetaban, pero él les gritó; y tan fuerte que lo tuvieron que soltar, cuando él le gritó, diciéndoles: "¡Déjenme paso, paso! Que aquí están mamá Pina y los Toros, de Méjico. Miren, miren a Bonifacio." Y Jísabel lloriqueando y diciendo a media voz que dejaran en paz a Bonifacio, que ya él había muerto en Méjico. Pero el Coronel libraba su batalla con su muerte para librar también su vida; para hacerse al fin Coronel, del todo, en el frenético giro de su agonía. Y ya no le importaba nada; y no sabía nada más que gritar llamando a los Toros, a los Toros que se habían quedado en Méjico.

Y el bruero, sí, que ya estaba en el cuarto; poniéndose a "ensebarlo", cuando él se recostó. Y el bruero echándose las manos al aire; y poniéndose a gritar también—como para enloquecer a Jísabel—; y diciéndole: —Pero, cálmate, pero cálmate hermano y móntate sobre un caballo

blanco. Sí, hermano, móntate sobre un caballo blanco. Y el bruero con sus caballos blancos, aleutando, haciendo necesaria aquella locura guerrera de la vida del Coronel.

"Móntate, móntate sobre un caballo blanco", decía Jísabel que repetía y repetía el bruero, cuando ya el Coronel estaba desnudo en medio del cuarto. Cuando ya el Coronel, librando su batalla, entraba por la muerte. Como decía Jísabel: que murió de pié; soltándose las sábanas, y gritando, y que había sido horrible, tan horrible como para poner los pelos de punta; y que el bruero se estuvo en frenesí hasta el último giro del Coronel.

Sí, el Coronel había muerto en La Habana. Y aquellos comandantes del ejército dándole el pésame a Jísabel; y tío Tato con ojos de asombro, temiéndose a cada momento que aquellos comandantes, descubriesen la ficción quijotesca del tío Alfonso.

Sí, allí estaba también, como un gran hombre, el Caballero Notario—vino "especialmente para esto", desde Corrafalso—Leoncio Castillo Socarrás. El Caballero Notario, que estaba junto a tío Tato, y que parecía un chambelán fúnebre, obsequioso, minucioso, en el registro de su voz. Y Rosita Toro y Jísabel aterrizándose, aterrizándose cada vez

más; tanto, que no dejarían de recordarlo nunca, cuando el comandante del batallón les preguntaba: —“Dígame... ¿Él era coronel, no es así?” Y los entorchados de todos aquellos militares—“figúrate en la familia nunca hubo militares”, decía Jísabel—y el féretro del Coronel envuelto en la bandera.

Sí, el Coronel había muerto en La Habana, y su entierro fué por “Cuatro Caminos”, con andariviles militares. Jísabel decía que iba la familia, haciéndose asombro; como cuando el entierro pasó frente a la Estación de Policía, y todos los guardias con su jefe al frente, entiesándose, con su saludo. Y cuando llegaron al cementerio—la banda había dejado de tocar—y el comandante empinando sus órdenes; y los soldados haciendo fuego. Y tío Tato y el Caballero Notario viendo aquello en pura seriedad...

El militar de nuestra familia había muerto como Dios manda: sus gritos, su frenesí, su batallar agónico, lo habían librado coronel, y así quedó en la imaginación de la familia como un girón de ficciones sonambúlicas, como un relato sentimental y guerrero.

Había quedado en nuestra familia en tal forma que hubo que calmar muy seriamente a la abuela cuando ella no vió a media asta la bandera en el ayuntamiento del pueblo. Tuvieron que venir las

tías al mediodía con sus vestidos cálidos de “andar en casa”, y sus zapatos de “patio”, a consolar a abuela. Y, ay, que cuando pasaba el Alcalde por la calle, había que ponerse a hablar alto, y a pararse en la ventana para que abuela no lo viera. Porque, era lo que mi abuela decía:

—Que estos alcaldes nuevos no tienen sentido. Porque, todos tienen que saberlo, y muy bien, que mi hermano era el Coronel, sí, nada menos que el coronel Alfonso Toro Tejerda. Y que lo sepa el Alcalde, y que lo sepa...

El abuelo Pablo Travieso se mantenía, siempre, “fuerte como un toro”; en su tipo de alambre, espigado, él seguía saboreándolo todo, en infinito regodeo criollo.

Se había dedicado el abuelo a la cría y al juego de los gallos; había corrido por las vallas provincianas sus apuestas, el deleite de sus gallos peleadores. Él se reía—con sus ojos a lo vivo—cuando le ganaron al gallo de los de La Habana por la valla de Madruga; y contaba su orgullo provinciano cuando aquellos Fernández, de Corrafalso, aquellos Fernández tan gente de dinero, se vinieron a preguntarle el precio de su gallo pinto: —Sí, el gallo que se llamaba “El Diablo” y que tío Chicho quería pelear dos veces seguidas en la misma valla—. Pues, sí, aquellos Fernández se vinieron a preguntar el precio del pinto, y él nos contaba como él les dijo: —“Mire amigo, esto es para mi placer. Esto no tiene precio.”

Pero donde había el abuelo exaltado su demo-

nio, era en lo del “mujererío”. Allí era su delirio y sus risotadas, sus cuentos, su entusiasmo, desbordándole en alboroto. Pues hablarle de mujeres era un puro encanto: le saltaban las anécdotas en risa y picardía; era el revuelo de sus ojos, casi puntos de luz, en su alegría; y su voz cargando los acentos, en saboreo del decir.

Sí, yo recuerdo una conversación con el abuelo. En aquella cocina grande de la casa del pueblo. Aquella cocina con la carbonera en el patio, y la tarde cayéndole, tan en saboreo, por la ventana de la calle; y Jísabel que la había dejado limpiecita. Sí, aquella limpieza del fogón... quedando tan rojo, y la mesa de comer con su madera vieja y su fregado. Allí estaba el abuelo hablando, muy en serio, de las vallas provincianas. Y aquellos cuentos de peleas, trayéndonos el escándalo de sus jugadores del pueblo que venían en aquellas máquinas destartadas—la máquina de Jacinto, la de Magdaleno, la de Emérito—de techos de lona; y que había que “echar a andar” con una “manigueta” de hierro, como cuando se le tuerce el cuello a un pollo. Trayéndonos el escándalo “de los del campo”, que se arrimaban al timbiriche de Diego Porta; y se quedaban allí, como árboles grotescos, viéndole tirar volador tras volador.

Sí, abuelo hablaba de cuando llegaba Ramiro,

de Jovellanos; Ramiro, el apostador, con su grotesco de gestos y el escándalo de sus risotadas. Y que se entraba por la valla a embestir a la gente con su euforia y sus gritos. Y los gallos peleadores con sus ojos de sueño... mientras los galleros le tanteaban las patas. Y el yodo y las laticas de agua; y aquellos gallos antes de la pelea, con sus párpados cerrándose lentamente. Sí, él nos hablaba de las peleas, trayéndonos el recuerdo de las vallas, tan en blanco y azul, como en grotesco: con las manos, con los brazos, levantados, de todos los jugadores; quedando así, su júbilo en el recuerdo.

Eran las conversaciones de abuelo: "Cará, que todos los Traviesos han sido galleros fuertes en la provincia. Sí, que cuando yo jugaba de verdad, jugaba... Que fué como le dije a Fernández: "Amigo, este gallo no tiene precio, esto es para mi placer", asimismo le dije a Fernández. Y eso que estábamos en la valla "Nueva", sí, esa que queda después de Manguito. Cará, pregúntale a tu tío, que en esa valla está la gente más ruin de la provincia. Amigo, que en valer, no hay uno que valga nada, y con unos gallitos flacos que parecían tiñosas.

"Ah, que aquello no fué la pelea que tuvimos en Madruga con los de La Habana. Y que tiramos "El Diablo" y con un par de espuelazos se llevó

el gallo de aquellos señorones. Cará, cómo era ese "Diablo"... que tu tío Chicho quería echarlo a pelear otra vez ese mismo día. Así mismo, un gallo peleando dos veces el mismo día. Ja, y los de La Habana se quedaron con su gallo muerto, se quedaron para hacer el cuento. Así mismo. Y si llegamos a tirar el gallo otra vez, ese mismo día, hay que matar a un guajiro..."

Sí, desfilaban así, por sus cuentos, el sabor de sus gallos, de sus peleas. Pero entonces él detenía la conversación, y con los ojos húmedos en picardía...: —Aunque a mí el juego que más me ha gustado es el juego de la gallina—y la risa haciéndole euforia sus recuerdos.

—Pero abuelo, que a veces con ese juego se pierde también.

—Sí, y yo perdí, algunas veces. ¡Pero muchacho, que cuando se gana, se gana de verdad!

Sí, y en las tardes del pueblo, el abuelo, tan en alambre, sin dejar de mirar a las mujeres. Y aquellas muchachas provincianas con su risa en cristales y sus ojos soltando la mirada a puro juego. Aquellas muchachas con su decir y sus paseos por el parque. Y al abuelo, fijándosele el deseo por los ojos. Hasta que don Eleuterio Ruiz, con asombro tonto:

—Pero Pablo, a ti todavía te gustan las mujeres...

Y mi abuelo, pronto y socarrón en su respuesta:

—Mira, Eleuterio, esto siempre a uno le gusta. Que al que no le gustan las mujeres no es de buena familia, y los Traviesos no son de las más malas...

Jactándose mi abuelo, con sus risas, de la fama que se había colgado a los Traviesos por los contornos. De aquella maestra vieja de Unión de Reyes que nos contaba que "don Pablo cuando fué alcalde era el mismísimo demonio". Y como se reía abuelo de lo de aquella Petronila de Jabaco, que decía: —Que a estos Traviesos, no se les puede dar ni un tanto así de confianza; que si una los manda a apearse del caballo y les brinda el café, ah, en seguida le vienen con el "enamorado"; no que a estos Traviesos, no se les puede dar confianza.

Cuando ya los nietos éramos mayores, encontrábamos siempre al abuelo en los bailes; al abuelo, que se estaba allí, incesante en su euforia y en sus cuentos. Sí, porque los hermanos Peláez se venían con sus capas negras y sus caballos y soplándole al abuelo "el cuento de lo del guateque", se lo llevaban al entrar la noche.

Y se estaba en aquellos bailes, el abuelo con Margarito; aquel don Margarito de Amarillas, que nos contaba tío Tato que se había puesto a tomar

demasiado en la valla de Perico; tanto que cuando el viejo vió a la chiquita Sánchez, se puso a hacer muecas de lloro y decía:

—Muchacho, el corazón nunca es viejo.

Euforia de encontrarnos con el abuelo en el baile, que se venía de inmediato a soplarnos su alegría y sus preguntas. Ya estaba él diciéndonos: —Amigo, ¿cómo anda el hembraerío? Y estaba con sus muchachas, con sus convidadas, con su galanteo. No, no se le olvidaban al abuelo sus frases hacia las mujeres; como cuando fuimos a Matanzas y en el encuentro que hicimos con aquella maestra Rodríguez, le decía él con prontitud: —En gustarme no hay quien me guste tanto como la mujer matancera. Bueno, tanto que la abuela de éstos la vine a buscar aquí.

Y el abuelo, setentón, un poco sordo, continuando sus palabras en pura sordina de deseo.

Sí, él estaba con don Margarito, arrimado a aquel mostrador del baile. Y comenzaban sus cuentos, sus risotadas. Aquellos cuentos de matronas torcidas y guajiritas querendongas. Como aquella Pepa, la china de Casimbalta, que era pura musiquilla en todo el cuerpo; y que el que la miraba, la miraba en saboreo. Sí, tanto, que aquellos bobos del Paraíso—pero bobos de verdad, bobos cuidados por la tía Antonia—empezaron a visitar

a la Pepa todas las tardes. Y nadie sabía nada, pero nada; hasta que un día, Gómez el herrero se los encontró y ellos muy en "ingenuo" le dijeron:

—Gon, Gon, Pepa no da. Pepa no da, Gon.

Y Gómez en simulaciones airadas, les decía:

—Cabrones, pero a eso van ustedes a casa de la Pepa.

Y los bobos alborotándose en risa y risa, con las socarronas preguntas del compadre Gómez.

Con esto quedó en la familia que cuando cualquier sobrino se enamoraba y andaba en sonseras de arrimaco, se llamaba al abuelo; el que con una malicia atroz, terrible se ponía a repetir lo de "Gon, Gon, Pepa no da"; y el sobrino haciéndose berrinche sombrío y saliendo del cuarto en pura pólvora.

Sí y eran también los cuentos del espiritista Arturo Gómez y la chiquita Revueltas. Y el espiritista arrimándose por la casa de la Rosita Revueltas, en puro camajaneo cordial; y el espiritista trayendo el ungüento para el reuma y yendo a buscarle los cubos de agua a la chacha. Sí, el espiritista Arturo Gómez se había convertido en el santurrón del barrio de Rovira—"son estos hombres que todo el mundo coge para buenos", decía mi tía Marardina—; y se andaba conversando tarde y tarde con los hermanos de la Rosita;

hasta ella se ponía a escuchar, sí, dejaba el infiernillo del fogón y se ponía a dejarse contar las ternuras ingenuas del médium de Rovira. Sí, hasta que aquella tarde de abril, se encontraron los hermanos con que no andaba Rosita por los contornos; y se fueron a la casa de la tía Celia—la tía Celia que vivía "un poco más atrás", "en vuelta de la línea"—; y la tía en medio de aquella sala de tierra apisonada con ceniza y de búcaros con flores de papel; y ella diciéndole entre lloros que el espiritista de Rovira... que Rosita... ah, que el amor...:

—Porque nosotras las mujeres somos muy desgraciadas—decía en el colmo del llanto—. Y entonces, por fin, a los hermanos se les colgaba la cara de "pasteleados"—en llegando a esta parte del cuento, mi abuelo y don Margarito hacían temblar de risa el baile—; y entonces, Manuel, el hermano mayor, decía:

—Mire, tía Celia, pa mí que aquí no hay desgracia ninguna. Aquí lo que hay es mucha putería.

Y se venían los hermanos, tan en silencio, para la casa del compadre Alcalde; que lo era entonces el abuelo Pablo. ¡Hay que ver, y que el jefe de la policía lo era nada menos que Alfonso Toro Tejerda, que todavía no había sido "llamado" Coronel! Sí, y venían los hermanos con sus caba-

llos y sus capas negras; y el abuelo, recibéndolo con cara de santurrón; y diciéndoles que a esas inmoralidades de espiritista de Rovira, había que ponerle coto. Hasta que Alfonso Toro Tejerda, con sus entorchados de policía guajira, se presentaba ante los hermanos Revueltas; diciéndoles que a la Rosita la habían dejado ya, con el jabuquito, en casa de don Atanasio.

Después era la llegada de Rosita a casa del abuelo. Y la Rosita lloriqueando, en vestido punzó; sentada en la mecedora del cuarto de mi abuela. Y el hermano Manuel, con sus bigotes, haciéndose puro guerrero:

—Pero sí, compadre Pablo, yo me desgracio. Es seguro que yo me desgracio, pero esta noche va a morir un cristiano.

Pero no, no era necesario nada de esto, que ya se avisaba que nuestro Alfonso Toro, traía al espiritista: arrepentido... Sí, que nuestro tío lo había alcanzado... en una cueva de los barrios rurales y lo traía convencido, con el convencimiento paternal de la policía de aquella era menocalista...

Tanto que en seguidita se mandaba a traer al juez; y mi abuelo le hablaba de la boda, que se realizaba dos o tres días después. Y era la boda —mi madre me contaba que “hubo dos o tres bodas como estas, cuando la alcaldía de tu abuelo”—en

la sala de madera de la casa de abuelo y él haciendo de padrino.

Allí estaba, como siempre, la entremetida doña Eloísa, la esposa de Tadeo Barreto. Doña Eloísa que “no hay jolongo que no jurgue, ni velorio por donde no ande”, decía tío Manuel; y que, puntillosa, se ponía a escarbar la herida, como cuando le decía al marido, ya terminada la boda: —Es verdad que hubo jolgorio por detrás de la casa; pero, bueno, ya don Pablo los casó y casados están.

Sí, hubo casamiento y, cómo que no. Mamá me contaba que abuelo, que entonces tenía unos largos bigotes negros, usaba una leontina de oro para el padrínazgo; y que mi abuela se ponía su mantilla negra. Ella me contaba que, también mi padre tuvo que hacer de testigo; y que mi padre se estaba, inquieto, abanicándose con el pañuelo, sombrero en mano. Mi abuelo le contaba a don Margarito, todos estos cuentos que eran la risotada y el paladeo cordial del baile. Mi abuelo, con sus palabras secas, como cujes, relatando las escandalifas que había visto. Y era de morir cuando el abuelo, ya para terminar su cuento del espiritista, nos relataba que en la boda, el juez entretenido en la lectura, había dicho:

—Señora Rosa Revueltas...

Y el hermano mayor, Manuel, elevando su dignidad guajira en aquella sala:

—Pare, pare el señor juez. Que entodavía la Rosita no es señora.

—Amigo, se formó... en aquella sala, decía mi abuelo. Y el pobre juez sin saber que hacerse con aquella interrupción, y las risas, los comentarios colgándose por todas partes.

Pero, bueno, que al fin todas aquellas griterías se calmaban y se apadrinaban aquellos jolgorios, sí, mientras nuestro Alfonso Toro, tan de jefe de la policía guardaba con su tropa el orden, fuera de la casa, para alejar a los muchachos curiosos...

...Pronto en la noche, los tíos se llevaban al abuelo en la máquina de Jacinto... Ya iba el abuelo contento... él sólo quería saber cómo andaba el guateque. Y se iba en aquella máquina que iba garabateando, como un pájaro grotesco por los caminos.

Sí, aquellas máquinas en que el abuelo regresaba al pueblo y en que mis tíos iban sentados en el borde del asiento, siempre sentados en el borde del asiento. Aquellas máquinas que parecían que iban a volcarse, grotescamente, por el camino de hierba; y mi abuelo, con su sombrero guajiro, mirando la noche en puro respeto. Y los tíos cantando

sus décimas con una insistencia monótona. Aquellas décimas, en su sabor de soplo:

*Con mi último trajín,
te ofrezco una decimita:
dijo un día Bijirita,
hablando con San Delfín.*

Aquellas décimas, inútiles, haciéndose sortilegio en su insistencia; nostálgicas en su presencia tonta.

*dijo un día Bijirita,
hablando con San Delfín.*

Aquellas décimas, robándonos las miradas, poblado los ecos, nostálgicos en su desamparo. En su cruzar la noche con sus avisos sonsos, en sus memorias como cocuyos. Y las décimas, colgándose los soplos, los avisos; haciéndose ya ellas—tan tontas—el puro canturreo de la noche.

Pasando así, resbalando; sus sílabas sin un contorno, sin un deseo, casi irreales...

—...Viejo, usted, ¿no ha sabido nada de José León?—decía mi tío, cortando sus canturreos. Porque resulta que el otro día, cuando estuve en la cura de Murga, me vinieron los muchachos González a invitar para el café... Sí, los muchachos

González, los entenados de Sinecio, aquellos que viven en el chucho Prendes. Pues, mire viejo, que estando allí se presentó "Portugal", el mulato espiritista del ingenio. Y se estaba este mulato que él quería hablar y que quería hablar, hasta que los González, que para cualquier jolgorio están dispuestos, le arrimaron el taburete y fué el decir...

Y mi tío con gran socarronería continuaba: —Pero lo que a usted le puede interesar, es que cuando estaba en trance, este mulato dice que empezó a ver un caballo que corría como un demonio; un caballo con un lucero en la frente y que lo montaba un José León. Pero, bueno esto no es nada, que lo bonito resultó cuando "Portugal" se puso las manos en la cabeza y empezó a decir que el caballo se acercaba... Y entonces, viejo, dice que José León, sin apearle ni nada, gritó, pero gritó fuerte: "Que saluden a Pablo Travieso", "que saluden a Pablo", y se fué...

Mi tío seguía revoloteando sus palabras, sus socarronerías, a través de esta anécdota. Y el abuelo se iba haciendo ovillo en su preocupación y alargaba su silencio un rato largo. Hasta que entre seriedades y sorpresas en la voz, él aventuraba: —Bueno, José León tenía un caballo así, con lucero... A lo mejor... Bueno, yo, mañana mismo le voy a escribir a Bienvenido, el de la bodega de

Agramonte, para que me diga de José León, no vaya a ser que se haya muerto...

Jacinto conduciendo la máquina lanzaba sus temores, sus presagios, apoyaba las iluminaciones y hablaba de los cuentos raros que habían sucedido por la manigua. Él solo quedaba con la conversación, mientras mi abuelo volvía a su silencio y el tío a su canturreo monótono. Y era la noche de campo, mordiendo aquella estampa que se fijaba en el recuerdo con sus cuentos sonoros y el bamboleo terrible de la máquina. Quedando las decimas, que seguían su insistencia tonta, como un soplo de la noche:

*dijo un día Bijirita
dijo un día...*

A pesar de sus años, el abuelo no había perdido su peso de "señor terrible". Ya, cuando mi abuela había muerto, él se había quedado con Jísabel en la vieja casa del pueblo; y se estaba tieso en sus decisiones, manteniendo entre aquellas ausencias sus actitudes más pasmosamente afirmativas.

Aquella casa del pueblo, que había quedado tan sola; con sus cercas en donde estaban las enredaderas de cundeamor y el pocito de agua por donde estaban los gallos. Que había quedado sola con

sus olvidos... con sus recuerdos; amenazando en cada rincón una presencia que ya no era nuestra a fuerza de bailar su propio soplo, su ineludible soledad. Aquellas presencias extrañas, como el viejo escaparate, que nos sugería lo de la niña Rosa Aniceto, hija de un compadre, que la trajeron a morir a casa de abuela. Y la niña, en su agonía, señalando y señalando para las hojas de aquel enorme escaparate. "Murió así, sin dejar de mirarlo", decía Jísabel, y tía Rosa, que se aterrizaba con todo esto, quería que quemaran ese viejo armatoste. ¡Pero quién iba a quemarle las reliquias a mi abuela!

Porque ya todos los muebles de mi abuela eran reliquias. Como su cama, tan vieja, con sus patas largas y su cabecera grande, donde el mosquitero parecía una cortina—algunos familiares decían que esa cama había ido en el viaje a México...—. Y los retratos. El retrato de mi abuela, en traje negro, sentada en una enorme silla; el retrato del abuelo, con sus grandes bigotes de señor alcalde y sus ojos tan vivos de andanzas y de jolgorios. Sí, ya después de la muerte de mi abuela, todos los cuartos habían quedado con ese disloque de las casas viejas; y tal mecedora había pasado al comedor, tal cuadro había quedado detrás de un escritorio y

unas sillas arrimadas en la sala—"a Jísabel le gusta cambiar los muebles del sitio"—decían las tías.

Pero entre todo esto, el abuelo mantenía la jerarquía de sus gestos, sus decisiones de delicias; y era de verlo en medio de aquella casa vieja con su postura tiesa y sus palabras antiguas; y Jísabel, ya viuda, que se había quedado al cuidado de la casa; y Jísabel revoloteando ante el abuelo, a veces con mal humor, otras con ternuras socarronas como aquella mañana en que el abuelo despertó más señor que nunca y con el antojo de que se hiciera una gran comida, disponiendo como si nada. Y Jísabel, a regañadientes, sin que mi abuelo la pudiera oír por su sordera; continuando él, por tanto, con sus enumeraciones y delirios; yendo al patio y señalando el pollo que quería que matasen. Sí, hasta que Jísabel se atrevía a insinuar su protesta: y era su negativa, airada, en la cocina, y el abuelo más sordo que nunca...

Haciéndose entonces el silencio por la casa, como si el abuelo hubiera comprendido, y Jísabel en regodeos de su victoria.

Sí, hasta que al final, ya cuando el abuelo iba a salir a la calle, le decía a Jísabel: —Qué se mate ese pollo y no se diga más. Y había que obedecer, por lo menos ese día.

Sí, el abuelo conservando sus iras, sus decisiones:

tanto, que en su viudez reciente él se había hecho extrañas razones y se estaba con que las "jamonas le estaban echando el ojo". Y él se reía a morir con esa pasión de las viejucas de Rovira; con esas viejucas que él ni siquiera miraba, en su desprecio de gran catador de mujeres. Y se estaba así, haciéndonos esos cuentos en el patio de la casa del pueblo; en el patio, donde teníamos arrimados los taburetes para coger el sol; y el abuelo sentado entre nosotros, con su sombrero alón y sus risas, y mientras, la mañana viniéndonos arriba, con su lluvia de luz...

Sí, el abuelo se mantenía en su alegría, que ya era con los años el delirio. Y esa era la razón que lo mantenía en sus iras de señor terrible y en sus risotadas de estar buscado todavía por las "mujeres viejas" de Rovira. Discurso de su vida que se había mantenido siempre en la animación y en el gusto: el abuelo con su fortaleza y sus deseos jamás había rehusado ningún deleite, él nos contaba cuando montó en la primera locomotora que llegó a Jagüey.

Él mantenía con sus risas los fantasmas de toda aquella casa vieja del pueblo. La casa de los retratos arrinconados por Jísabel... donde sólo podíamos agarrar unos gestos pasados, como aquel piano que tocaba en la mañana la vecina, la niña

de los Suárez y que nos venían sus notas a confirmarnos un soplo de la luz, o un parloteo.

Sí, aquellas presencias tan del pasado, que a veces eran terriblemente sugeridas. En mi recuerdo de estas nostalgias yo siempre evoco la primera vez que volví al pueblo después que mi abuela había muerto y unos niños, solamente unos niños que salían de la escuela en el mediodía—que salían de la escuela con sus bullangas y sus maleticas tropezándoles en las piernas—. Sí, en la salida de la escuela, donde estaba el negro Tomás vendiendo sus coquitos; él mismo que cuando yo estaba en ella nos esperaba con su campanita de bronce y su sombrero de paja. Que estaba también el tanque de agua con su forro roto de lona. El tanque de agua, que llenaba la pipa del pueblo y que después se quedaba goteando horas y horas, mientras Emeterio, conducía la pipa, regando, sin que para nada se inmutase aquella su cara tan seria con sus ojos desorbitados y barba negra. Sin inmutarse... aunque cuando él lograba dar un buen chaparrón a las calles, se llenaba de un delirio sereno que se manifestaba en los toques que daba a la bocina de la pipa. Esta bocina le servía a Emeterio de anunciador... pues, una vez la tarde, en que ya no había riego, tenía él que dejar la pipa y se estaba dando volteretas por el portal de

su casa, pero cuando oía el toque de la bocina y la risa de los niños, indignado, se encasquetaba su boina e iba a dar el *parte* a la policía.

Pues sí, todo estaba como antes, y los niños saliendo de la escuela; en aquella hora del mediodía, tan de luz, con sus insectos casi irreales revoloteando por los cercados y la claridad haciendo líquidos los contornos, las perspectivas. Y los niños saliendo con sus vasitos de aluminio y sus pelos despeinados, con sus zapatos chuengos y sus peleas; mientras uno que otro exprimía con sus dientes un pedazo de caña, y el jugo corriéndoles por los labios sin que a ellos les importase nada. Y las niñas, de sayas almidonadas y blusas con monogramas; las niñas con sus peinetas en forma de mariposas y sus risas, que las hacían doblarse por la cintura de tanto saboreo. Era todo aquel eterno de los niños saliendo de la escuela que nos hace evocar la conserje vieja que estaba antes, con aquellos espejuelos montados de oro; que nos hace evocar el primer día que fuimos a la escuela, en el mediodía, con esa vaga molestia de los uniformes nuevos; evocando las filas para subir a las clases, con aquel muchacho Calixto, que era el primero, y el silbido del maestro con el silencio de todos nosotros, para después entrar...

Sí, había tropezado con esos muchachos de es-

cuela, al cruzar el parque para ir a casa de abuelo; era un día que había llegado de La Habana. Y entonces recuerdo, que fué sólo aquella interrupción la que me dió el sentido de la casa... De la casa que ya siempre Jísabel tenía cerrada. Sí, fué aquel niño larguirucho, con sus ojos insolentes en su alegría, preguntándome: —Señor, señor, ¿quién vive ahí? ¿quién vive ahí?

...Y esa sola pregunta, para mostrarme el rostro de la ausencia, para saber la casa. Ah, sí, ya mi abuela había muerto y Jísabel con su manía de las puertas cerradas—¿para qué tienen que vernos viviendo?, decía ella—y aquel niño larguirucho, con su inmediata pregunta, entregándome las ausencias, las nostalgias. Sí, entregándome las ausencias en su anécdota simple: recuerdo que una rubiecita, que estaba al lado de él, les decía a los otros: —Mira, mira a éste como pregunta. Y todos ellos en su risa mandándolo a callar.

Pero ya yo sabía entonces que mi abuela había muerto y que Jísabel con sus puertas cerradas le soplaba otra forma al abuelo. Sí, aquellas preguntas de los niños me seguían revoloteando—cuando me dejaron, iban tirando piedrecita tras piedrecita por la ventana de la sacristía, hasta que el cura se asomó por la puerta y el grupo se hizo un enorme abanico, corriendo cada cual por distintas

esquinas—en esa otra forma del abuelo: ya con sus iras más en grotesco, con sus manos cansadas y sus sueños llorosos.

Y aquella casa pobre del abuelo. Que había quedado tan rota y tan sola: con el cuarto donde había vivido mi abuela, más sólo que nunca en el viejo taburete en que se ponían sus medicinas. Sí, que ellos lo habían dado todo y se habían mantenido en su indiferencia de gente de campo. En esa pobreza indiferente donde las cosas se habían hecho grandotas en su dejadez: como los *vestidores*, con sus espejos al medio y sus gavetas; los vestidores, hechos de años y de papeles viejos, donde había guardados hierros que no se sabía para qué se tenían; y con frascos de medicina usados y con mármoles con manchas doradas.

Sí, toda la casa del abuelo nos decía de su pobreza. Que en aquella casa tan vieja, donde las paredes parecían enormes fantasmas, había adquirido todo esa vida de las cosas pasadas. Y no importaba que las cosas que tuvieran fueran sencillas: ellas iban adquiriendo su sordina, desplazando su ausencia. Yo recuerdo las medicinas sobre el *vestidor*; medicinas con sus recetas donde se veían las caras de viejos médicos famosos benefactores y patilludos, manchados por fuera con alguna gota que se había descuidado y que con ese

sucio adquirirían su presencia especial. Y era que el ver allí todos esos pomos, era ver algo necesario en la casa, algo que se había incorporado a la costumbre de nuestra vista. Así, cuando yo me ponía por ratos, en el mediodía de tedio, y desde la mecedora, a pasar la vista por entre ellos, era toda la vida de mi abuela la que iba surgiendo; pues me entregaban las mañanas en que entrábamos a verla, o a veces también cierta manera de mirarlos—quizás el sol que se había retirado del vestidor—nos traía el calor de los días de lluvia, cuando abuela repartía de un gran queso blanco y redondo que sólo ella sabía hacer bien.

Eran vistas o ruidos que nos daban la visión de la casa de los abuelos, ya tan espectral como las campanas del Sábado de Gloria que junto con aquella anécdota de los niños de la escuela, me entregaban la ausencia de mi abuela. Sí, eran las campanas del Sábado de Gloria, esas campanas que después de varios días de silencio—en que el viejo Crescencio, como un alguacil medioeval, tocaba la matraca por las noches para ir al sermón—se ponían a enloquecer los oídos y parecía como si fuera un aguacero; y bastaba al oír su són, salir a la ventana y se veía a las González, muy endomingadas, ir para la misa; y se veía al panadero más contento que nunca, saludando a troche y moche; y

se veía a los caballos en su mañana; y las campanas, como agua, bañándolo todo, hasta los gritos de los muchachos... Pues sí, con estas campanas, de una manera inmediata—recuerdo que empecé a oírlas en la esquina de Noda, cerca de la casa—me llegó aquel último Sábado de Gloria...: que días antes yo me había peleado con mi abuela —y le había dicho *señora*, en tono airado—y no había ido a verla, hasta que con aquel chaparrón de campanas me entré por la casa decidido... Me la encontré en el patio, adonde nos pusimos a llorar. Sí, y recuerdo que nos sentamos frente a la carbonera a hablar del día, con esa serenidad que da el llorar—“esto de llorar después de las peleas, eran cosas muy de los Toros”, decía Jísabel—. Y así, después que ella había muerto, las campanas me la traían sentada frente a la carbonera, con su chal viejo—donde las pelusillas ya estaban rojas—y sus espejuelos puestos arriba de los ojos. Pero ah, que ella ya no estaba como aquel día, para decirme... y en el patio se veían los cambios: una cerquita que nos entontecía la mirada y aquel gato todo herido—que no se sabía de dónde había venido—y que vino a morir al patio.

Sí, eran cosas que nos traían el pasado. Así, había en el cuarto de mi abuela una losa que estaba manchada a fuerza de caer en ella las medi-

cinas que por tantos años tomó mi abuela; y aquella losa manchada, más que ninguna otra cosa, revivía sus sacrificios, sus años en que junto al abuelo había tenido que trabajar en Casimbalta. Eran pequeños objetos, como la lámpara de la sala, con unos flecos de cristal que a mí me parecían que guardaban los cuentos de Rosita Revueltas, pues me parecía también que tenía no sé qué de esplendores nocturnos, sensación que me venía de la infancia en la cual yo esperaba que si todas las luces de esa lámpara se hubieran encendido, la sala se hubiera llenado de personajes de cuentos, de intimismo mágico.

Y era también el sabor de la familia. Pues es indudable que los Toros tenían un sabor, un color solo de ellos; y que era, sin embargo, perceptible en todos los momentos. Sabor distinto, que hacía que en la casa todo tuviese su manera de expresión. Y es que si las campanas amarillas que habían sido sembradas en el patio lo hubieran estado también en la casa de mi otra abuela, me hubiera parecido una usurpación, algo tan monstruoso como es el que se nos cambie—aunque sea en un solo toque—la perspectiva rigurosa de nuestras imágenes.

En esa atmósfera, me tocan siempre las vajillas, los aparadores del comedor y los quesos hechos por abuela. Los platos con sus adornos de flores y que

me parecía que no podría haberlos en otra parte; y el aparador con su desorden—"el desorden de los Toros", que decía abuela—y sus grandes latas con dulce de naranja. Sí, estas cosas nos entregaban el tono de la casa: el estilo de cuje de mi abuelo y lo en festival de la familia de mi abuela.

Sí, entre ellas seguía manteniendo el abuelo su peso de señor terrible, y por las madrugadas iba hacia una enorme pila que estaba en el patio, iba con su camiseta y su andar en tiesura; iba y... el agua fría cayéndole encima, mientras Chile, el perro, se estaba en sus saltos y alborotos. Y era un rato después, cuando el abuelo ya en guayabera se estaba con su caballo rumbo a "Pereira"; a "Pereira", que era el último sitio que le había quedado a él.

En el mediodía, se estaba el abuelo de nuevo en el pueblo. Se estaba en el taburete del patio, como si nada...—pues una de las cosas que más lo molestaba es que lo creyesen tomando el sol. Así, cuando nos veía a nosotros sentados en el patio, se acercaba diciendo: —A ustedes les gusta el sol, ¿no?—y Jísabel parándosele al lado para soplarle las noticias. Y como el abuelo no oía bien, a Jísabel la preocupaba que el periodista vecino se iba a enterar de todo.

Jísabel le iba gritando, y luego era la noticia:

que el muchacho de los Fernández se había herido, que Floro López había vendido la casilla. El abuelo, oyéndolo todo con su estilo de cuje, con sus andariveles tiesos, hacía observaciones irónicas, terribles:

—Yo creo que al cuñado López no le va a quedar más remedio que meterse en el circo.

Otras veces eran las preguntas; preguntas sobre sus experiencias, sobre sus andanzas.

—Y papá, ¿qué le parece a usted, Laureano Gutiérrez?

El abuelo enervado en seriedad, puro rostro preocupado y con el gesto acompañante de la mano:

—Chica, te voy a decir: no más, no más que un hombrecito ruín.

Sí, allí quedaba mi abuelo con su casa azul, con sus órdenes. Exigiendo un recuerdo, bailoteando sus estampas y sus furias. Allí quedaba él para arañarnos un sortilegio en sus palabras; para entregarnos lo ausente y lo cercano con un mismo rostro, con la misma certeza de sus manos. En aquella casa que quedaba en la ausencia con sus patios húmedos y su aljibe; con sus gallos, que se metían en el cuarto viejo donde estaba el automóvil de cuando mi abuelo fué alcalde. Sí, aquella casa permanecía con sus mismos cuadros: aquellos cuadros de marcos dorados, con inevitables vírge-

nes en azul; con sus taburetes cada vez más viejos y su sala de madera donde en las esquinas algún tablón viejo podía hacernos tropezar; y allí, el abuelo, ofreciéndonos su vida como si nada, con su rostro y su braveza, en su mirar y sus gestos.

Él, con su sordera, se sentaba en el portal por las tardes, contestando cordialmente a los que lo saludaban. Sí, era por las tardes—aun en los días de lluvia—cuando se sentaba en él; y allí se estaba con aquellas tardes del pueblo que van cayendo en cenizas, hiriendo los árboles con su soplo sombrío. En que a veces se veía relámpagos en vuelta del Sinú y abuelo que alzaba el brazo y decía:

—Ave María, amigo, qué manera de llover, cará. Que esto se me está pareciendo a lo del año seis; que cuando llovió no tuvo para cuando acabar y después vino la escarcha... Ah, cará, que nos levantamos por la madrugada y a todo el cañaveral le había caído hielo.

Luego, mirando fijo hacia el frente, rompía su silencio el abuelo:

—Que yo creo que esta luna se la va a pasar lloviendo. Y estos campos como andan; como debe de estar Casimbalta... Que era tremendo cuando vivíamos allí.

Entonces ya no había nada más que preguntarle por sus tiempos en Casimbalta y el abuelo se ponía

a hablar con una enorme viveza—"parece joven otra vez", decía Jísabel—resbalándole la alegría por aquellos cuentos:

—Cará, que no sólo eran malos estos tiempos para cuando estábamos en Casimbalta, sino también cuando íbamos arriando el ganado, en que era el mismo demonio. Que todas esas vaquitas malas que tú has visto arriar por el pueblo, no es nada. Ah, aquello sí era ganado, que mi padre se dedicaba al arriaje y lo traíamos desde "El Paraíso" y lo llevábamos hasta Matanzas. Cará, que tenían que tener buenas uñas aquellos gavilanes de peones, como Perico Zanabria, que fué el mulato que mejor arriaba en el Sinú y que vino con nosotros varias veces.

Yo recuerdo que al oír este nombre de Perico Zanabria y al oír de su arriaje en el Sinú, me venían, asaltándome, con una fuerza que yo creía salida de ese mismo nombre de Zanabria—tan de guajiro del Sinú—el frescor de aquellos campos por donde había nacido mi padre y el recorrido a caballo que por ellos hice, con mi tío Juan, después de la muerte de mi padre; sí, pocos meses después de su muerte, mi tío, ya con los caballos listos, me dijo: —Vamos a ver donde nació tu padre; y me fué enseñando, con su minucia seca,

el pozo donde habían jugado, la mata de mango en que mi padre tiraba flechas, la casa de Dueñas; después de esto, mi tío nunca volvió a hablarme de su infancia.

Y ahora, mi abuelo me abría con sus palabras todo ese mundo que para mí tenía la palabra Sinú. Abriéndola, con tanto mayor desconcierto para mí, cuanto que este nombre del Sinú, unido en mi recuerdo a la familia de mi padre, me parecía fantásticamente alejado de mi abuelo, tan en su barrio de Rovira. Estas diferencias tremendas me fueron reveladas el día que mi tío Juan me habló de la llegada al Sinú "de tu abuelo don Pablo Travieso", de la llegada "cuando tu padre y yo éramos chicos". Dato que era para mí de deliciosos matices, al unir tantos sabores dispares al conjuro del jineteo de mi abuelo.

Pues sí, amigo, que tu padre lo debe de haber conocido, que era Zanabria, del Sinú. Y nos estábamos con él el tiempo malo del arriaje, como cuando el peón de caballos, González, se cayó y le pasó todo el ganado. Que eran tremendos estos arriajes y a veces en vuelta de Güira nos teníamos que parar unos cuantos días para buscar el ganado que andaba revirado. Ah, en ese trancadero de Güira, que se llamaba... déjame ver... sí, Río de

Auras, que los otros dos trancaderos lo eran Navajas y Encrucijada; porque por el que se llamaba Corrafalso, no íbamos nunca, qué va, que ahí sí que había bandoleros. Mira, el gallego Manuel, que anda tan fino ahora, era cuatrero, pero cuatrero de los malos, por allá por Corrafalso.

El abuelo parecía que iba a dejar de hablar, pero, de pronto, empezaba a sonreír con malicia y decía: —Pues, en aquel trancadero de Río de Auras tuve yo una *equivocación* con una prieta de por allí...

Sí, que el ganado andaba desbandado y tuvimos tres o cuatro días para aquí y para allá, envuelta dél; como tuve que estar por aquellos contornos, conocí a la prieta y... tuvimos la *equivocación*—el tono de mi abuelo era lo más deliciosamente serio que se pudiera imaginar, aunque con una sonrisa que lo llenaba todo—y eso nada más, hizo que los guajiros de por allá empezaran a maliciarme el contento... Que hay guajiros que en cuanto ven a uno que viste bien y que anda en otras cosas... se ponen a echarle ojos de envidia. Y eso no fué nada, que el último día o el día anterior del que habíamos recogido el ganado, hubo un guateque por la casa de los Menas. Estos Menas, chico, eran gente buena, gente como Dios manda, pero que tuve la mala suerte de que ese día dieron la casa

para el baile y se fueron. Y como los que venían en el arriaje conmigo se habían quedado para dormir, me tuve que ir solo y aquello fué el demonio.

“Porque, no hice nada más que entrar en el baile y me olí el ambiente malo. Y así mismo fué. Qué, ¿usted sabe lo que pasaba, amigo?: que nosotros los Traviesos, siempre fuimos gente que nos gustaba andar bien; que cuando yo iba a cualquier parte se me iba el dinero como agua; y me vestía para salir, pues bueno, con sastres de Matanzas.

Y, además, que nunca fuí hombre de grupos, no, que yo siempre hice mis cosas solo. Porque en todos estos lugares partía en seguida para el hembraje, sin andarme con cuentos ni habladurías.

“Pero bueno, te digo que me olí el ambiente malo; y fué peor la cosa, cuando resulta que se rifa el acordeón de la orquesta y me lo saco yo. Pero yo dejé el acordeón y seguí en el baile, hasta que paso por un grupo grande y oigo que decían:

—De ahonde habrá salío este guabairo.

—¿Usted sabe, amigo, lo que es un guabairo?

Con su pregunta, la mirada del abuelo, que a mí no ha dejado nunca de desconcertarme un poco; así que haciendo valentía, contesté:

—No... Creo que no...

El abuelo entonces, atenuando su mirada para descanso mío, decía:

—Guabairo es un pájaro de laguna.

“Pero como si esto fuera poco, al ponerme a bailar, oigo que del maldito grupo vuelve a salir el “¿De ahonde habrá salío este guabairo?” Y ahí mismo ya no pude más amigo; así, esperé que terminara la pieza, y una vez todas conmigo, me fuí derecho para el grupo, y de ellos llamé al que más me andaba cargando. Que, mira...

Con esto, el abuelo se ponía a pensar intensamente, hasta que volvía a decir: —Que mira, el que yo llamé fué Castellano. Que después se casó con una hermana de tu padre, con Rosita Rubí. Y bien, que después de esto fuimos buenos amigos los dos, pero en aquel momento la cosa andaba mal. Así que nos fuimos para el patio de la casa y allí, en unas matas de mamoncillos que había, le dije: —Oiga, amigo, está usted con un *guabairo* y con un ¿de ahonde habrá salío este guabairo?; así, que yo quiero que usted me explique ¿qué guabairo es ese? Y diciéndole esto, ¡ay muchacho! me saqué del bolsillo—que para todas partes yo me lo llevaba—el revólver mío, que hacía temblar a Yara. Y viéndolo, ja, fué el mismo demonio el

que vió Castellanos, que dió el muy condenado un salto que por poquito lo aturde contra la mata de mamoncillo.

Pero entonces, parece que por el baile habían caído en cuenta de la pérdida de nosotros. Y en aquel mismo momento se apareció todo un grupo de gentes, con el asturiano Rolando, que estaba a cargo de la bebida.

Bueno, pues que se pusieron ahí, dale que te dale y, nos separaron a los dos. Pero chico, ya yo tenía mala sangre y, como el hembraerío andaba de reajo, me volví para donde estaba el asturiano Rolando y le dije que me dieran el acordeón que me había ganado. Figúrate, el asturiano vió a la misma muerte; porque el acordeón era el único que había en el baile y llevándomelo yo, se acababa la danza. Pero no me valieron ruegos y me fui con él.

Así mismo, muchacho, se acabó la danza. Mira, que después, cuando yo se lo conté a los muchachos del arriaje, me estuve hasta un mes riéndome con ellos; porque fué el demonio mismo cuando aquellos guajiros vieron que yo me llevaba la música. Y las viejas comentando y llevándose el hembraje por los trillos. Pero, lo que más me hizo reír fué doña Petra González; ésta... no... no, tú no la pudistes conocer; pero ella se hizo más tarde amiga

de tu abuela; porque ella vino a vivir por cerca de aquí, con unos entenados que tenía en Jabaco. Pues bien, esta Petra estaba que echaba chispas y, cuando entre varios guajiros la lograron montar en la silla del caballo, decía con voz fañosa:

—Lo que hizo este Travieso, no tiene perdón de Dios.

“Después, seguíamos el arriaje; casi siempre hasta Matanzas; que ahí fué donde conocí a tu abuela.

Mi abuelo parecía que revivía con esto y, decía tan en animación:

—Que más tarde ella vino a vivir a Jabaco y ahí, empezamos las relaciones. Que mira, muchacho, que no había como tu abuela para hacer los vestidos de novias y para animar cualquier festejo; tenía su gusto y había visto sus cosas, así que toda la guajirería venía a consultarse. Sí, muchacho, que no había familia de aquellos contornos que no quisiese a tu abuela.

Era raro oír en mi abuelo estas referencias, estos toques tiernos; pero él ya la evocaba en aquellas tardes, o si no se iba a la casa de Juanita Toro, la única hermana que le había quedado a mi abuela. Juanita Toro, que ya tenía que andar con muletas, estaba igual que Jísabel—constantemente queján-

dose de los vecinos y de la sordera de mi abuelo—, que es lo que ella decía:

—Que lo que pasa con Pablo es que no oye nada y toda la vecinería se va a enterar de los cuentos de la familia.

Sí, él la evocaba como no podían de hacer menos todos los Traviesos, que era lo que todos decían, “cuando la vieja se muera, la familia se acaba”. Ella, con su fuerza de hija de isleños, y con sus nervios de delicias. Cuando había algún familiar de visita que a ella no le gustaba, se sentaba en la cama y decía: —Es por aquí, por la cabeza; es como una cosa pequeña la que tengo. Ay, si me la quitaran, yo pudiera andar hasta a caballo. Que llamen a Tato.

Y eran tantos los gritos y las lamentaciones, que el familiar, inútil ante aquella algarabía, decidía abandonar el cuarto; éstas eran las grandes victorias de mi abuela, que poco rato después dormía plácidamente. Sí, y las mañanas, con su tedio y sus quehaceres cotidianos, ponían de muy mal humor a mi abuela; así, que ella, quizás inconscientemente, decidió liberarse, con su enfermedad, de todo ese sopor; y al despertarse, aun debajo del mosquitero, empezaba a decir que llamaran a todo el mundo, que ella estaba al morir; y de tal modo hizo y repitió esto que una sobrinita que

con ella vivía, ya al oírla despertarse, salía a la calle e iba a buscar a los tíos.

Y con esto se liberaba mi abuela de la pesadez de las mañanas pueblerianas, pues cuando llegaba mi tío, ya le estaban preparando el tilo o el cocimiento de cundeamor y con esto mi abuela tenía el suficiente festival: pues eran las hijas en la cocina, preparando “el remedio para los nervios”, y ella, que se estaba habla que te habla con mi tío:

Ay, esta cabeza mía. Que yo me muero hoy —y mi abuela se ponía las manos en la cabeza, quedándose un rato sin decir nada. Pero, poco rato después se acordaba de alguna noticia tremenda del pueblo y empezaba a contarla:

—Que, ¿tú te enteraste de la gente de La Habana que vino ayer para el ingenio?, ¿no? Que por aquí pasó de lo más apurado, ese Candelario González, que tú sabes que para cualquier sinvergüencería está dispuesto. Y cuando yo lo vi—aunque tengo esta cabeza como la tengo, ay—me dije: —Hoy va a haber gordas en el pueblo... María, Elvira, pero, ¿por qué no me traen el cundeamor?, ¿es que me van a dejar morir? Sí, ella nos había entregado todo el peso de la familia; y en sus escándalos, en sus enfermedades, en sus consejos, estaba ese sabor de la familia, que no podía menos de

escapársenos, cuando ya no estuviera entre nosotros.

Es que todo, en mi abuela, tenía dimensiones tremendas; como cuando ella iba a salir de viaje, en que aquella enorme casona vieja daba la más increíble sensación de conmoción y toda una legión de familias venía desde por la mañana a vestir a abuela, a prepararla para el viaje. Ella, aprovechando esa atención anómala en la familia, daba sus mejores notas, despidiéndose de sus vecinos... despidiéndose definitivamente, "porque de este viaje ya yo no vuelvo más". Y, ¡qué cosa tremenda cuando mi abuela iba a salir de la casa! vestida de negro, acompañada por las hijas y lloriqueando; el chofer, Jacinto, que se quitaba el sombrero y le decía: —Señora, vamos—pero mi abuela en el colmo de la emoción, sólo atinaba a repetir: —¿Por qué no me dejan morir en Jagüey, hombre? Así pues, se la colocaba en la máquina, en aquellas mañanas tan alegres en que se oía al frente, en la escuela municipal, el griterío de los muchachos repitiendo la tabla de multiplicar. (Sí, en aquellas mañanas que quedaron en mí con su soplo húmedo, con su no sé qué de *empezar de nuevo*... porque, aunque lejanas en el tiempo, siempre se me aparecen como un comienzo. Sensación esta, como de principio... que también la he saboreado en los

campos. Recuerdo una caminata que hice por envuelta del Sinú y al tratar de analizar aquellas sensaciones de la mañana en el campo con sus pájaros escondidos y ese *inmediato* que tienen los árboles..., me sugería todo eso, como una memoria obsesiva, la esplendidez nostálgica de un mundo que no hubiese sido vivido; *enteramente* nuevo. Sensación obsesiva, en cuanto que no era el recuerdo ofreciéndome, arañándose una ausencia nostálgica, como lo eran los cuentos de las comadres o las historias de Casimbalta; sino que esta especial sensación de la mañana que a veces sentía yo por aquellos campos, me entregaba un mundo que sabía obstinadamente desierto, *nuevo* siempre. Y digo *nuevo*, porque esta palabra tenía para mí también, un eco distinto, una distinción de plenitudes maravillosas. Así pues, era la mañana soplándonos su sordina, sus encantos, como un demonio sutilmente escondido en esos parajes, que yo sabía para mí, *especialmente desiertos*). Y mientras Jacinto iba disponiendo las maletas atrás, en aquel viejo automóvil que sugería películas silentes, alguna vieja vecina, con su vestido largo y su moño recogido, venía a consolar a abuela, diciéndole que quizás el viaje le hiciera bien.

Sí, la casa de los abuelos, en el recuerdo, tan cortada de imágenes hirientes. Cortada por aque-

llas mañanas invernales hechas de caminantes y de humo; cortada por la fijeza del recuerdo, obstinado, como el de la madrugada del día en que iban a enterrar a mi abuela; y la casa de ella, vista a esa hora, desde lejos, con aquellas espantosas lucesitas de los velorios. Sí, era caminar por las calles del pueblo, a estirar las piernas, como cualquier madrugada del pueblo; sí, como cualquier madrugada, tan espléndidas, con su sensación de cristal, de *nieve*, en que el sutil revolotear de los árboles parece como abejas en sordina; era recordar, en tal portal una mañana de mi infancia, con el sabor de mis lecciones de piano y los álamos de frente a casa que me hacían señales alegres de promesas para cuando terminara la tarea; era descender por el recuerdo de los árboles, que me traían mis juegos y aquel salir corriendo—¡tantos niños!—y ese sentirse abierta la camisa y ese sudor de la carrera como si persiguiéramos un demonio de humo. Ah, sí, pero ya en aquella madrugada, era toparse con la casa de mi abuela y era ver desquiciada su exquisito intimismo, con aquellos sus muebles en el portal (esos muebles de los velorios, secos, en legiones, como guardias tiesos) y que vamos buscando entre sus filas a aquel que de entre todos ellos tiene una señal para nosotros; señal como las astas que tenía marcadas el sillón

grande de la sala y que en aquella noche en que yo veía a los cocuyos por el patio me dije que aquellas astas eran como la comunión con aquella noche y que el verlas me entregaría siempre un especial intimismo confesional. Sí, y aunque yo me avergonzaba de estas mis locuras, de tal modo que no hubiera sido capaz de contárselo a nadie, ni hubiera podido siquiera haberle encontrado principio al relato, si lo hubiese querido contar; al pasar por aquel sillón, yo siempre miraba sus astas marcadas, y me parecía que ellas eran como su expresión y que contestaban a mi saludo. Señal que al encontrárnosla en aquel momento, nos entrega una enorme extrañeza al ver al mueble que la posee entre todos los demás, con su bochornosa postura, tan tiesa y la casa anómalamente encendida; eran los viejos muros de la casa, tan secos ya por las lluvias, con sus viejas tejas llenas de pinticas negras y adonde se empotraban las viejas ventanonas con sus hierros y su altura; los muros, por donde se desquiciaban los recuerdos como niños enloquecidos, corriendo por días y estaciones y trayendo, ya la Nochebuena en que todos los nietos íbamos a darle la *serenata* a abuela, ya las mañanas que íbamos para la escuela; y ahora, esos mismos muros en el rocío de la madrugada, parecían entregársenos a la visión como si ya jamás

volviéramos a verlos, dándonos aquella su espectral visión en la mañana como para señalarnos así su definitiva ausencia y su presente sabor de nostalgia en el recuerdo.

Sí, eran todas aquellas ausencias que traía la muerte de mi abuela, en que como en un caleidoscopio, durante su vela, íbamos recorriendo todo el pasado de la casa; toda aquella Casimbalta que yo no vi. Y era conmovedor la llegada de aquellos guajiros de Rovira, la llegada de los Toros, y mi abuelo en su postura de siempre.

Porque mi abuelo seguía, finamente porfiado, en su dureza. En esa dureza que en los viejos compadres fué una virtud tan guajira, una virtud como su cortesía perdida y su manera anchota de saludar. Dureza de sus manos amplias, como la misma expresión de su destino; dureza en tan pequeñas cosas: en la manera de coger su sombrero, de preparar los pequeños detalles; dureza en... su ternura, en la manera de consolar, en la manera pobremente grotesca de sus pésames, en el venir acompañar "para la desgracia".

Aquellos guajiros con sus maneras cordiales y sus mujeres dispuestas: viejas comadres que para todo servían, y se las podía ver en la cocina para preparar su "buche de café", o "su poco de tilo", y se les veía con sus cuentos, mientras sus manos

espléndidas repasaban el pañuelito que tenían en las faldas y adonde había siempre algunas monedas.

Entre ellos quedaba mi abuelo, contándose sus andanzas por los taburetes del patio. Mi abuelo que los recibía en el tono de gran familia; sí, él quedaba entre ellos y nos ofrecía el discurso de su vida guajira, de la tierra de Rovira, de las mañanas espléndidas del campo. Él quedaba entre ellos y con esto saltaba a nosotros por todos los pequeños detalles de su mundo: la montura tirada por el patio, su machete viejo y las campanas amarillas que mi abuela se había traído de Méjico. Y saltaba y saltaba sobre nosotros, poblado por los ecos de los cuentos y la sutil sordina de sus decires. Sí, ya él quedaba allí, definitivamente conversando con los viejos guajiros de Rovira, y toda su imagen y su ausencia venía a decirnos de la leyenda de los campos, de la extraña poesía que era Casimbalta para mí. Esa poesía de los cuentos oídos de mi madre, de mis tías; esa fantástica llegada al pueblo de los Traviesos, todo ecos, como un delicioso historial de leyendas. Sí, mi abuelo quedaba en Casimbalta, sin percibir más ningún aire que aquel que tenía el sabor del pozo y de las matas por donde se trepaban los muchachos; sí, él quedaba allí, sin más acento, sin más sabor que el que

daba el sonido de los viejos arrieros o la llegada de José León por el trillo principal. Definitivamente, en el recuerdo, como la leyenda del viejo coronel Toro Tejerda. Trayéndome esa Casimbalta que yo nunca vi, trayéndomela con su sabor de tierra, con su sabor de cuento, en el puro intimismo de su ausencia.

8

En Casimbalta. En Casimbalta.

Mi voz. Gesto de mi voz en los sonidos, en los cordajes de la luz. Azoteas tras azoteas como bailarines-imágenes.

—Entonces, ¿tú te acuerdas bien de Casimbalta?

Horas para llegar a Casimbalta. Ella no había vuelto más, no, desde que se la llevaron a los cinco años; pero ella le contaba a mi abuela el sitio del pozo, los cocos secos donde los roquedales; ella le contaba en las últimas veces que vimos a la abuela.

Sí, preguntar por Casimbalta, con estas azoteas paradas en su verano: La Habana tan en su mediodía. Con los soplos de su cielo... que hubiera podido ser el cielo de aquella tarde del pueblo, y Marardina regando al llegar el agua a las turbinas. Cielos, en La Habana y las preguntas:

—Pero bueno, espérate, tú me dijistes que en Casimbalta...

Y yo preparaba las largas conversaciones. El

cuarto de la casa en La Habana... todo es distinto, tan distinto "como si uno tuviese aquí, un poco de miedo", decía mi madre. *Un poco de miedo...* estar sentados al mediodía y evocar, acordarse de evocar la tierra, Casimbalta...

"*Francisco La Guardia no nos ve. Que no nos ve. Que no nos ve. La la la. La la li.*"

"Así nos poníamos a cantar cuando llegaba el enamorado de María, sí, aquel enamorado con su caballo cepillado que tus tíos decían que se pasaba la mañana laborándolo. Don Francisco, el enamorado, que se entraba por la guardarraya central—sólo él y el médico venían por ahí—los domingos, con puro aderezo en los bigotes y las botas limpiécitas.

—Sí, este era aquel que nos contaba abuela que cuando no lo quisieron, se puso en los caminos a hacerse el loco, y el revólver de vez en vez resbalándole por las manos, hasta que la pólvora...

"Sí, pero de esto que hablo es mucho antes; sus primeras visitas. Nada, nada más que no nos gustaba que él nos viera. Vamos cosas de campo. Y nos estábamos todos los niños: Jísabel, Rosa, Máximo—yo era la más chica—en el borde de la canoa. Y dale que te dale con el canturreteo y con el canturreteo "que Don... que Don no nos ve..."

"Sí, no era nada más que ese juego hasta en-

tonces. Pero, ah, que la canoa se movía y nosotros parados por el borde, y yo, aunque era la más chica, seguía como las demás, sin importarme el bamboleo, ni el agua que nos tocaba las piernas; hasta que sin saberlo, ¡plan!, y todo que se nos venía encima: tu tía Rosa que se ponía a gritar y Jísabel con las manos en la cabeza, como si se hubiera muerto. Sí, era la canoa, con su agua que se había volcado.

"Volcándose, y para mí lo peor, con el asma que me volvía. Y eran todos tus tíos, niños entonces, haciendo una sillita con los brazos para llevarme a la casa, una sillita como la de los juegos, y Jísabel con tía Rosa iban delante gritando.

—Una silla como en los juegos...

"Sí, era una silla como en los juegos. Y los mayores por aquel trillo caminando. Porque cuando tenía el asma se agrupaban conmigo y yo ya no veía nada, ni los hierbazales ni las otras canoas, ni nada; sólo oía aquel murmullo de los muchachos.

"Ah, que había que soportar a mamá en esos días. Que se ponía ella a darle pescozones a los mayores, como si tuvieran culpa de mi asma. Y todos corriendo hasta más no poder, que a mamá lo que importaba era zafársele cuando tenía *un pronto*, que después se le pasaba todo y ni se acordaba de

sus antiguas iras. Exactamente como el Coronel. Que todos estos Toros eran iguales.

“Eran esos prontos de tu abuela, que la hacían taponar toda la casa cuando yo tenía el asma. Bah, que ella creía que no se podía dejar ni un rendijo de aire.

“Y con aquella casa de madera, en pleno campo, tu abuelo tapando, poniendo colchas en las rendijas de las puertas.

“Sí, era como en la casucha de “Pereira”. Con aquellos huecos que se hacen en la madera, aquellos huecos tan redondos, “como hechos a propósito”, decía tu abuela. Y aquellos papeles amarillentos que se le ponían por las noches, aquellos papeles que con el tiempo se iban cubriendo de tela de araña.

“Sí, como en “Pereira” el *sitio* que ya tú vistes: los cuartos de la casa, que eran *bocas de lobo* por las noches. Y estar allí, sin que se viera ninguna rendijita, con aquellos insectos chocando por fuera. Como cuando tú ibas con Nana Rosa. Y aquella negra, Nana Rosa, tapándose la cara con su delantal blanco, tapándose entre risa y susto. Y como ella te decía: Chin, Rechinchín, Chin, Chin, vamos para el pueblo.

“Eso era como en “Pereira” también donde tú te acordarás de las mañanas, que era lo mejor de

los campos, lo que más yo quería. Pero, bueno, que tampoco con el asma, tu abuela me dejaba levantarme con los primeros, y era estarse en aquella cama...

“Aquellas camas de la casa de tu abuela. Eran de madera. Y todas con historiales. La cama donde murió Carmela y que tía Rosa le tenía miedo; la cama que había sido de don Martín Castillo—la que llamábamos “la chiva”—; la cama de los invitados, con su azul provinciano y que tenía encima una estampa de la virgen—de la virgen rodeada por los pecadores del purgatorio, con sus llamas y todo).

“Bueno, era estarse en aquella cama sin poder moverse. Sin poder levantarme ni nada, hasta que no me trajeran el café. Y ver por una rendija grande, la rendija que hacía el techo con la pared de la casa...

“Ver esa luz de las casas de madera, esa luz con su polvito tan visible. Entrando, sin más, como en “Pereira”, adonde tú estuvistes. Y la colcha rosa, aquella colcha vieja, iluminada por los pies...

“Era ver la claridad. Y tu abuela que salía temprano y se estaba con su canturreo para llamar a los pollos. Aquello era tan una sola cosa...: la luz de las rendijas y el llamar de la abuela, re-

gando el maíz por el suelo. Tu abuelo se oía preguntándole qué animal se mataría.

“Se oían aquellas conversaciones mientras yo esperaba la jicarita con el café; aquellos ruidos de los pollos, en la mañana, entrando por la casa y todos espantándolos fácilmente. Cuando no fueran los gallos, que éstos se ponían a alborotar sobre la mesa, y, los mayores gritándole, hasta que derramaba algún jarrito de agua y se iba con la escandalifa de sus alas abiertas.

—¿Cómo? ¿Cómo? Ah, sí. Exactamente como “Pereira”, el último sitio que le quedó a mi abuelo; adonde yo iba cuando niño, con la Nana Rosa.

Aquellas crías de pollos, cuando abuela les repartía el maíz, casi sabías en su picoteo, uno tras otro en su insistencia monótona... Y algún granito de maíz que se nos convertía en obsesión, *que no había sido visto, que no había sido visto*, hasta que...

Eran los lugares, los objetos, en la mañana, tan necesarios. Y la caída del maíz de las manos de mi abuela por la tierra que rodeaba la casa; tierra apisonada, más negra, donde las hierbas parecían dormidas y había algunas flores rosadas rodeadas por círculos de piedra.

Era la mañana de campo, tan rocío. Y las gotitas blancas en las hojas, cerca, lejos, hasta el

horizonte. Y el portal de la casa de “Pereira” con aquella montura vieja encima de la baranda—la baranda con unos hierros torcidos por donde entraban los pollos—y el piso blancuzco, feo, como una manta de cal; el portal donde la Nana Rosa me llamaba, diciéndome: Chin, Chin, Rechinchín.

Y eran las matas de mangos con sus pinticas negras—están “pintaditos”, decía mi abuela—y algunos manguitos verdes que habían caído al suelo y servían de piedra para tirárselos al ganado.

O eran los ruidos. O era la luz... Aquel humo que salía de la cocina. Aquel humo de cocinar con leña y que a mi abuela ponía roja con el cuidado de que la leche no se fuera a ahumar.

Sí, era el humo entrando y entrando por todas partes. ¡Y como llegaba al cuarto a alegrarnos; a alegrarnos, y parecía la misma cocina que venía desde lejos; el humo, que nos traía las conversaciones y al *mozo* arrastrando el cántaro de leche. Aquel humo de la leche—“¡cuidado no se fuera a ahumar!”—y las conversaciones en la cocina y la voz del abuelo:

—Vete por envuelta de Venancio...

Ruidos con la luz, con el desplazarse del humo, ruidos por las rendijitas donde se estaba colando la mañana; y afuera el *mozo*, que se ponía a echarle la montura al caballo, con la voz del abuelo

persiguiéndole y los pollos alborotándose por encima de las cercas.

Era la mañana desde el cuarto; la mañana por los postigos y por las voces. Con ese despertar en el oído que es la mañana de campo, y los zapatos por la sala de madera, a abrirnos el día, decididos.

Que afuera estaban todos los olores; y las "Lágrimas de Cupido" que abuela siempre sembraba cerca de casa, las "Lágrimas de Cupido", tan rojas, con su poco de miel, y lo bueno que era estrellarlas en las manos si la abuela no nos veía. También eran los algarrobos, con sus hojitas cortadas, llenas de agua; los algarrobos grandes, que el abuelo quería siempre estar cortando. Y las matas de bija, con sus insectos enormes; y las grandes hojas de malanga por detrás del platanal.

"Pues, yo te decía que tenía que esperar el café. A no ser que me enfermara, que entonces eran todos los demonios."

"Cuando tenían que traer al médico hasta Casimbalta, y, mientras tanto, tu abuela de una en otra. Como aquella tarde, en que yo estaba muy mal y se aparecieron los rurales, nada menos que quince, y era a esa hora a prepararles tu abuela la comida, tu abuela que se ponía a llorar con tantos guardias y le preguntaba al teniente si es que iba a ver guerra. Sí, y los mozos matando los puercos y los

"amarillos" hableteando por aquí y por allá, hasta que comían, que después seguían la vigilancia de los campos.

"Ah, que tu abuela era tremenda en enfermedades. Y mandaba a llamar a Petronila, que era la curandera, allá por envuelta de Rovira. ¡Y bien que venía pronto aquella vieja! como creo que era comadre de mamá. Y venía con su trapito en la mano, con sus ojos enormes negros y, su pelo planchado; con sus medias rústicas y aquellos zapatos toscos de guajira, que parecían zapatos de muñeca. Sí, era Petronila, con su voz fañosa, habla que te habla, que se bajaba, tan segura, del caballo, para el curandeo...

"Muchas cosas sabía hacer esta Petronila. Cosas como curar la *seca*, curar el *histérico* o el *padrejón*, o hacer los sinapismos. Ah, que aquellas curas del *histérico*, no se las dejaban ver a los niños, y decían que Petronila se ponía como loca cuando se ponía a persignar el vientre de la enferma y a pasarle la mano, dale que te dale. Que aunque los médicos no creen en eso, los guajiros sí creían, y a veces curaba esta Petronila.

"Sí, eran los saltos del *histérico*, que cuando le daba a los hombres—como le dió al gallego Manuel el de la bodega, se llamaba padrejón.

"Y ni hablar de la cura de la *seca*, que tanto

hacía reír a tu tía María. Cuando Petronila muy en serio, se ponía a recitar delante de la enferma:

*Estrella, Estrellita: María tiene una seca;
la seca dice que te seques tú
y, yo digo que se seque ella
y que resplandezcas tú.*

“Y todas que nos poníamos a oírla a aquella vieja que parecía una bruja. Todos, hasta tu tío Chicho, que por una promesa lo tenían vestido de alistado. Y María toda inflamada con su seca, oyendo el chaparrón de la Petronila. Ah, que cuando salíamos del cuarto, nos íbamos corriendo hasta los piñares, en risa que te risa, hasta más no poder.

“Bueno, sí, que esto era lo mejor que hacía Petronila, que las otras curas las sabía hacer tu abuela. Como los sinapismos para quitar la calentura, que tu abuela preparaba derritiendo sobre un paño una velita de sebo y rociándola después con polvo de café. Uf, que se envolvía la pierna con todo esto, y la gente de Casimbalta decía que así bajaba la sangre de la cabeza.

“Que era como las panetelas con vino que preparaba tu abuela y que ella decía que eran para *confortar*. Ah, y que las preparaba tan bien que los mayores querían comérsela. Y bueno, que después envolvía la panetela en un paño y las ponía

sobre el estómago. ¡Hay que ver! Que teníamos que estar horas y horas con aquella panetela en el estómago y ¡cuidado con tocarla!, que mamá nos la ponía cuando hacía días que estábamos malos y que era para reanimarse...

“Así mismo, y tus tíos que venían al cuarto a reírse de la enferma con su panetela, hasta que mamá llegaba con la cara roja de estar en la cocina y sacaba a los muchachos con sus gritos. Bueno, que a veces yo creo que estas panetelas reanimaban y verlas así sobre el estómago “para que con el tiempo lo conforten a una...”

“Sí, aquella Casimbalta con sus curas y sus juegos, era feliz. Y había cosas que no se nos olvidaron a ninguno, cosas tan simples como cuando estábamos comiendo, y aquella mesa tan larga y los que pasaban por el camino que se ponían a gritar: —¡Muy buenas, don Pablo. Y tu abuelo: —Venga, venga amigo, a comer con nosotros.

Y sus voces grandes, anchotas, quedaban así, rato y rato, repercutiendo sobre nosotras.

—Sí, repercutiendo sobre nosotros, sobre nosotros. Era antes, y ahora en La Habana, tan tarde, entrando en Casimbalta.

Pero, dime, dime aquello de Chango. Sí, repítelo, lo de Chango... Ahora la tarde viniendo.

“No sé, eran tantas cosas, que creo que sólo las mayores recordarán bien. Sí, las mayores. Como aquello de que te habló tu tía María: Chango. Chango, que era el muchacho Carlos Marrero, que pasaba por el camino real para ir al pueblo, y todos que nos estábamos escondidos por los matojos; y todos aguantándonos la risa, hasta que pasaba, y entonces gritábamos y gritábamos: —Chango, Chango Marrero. Así, no era nada más que ese cuento bobo, sí, ese cuento que hacía reír a tus tios. Y Chango, que se ponía furioso con los gritos, y se iba por las matas de mamoncillo, tirando y tirando piedras.

“Sí, no era nada más que eso, hasta que un día supimos que se había muerto, y entonces tu abuela le hizo la ropita fúnebre. Ah, que a veces había cosas sentimentales en Casimbalta. Y todas empezaban a acordarse y a lloriquear por las tardes. Y que no se nos olvidó el trajecito que le hizo tu abuela. Sí, era un cuento triste de Casimbalta, este cuento de Carlos Marrero. Y no se nos olvidó el trajecito que le hizo tu abuela...

“Aquellas cosas de Casimbalta, aquellas cosas como cuando salíamos de noche a cazar los cocuyos. Y todos los niños se dispersaban por los trillos, y los niños diciendo: —Llus, llus, llus—para así llamar a los cocuyos. Sí, que con este canturreo

venían a las manos. Y tu tío Tato con una jeringuilla de agua—cuando se ponía así, nosotras le llamábamos “el chino”—*para mojar las lucecitas.*

“Cosas como cuando el ganado venía a tomar el agua a las canoas. Y sus cabezotas en el agua, y tu abuela parada entre nosotras, diciendo y gritando: —Llegó el *Pintado*, Pablo. ¿Dónde está la *Mocha*?

“Eran las cosas de Casimbalta. Adonde tú nunca has ido, ni quizás vayas nunca. ¿Para qué? Eso queda tan lejos...

—Sí, que yo nunca he ido—interrumpir la narración. Ahora, en esta tarde, todos los cuentos parados. Grotesco. Sí, la tierra que nunca he visto: acordarme un día de su condición romántica—.

—¿Decías tú...?—sigamos todos nuestro monólogo. Ahora, las azoteas bailoteando sus inútiles astas—.

—¿Decías tú...?

“Como con los cocuyos, que nos pasábamos las noches llamándolos. Noches así, tan tranquilas, como tú no las puedas imaginar. Con unas bujías de aceite carbón por la sala de madera y el ruido de los pasos de tu abuelo, que aún no se había quitado las espuelas. Sí, eran esas noches de campo cuando nos poníamos a la caza. Y el *llus, llus...*

“Impresiones de estos campos, como aquella lu-

cecita que salía por envuelta de Venancio Ruiz. Que no sé si serían fuegos fatuos o qué, pero que tu tía Elvira cuenta que todos la vieron. Y eso que habían salido de un baile. Que decía ella que estaban hablando de la luz, cuando iban por la cerquita por donde ella aparecía. Y ¡plan!, y la luz que le sale. En seguida, contaba Elvira, tu abuela se puso a gritar porque la lucecita se estaba como si nada por el cercado, y que todos tus tíos estaban con ella, mientras tu abuelo iba delante, en el caballo.

—Sí, que decía ella que salió y desapareció la luz, y que volvió a salirles en la tranquera antes de llegar a la casa, y otra vez, por último, en la tranquera del corral. Y que tu abuela ya no pudo más y se metió en la casa.

—Pero los guajiros aceptaban todas estas cosas con paciencia. Oían los cuentos y, hasta unos menos que otros, habían tenido todos su “aparición”. Pero la resistían y la contaban así: sin ningún temblor, sin ninguna emoción, como si contaran que un animal se les había perdido.

—Que era que ellos, estaban hechos para recibirlo todo. Y cuando yo me acuerdo, me acuerdo de ellos con esas mismas caras de respeto, con su asombro tonto, como esperando... Que son así todos, hasta las mismas mujeres, y tú ves cuando entran

reunidos, vamos a ver... en casa de un compadre, porque hay temporal; pues bien, se están aquellas mujeres sentadas, oyendo la lluvia, con sus manos juntas, por el regazo y sus caras que son casi bovinas.

—Que en Casimbalta conocimos a los guajiros, y veíamos la socarronería de tu abuelo. Y esas cosas que hacen reír tanto, como cuando pasaba Jacintillo, con su familia, hablando del perro de Cachimira:

—Sí, sí que yo lo veía. Que por envuelta del potrillo yo lo veí.

—Qué..., Jacintillo, fué lo que tu veíste. Que tú no veíste na.

Y tu abuelo, riéndose, los oía llegar, poniéndose a gritarles:

—Apéense, apéense, Jacintillo.

Y Jacintillo:

—Gracias, don Pablo. Pero no podemos. Que en casa de la entená tenemos muerte de cochino y tenemos que ir.

—Ah, y tu abuelo se pasaba las horas riendo con esto de la *muerte del cochino*, y eran una fiesta en la casa los cuentos de Jacintillo. Como también los cuentos de Pijo, que se ponía con sus mentiras enormes a decir que la mitad del ganado estaba en la guardarraya.

“Bueno, eran tantas las mentiras que tus tíos lo llamaban Pijo. Pero no se le podía decir a él, que en seguida le daba las quejas a tu abuelo. Y sabíamos cuando decía una mentira por la manera como se tapaba la cara con las manos; él, que era hermano de José León, el cual un día que teníamos comelata, se apareció borracho y diciendo: ¡Pablo, Pablo, aquí está un león!

“Cosas de Casimbalta, menudas, hechas de esas pocas cosas—yo apenas recuerdo, yo era tan chica... Pero, pregúntale, pregúntales a tus otras tías, que ella si se acuerdan; sí, que todos tus tíos se han quedado con estos cuentos; como la tía María, que cuando le hablan de esto se pone a llorar y a decir que los Traviesos no deberíamos de haber salido de Casimbalta.”

9

Así, se nace a las sensaciones, a las imágenes. Ese nacer que nos llena para siempre con sus fijos, insistentes soplos. (Que pueden quedar reducidos a un solo punto, a un solo eco en el recuerdo, pero que bastan para entregarnos el sabor de unas noches; sabor que es para nosotros todo un conocimiento, toda la posibilidad de un destino.) Así, de estos *puntos* en el recuerdo, yo evoco la madrugada en que mi padre me llevaba a Cárdenas; ese despertar en la madrugada para ir de viaje, con el sueño, que es cortado por la sombra de nuestra madre que se aproxima al mosquitero, y ese vago embullo que inmediatamente se apodera de nosotros; embullo que como un peso se nos cuelga y nos lleva por todas partes, atenuándonos la frialdad del agua y el espectral color que adquieren los objetos bajo la luz; embullo que, ya con el trajecito de niño de blusa marinera, el trajecito de invierno que picaba un poco cuando uno se ponía a dar carreras, nos hacía gritar, pero gritar tan

fuerte que nuestra madre y Ofelia, la criada, se ponían a reír: ¡Jacinto, Jacinto! Sí, a gritar porque estamos contentos, porque nos hemos levantado por la madrugada, porque ya nuestro chofer, Jacinto, está afuera, esperándonos. Y ese grito, sólo ese grito queda en mi recuerdo, y con él, el intimismo de la máquina cerrada, el sombrero de mi padre, y el amanecer, sorprendido por Agramonte a través del bamboleo de la máquina.

Punto en el recuerdo que me entrega una mudada del ingenio para el pueblo, en *tiempo muerto*; ya la familia estaba en el jardín con sus cajas grandes, esperando la ida. Entonces de todo aquello, me queda en el recuerdo unas cuantas estrellas de aquella noche, la puertecita del jardín y la visión del ingenio a oscuras... Ese nacer de cuando somos llevados por la mano; y las manos hechas expresión para nosotros, y los hechos y las sensaciones quedando en devenir para nuestra emoción.

Sí, eran las manos—tan abiertas ellas mismas—las que nos iban abriendo la niñez. Las manos de mi padre, grandes y cordiales, con su sensación límpida, que evoca para mí la trastienda de la botica con el conjuro de sus morteros y el festival de las llamitas de los reverberos. Las manos de mi padre cuando me llevaban para *empinar el "Coronel"*; que mi padre estaba un tanto disgustado

con mi torpeza y aquella mañana salió conmigo a enseñarme a empinar; y era de verlo con su peso y su estatura—no se había siquiera quitado su saco—en medio de los niños, cordel en mano y con el inmenso "Coronel" por los aires. Sí, en aquel campo de hierbas frente a la botica. Aquel campo que rodeaba al paradero y que desde él, en el otoño, parecía que sus hierbitas tomaban vida. Campo hecho de reveses y de ficciones de mi niñez, como sus límites, allá por la casa del guardalmacén, que era lo que a mí se me representaba cuando oía la palabra horizonte.

Era todo ese campo, el delicioso delirio de empinar, todavía... desde el recuerdo de las manos de mi padre. En aquella mañana de invierno, de tanto ventarrón, cuando yo tenía mis zapatos de charol. Y aquel campo removiendo sus inmensas legiones de hierbas...

Eran las manos de mi padre, entregándome la hora del almuerzo en el pueblo. Y ese correr y correr para ir a buscarlo al Liceo donde él hablaba de la *oposición*. De la oposición que quedaría en nosotros con su angustia y su alegría ingenua. Con su bobo de Abela y su hombre de barbas grandes y negras que no se las cortaría hasta que no derrocaran al señor Presidente; con sus fotografías—tan 1930—en que aparecían aquellos inevitables estu-

diantes de Leyes, con sus inevitables ojeras y su inevitable anarquismo, sentados en cuclillas delante de las cárceles; y las noches en que venía de visita al pueblo el Gobernador, noches con la alegría de cortar las luces y alumbrarnos con velitas de plátano para que *no se fueran a creer...*

Aquella *oposición* ingenua de nuestra niñez, con aquellos guajiros que hacían sus cigarros con papeles amarillos porque "las cosas andan mal". Y José Martí, surgiendo en nuestras imaginaciones con su terrible lejanía; aquel Martí, del cual también ingenuamente se entresacaba una frase en las revistas de aquel tiempo, como premonición de una revolución tremendamente americana, que jamás llegaría a realizarse.

Ah, eran las manos de mi padre, con viejos soplos, inolvidables. Soplos del patio del hotel y de su mesa de dominó. Sí, era así, cuando él en los mediodías regresaba de la partida y agarrándome las manos me decía—yo era extremadamente chico entonces—unos versos. Y era extraño, pues mi padre sólo leía las primeras y las últimas páginas de unos libros muy raros, libros de viejos políticos franceses olvidados.

Tenía además, unos enormes libros de farmacia con unas láminas de instrumentos químicos que

parecían aparatos de tortura. Y yo me acuerdo de aquellos versos que comenzaban:

*"¿Conoce usted la región donde el naranjo
(florece?"*

porque inmediatamente yo empezaba a reírme y a dar brincos, gritando:

—Jugo de naranja, jugo de naranja.

Y mi padre, como si no conociera el rejuego de siempre, se iba sonriendo, de nuevo hacia el hotel, para traerme aquellos vasos de jugo de naranja que se me han quedado tan llenos de portales en el mediodía y del soplo de los cocoteros del patio del hotel.

Las manos, ah, con sus calidades distintas. Las manos como velitas que van asomando a nuestra niñez, para traernos un rostro, una anécdota. Las manos de la Nana Rosa, sus manos negras. Sí, eran las noches en que íbamos al cine. Aquel cine del pueblo—matinée el mediodía del domingo y "gran estreno", dos veces a la semana—con sus cartelones de anuncio, donde asomaban, amenazadoramente, los rostros de vaqueros furiosos; sus cartelones de pintura negra y manchones de polvo rojo. Y el cine con sus palcos tiesos de provincia y sus ventanas por donde se asomaban los vecinos; con sus películas del "oeste", que hacían que los niños

de las lunetas, en el colmo de la emoción, dispararan sus revólvers de fulminantes—cosa que ponía furiosos a los policías municipales—. Sí, era en el cine, las manos de Nana Rosa, evocándome los intermedios, cuando aquella enorme vitrola se ponía a tocar; y, todo estaba bien, hasta que no se llegara a una canción espantosa que me hacía llorar... Que entonces la Nana Rosa—sí, ahora el recuerdo de sus manos me la trae de nuevo—se iba a buscar al dueño para que pusiera fin a aquel horrible canturreteo.

Las manos de Nana Rosa y su decirme: Chin, Chin, Rechinchín, Chin, Chin. Sus manos perdidas entre tardes del parque—precisamente, en el banco que está frente al correo—entre sus delantales. Quedando en soplo impresionista, a veces como un juego.

También tía Rosa, con sus manos delgadas. Tía Rosa, que moriría al dejar yo mi niñez. Que quedaba en mí como la tía joven, tremendamente literatosa, con sus versos de Tagore y sus panfletos de Bolívar. Que le gustaba recitarme grandes tiradas de versos románticos y que se disfrazaba conmigo para hacer representaciones de *dramas intensos*. Ella, que era la universitaria—con unos tremendos exámenes de Química que jamás aprobaba y unas cartas de una *tristeza intensa* que ha-

cían conmover a la familia— y que queda en mí con un soplo muy 1930 también: revoloteando en mí con sus ideas comunistoides y sus recuerdos universitarios de Julio Antonio Mella; con aquellas películas que a ella le gustaban, de mujeres sibilinas con melenas cortas y compases de tangos argentinos; con aquellas novelas editadas en Barcelona, donde aparecían en las cubiertas puchas de flores, corazones ensangrentados o figuras de mujeres estilizadas y que quedan ya en nosotros con un soplo tan cubista...

Era tía Rosa la que despreciaba el pueblo, escandalizaba a mi abuela con sus deliciosas innovaciones y el fragor de sus *discursos revolucionarios*. Sí, ahora, con lo suave de sus manos delgadas, ella surge con su tipo tan vivo en su nerviosismo, con sus discusiones románticas, con su *mimetismo* encantador—pues ella se apoderaba de todo lo que la sugestionaba, y una frase, una cita y hasta una experiencia que ella oyese, la tomaba de tal modo que al poco tiempo oíamos a tía Rosa lanzando esa frase como si fuese suya, o relatando la experiencia con el tono profundamente conmovedor de quien la ha vivido—. Ella surge, para entregarme el recuerdo de los viajes a La Habana. Esa Habana vista a través de nuestra niñez, desde el pueblo. La Habana desde donde se traían cajas con un

sabor de nuevo, para donde iba mi padre todos los meses con su pequeño maletín y que regresaba por las noches con sus cestas pequeñas de manzanas. La Habana, que traía el periódico, con sus estudiantes asesinados, y un poco más tarde con el estruendo de la caída del tirano y aquellas revistas con el *momento revolucionario*; con aquellos artículos melodramáticos que se llamaban, "La Mano del Carnicero" o las *revelaciones tremendas*, las páginas inéditas de un *chacal* de provincia... y que resultaba ser las anotaciones de un jefe de puesto, lector de Vargas Vila.

Era con tía Rosa con quien íbamos a La Habana, en el ómnibus del pueblo, entre guajiros empolvados que iban a Matanzas "para un asunto" y regresaban por la tarde con cajitas de dulces envueltas en papel verde; con abogados que iban al "litigio de Jovellanos" y que se iban bajando en cada pueblo, como personajes de comedia, para dar un abrazo hipertrófico, destartalado, descomunal, al jefe de oficinas o al secretario del Liceo, los cuales—casi siempre entecos, como hijiritas criollos—recibían como un chaparrón, el estruendo cordial del jurista viajante. Sí, entre aquellos pueblos de provincia, tan sórdidos en su mediodía.

Con sus casas de maderas de tejas rotas, adonde en el patio, una palangana vieja hace de florero;

donde en su sala de madera hay varias comadritas rotas y un espejo grande con manchitas negras en el cual se mira el quinqué—tan de luz marchita—que está pegado a un tabique y el retrato del tío difunto, con su fondo azul y su marco oval de madera. Esas casas de la provincia, en que vamos a ser recibidos por la vieja—los niños están como asustados, y el perro ladra que te ladra—que nos manda a sentar y nos dice que *no*, que *en esa comadrita no*, que *está al romperse*, y nos ofrece las sillas tiesas de la sala—en la cocina hay taburetes—esas sillas carmelitas, grandotas, con unos trazados en la parte superior; sí, y alguien de entre nosotros que pide agua, y la viejita nos lleva al patio para que comamos también algunas cañas cristalinas que "trajo Manuel del sitio". Y allí, en el patio, la bomba de agua con su brazo largo, tan largo, que para alarnos el agua los muchachos casi que se acuestan en él "muertos de risa". Con esa risa de los niños de campo *que no tiene para cuando acabar*; los niños que se asoman, que se vuelven a asomar entre nuestras conversaciones y su risa aumentando en crescendo; envolviéndose por las sayas flotantes de las niñas; surgiendo, muriendo un poco, volviendo a surgir en los niños, con la insolencia de sus cachuchas azules—"así nos reíamos en Casimbalta de los que llegaban del

pueblo", decía Jísabel—. Sí, es la bomba y el agua que cae en un jarro de lata que no por eso deja de estar "más limpio que un espejo"; y el cuchillo resbalando por la caña, mientras la viejita se nos está hablándonos de todo. Casas de madera de provincia, que quedan siempre así, en unos toques fijos, como la risa de los niños y el viejo patio apisonado de ceniza. Entregándonos su paisaje a veces... casi... en nostalgia, otras en su vacío de *así sin más*, de quedársenos entre las manos sin tan siquiera pretender el recuerdo.

Sí, es ese vacío de nuestros campos que a veces se revela tan terriblemente en una anécdota, en un gesto. Como cuando es la vieja guajira, con su ropa hecha pura arruga ese arrugado que a veces da su no sé qué de cosa tierna; de saber nuestra abuela, mi abuela Constanza en el desprendimiento de su vida; de saber las anécdotas que nos contaron. La vieja guajira que también va en el ómnibus, con su cara tan de tierra y su chalequito negro que es también como ella... Y es una sola anécdota, es el familiar que le dice al llegar... que el hijo... que la mañana en el hospital. Y es un solo gesto: el llanto de aquella guajira; pero un llanto que es como ella; un llanto que cruza por nosotros con su soplo tan sórdido, casi animal. Y es su alejarse llevándose su pena a puro agarre; sí,

casi bovina en su gimoteo, en sus manos. Es a entregarnos en esa inmensa imagen de su gesto, *el soplo del vacío*; de esa ternura, de esa nostalgia que a veces da el vacío.

—Otras veces son los entierros guajiros, su soplo arrumbado, su soplo de cenizas. Son los entierros guajiros, de tan puro mediodía, izados fijamente en su *nada*. Entierros de a rotos, de a pedazos, de a ofrecernos como en *estructura* algún llanto. Sí, como en *estructura*... un galope sordo de caballos por los charcos cercanos al cementerio; nuestra mirada que se pega a una capa de agua, al pobre ajuar del funeral.

Sí, son los entierros guajiros, también en el vacío, también en pura nada. Allí van: una fila de jinetes—uno tras otro—en cada extremo de la calle; de jinetes, pobres casi todos, entre los cuales hay algunos con capas negras enrolladas en la montura; sí, allí van y, en el centro, van caminando los familiares con el político en el medio. Como en un cuadro, podríamos compararlos a "los nuevos ricos"; como en un cuadro, ellos iban en su entierro que se hacía miniatura, en el entierro donde ya el político gesticula sus gestos en grotesco, entre las miradas bovinas de los guajiros y la terrible *nada* de los campos. *Nada*, vacío de nuestra tierra, que no nos entrega ni siquiera un soplo, un reverso;

que nos entrega solamente la pobre sordidez de sus guajiros acompañantes y la presencia de su político tan en "nuevo rico". Vacío de los campos, en ese terrible nuevo del político, en esa pobre sequedad del guajiro, sin ningún pasado, sin ningún reverso.

Y, sin embargo, qué hiriente es su ternura en algún dejo..., su ternura, como la del llanto de aquella guajira; surgiendo de su propio vacío; surgiendo a ratos, casi irreal. Ternura que es nostalgia y que sólo puede ser llamada, oída, en la *estructura*; esa *estructura* cortada, rota, en que pueden ser vistas las casas de campo, los bodegonos; esa *estructura* cortada, que es como la posibilidad de nuestro monólogo, que es lo que da el *estilo de cuje* de mi abuelo. *Estructura, planos cortados*, para sorprender lo casi irreal de nuestra nostalgia, de nuestra lejanía... para darnos un poco, casi nada, la luz del quinqué en la bodeguita de Rovira y los muebles tiesos de la casita vieja de provincia.

—Porque hay en nuestros campos, un no sé qué de romper nuestra mirada: estamos en la azotea del hotel del pueblo, allí se ven todos los contornos, se ve el cementerio, la línea del tren entrando por los cañaverales; estamos ante una visión primitiva. Sí, ya es nuestra visión paseándose por ese *primitivismo*, señalando el conjugarse de la visión en el

acierto pequeño. Sí, todo es así, hasta que... allá, un poco lejos, las torres del ingenio, con su verde que es para mí un verde distinto y su mundo del batey, me rompen la visión. Ya yo no puedo seguir conjurando el paisaje en el mismo soplo; es algo en esa manera de tocarme las torres del ingenio que me vuelve a decir aquello que yo apuntaba más arriba de lo que yo sentía de terriblemente *nuevo*, desierto, en nuestros campos. Es un soplo el que me entrega esa vista de las torres, soplo con el recuerdo insistente unido a la sensación de lejanía. Soplo que, es más bien *corte* en nuestra visión, que nos araña ingenuamente su calidad primera. Sí, y ya entonces, son nuestros recuerdos en legiones, nuestros recuerdos manirroto, como bailarines. Sí, son todas las varias danzas del recuerdo. Todo ese mi mundo del ingenio, precipitado para lanzar sus sordos saludos descomunales. Todo el mundo del ingenio, que queda en mí, reclamando su abrir, su sorpresa.

Es cortar nuestra visión primitiva: yo recuerdo, que antes, al toparme yo con estas sorpresas de la memoria, concebía que si tan sólo pudiera expresarlo, su esencia—en mi creencia tan enormemente real—sería como el sabor del campo, de esta tierra. Porque es el sabor que siempre ha presentado para mí todas estas visiones del campo: el de romper

en estructura toda visión continua, abriendo, a su vez, las posibilidades del recuerdo.)

Y el viaje con tía Rosa, atravesando los campos; con la alegría de Matanzas, con sus puentes viejos y las ventanas grandes de sus casas. El viaje, con esa vaga molestia que da la alegría, y el olor del polvito negro que se sentía cerca de La Habana.

Sí, esa Habana que conocí con tía Rosa, cuando yo vivía en el pueblo. La Habana, en donde estaba Jísabel—y que yo creía que su casa *estaba ahí...* como si fuese una casa provinciana, desde que entrábamos en Luyanó—con sus cosas y sus gestos tan nuevos.

La casa de Jísabel, con su enorme corredor oscuro—donde uno sentía extraño el foquito de luz en pleno día—y el olor del gas como un soplo insistente. Sí, era también su puerta con rejillas; y la llegada; y nuestras maletas con un poco de provincia...

Eran cosas nuevas las de aquellas llegadas: la alegría de las mañanas en La Habana, con la leche que repartía Jísabel, en sus tazas *distintas*; y el ruido, como en festival, de los tranvías. Sí, yo me pasaba jugando por las mañanas, esperando las tardes en que tía Rosa me llevaba a la calle y en las que tomaba los helados de fresa.

En la casa de Jísabel había cosas de delicias,

como para no olvidarlas. Así, en la noche de la llegada era ritual obligatorio, la visita de la familia de Horacio, el tío político. Aquellas viejitas, María de las Mercedes y Estrella Marina, con sus sombreros negros, que venían a saludar al recién llegado—con gran indignación de tía Rosa—estampando sus enormes besos. Eran las viejitas azorianas, inevitables en el viaje a La Habana y, que cuando llegaba mi abuela Constanza, se metamorfoseaban y daban formidables escándalos...

Era también inolvidable en la casa de Jísabel, sus enormes fundas con sus *haches* grandes de Horacio, como de un emperador romano. Aquellas fundas que tenían sabor de cosas viejas, monumentales, titánicas; y que mamá consideraba como *estampas* familiares. Y los muebles de Jísabel, verdes, con su deliciosa predilección por *el estilo Luis XV*: allí todo, los cuadritos, los búcaros, los adornos de la cama enorme, tenían figuras de nobles rococó...

Jísabel con su enorme predilección, también, por "las cosas de letras". Sus plumerazos rituales, sagrados, al estante de los libros de Horacio; y sus pensamientos de delicias, como: "Un escritor es un escritor, y puede escribir sobre lo que le dé la gana, sobre la tía Aquilina o sobre quien quiera. Y sobre todo, no tiene que darle excusas a nadie,

al demonio los demás." Sí, Jísabel era la tía que respetaba *las cosas de letras*; —de ahí su predilección por tía Rosa—ella, que llevaba en todas las mudadas—actualmente se conserva todavía—un busto de Shakespeare que había traído Horacio. Era el busto que se había hecho tradicional en la familia; aquel busto bronceado, con su pluma tendida, y que nos hacía imaginar a Jísabel como una heroína de las letras, llevando, a través del naufragio de las mudadas, el espléndido emblema de sus predilecciones.

También el tío Horacio era amante de estos andariveles. Era él, lector de Menéndez y Pelayo y un delicioso recitador de Plácido y de Heredia; le gustaban las memorias de cosas que él sentía tremendas: la fecha cierta de la batalla de Cacara-jicara o el número exacto de artículos que había publicado el Lugareño; y se estaba en sus conversaciones lanzando sus aciertos y sus datos. Cosas inolvidable estas de las conversaciones del tío Horacio, que cuando uno llegaba a su casa, pedía a gritos que colaran el café y comenzaba su cháchara, dale que te dale; y, no perdonaba incorrectas pronunciaciones, él, que amaba las frases largas, en delicias de sentencia; una de sus conversaciones favoritas, era la descripción de una sala del Tribunal Supremo en funciones. Y el tío Horacio fu-

mando en regodeo criollo su cigarro, se alisaba su pelo canoso, caído por el bamboleo de su terrible discurso, y decía:

—Figúrense, entre aquellos magistrados encanecidos en el estudio de la ley.

Sí, era el tío Horacio, incapaz de pronunciar palabras vulgares; había que oír su campanilleo cuando decía: *graduado de la Universidad de La Habana*; él, que hasta para referirse a la muerte de un familiar, decía: Falleció el día... Era el tío con los andariveles retóricos y las citas del Lugareño, en aquellas conversaciones en las que sus párrafos largos eran desoídos por sus familiares...

Sí, La Habana, desde el pueblo; tan nueva en sus olores, en sus sonidos. Cuando se iba a las jugueterías, y ver desde ellas, en lo alto, el entrecruzarse de las azoteas, y oír el ruido de las cajitas que llevaban el dinero. Su ruido, ahora fino, como un dejo de mi infancia.

La Habana de mi infancia, cortada, conocida en las semanas de viaje, a través de las manos de tía Rosa. La Habana, con el temor alegre que nos insuflaba Jísabel, sí, el temor de estar tan prieto que "todo el mundo va a decir que eres guajiro". La Habana tan de ecos del tranvía, a través de las manos de tía Rosa, con sus *años revolucionarios* y

mi infancia, quedando allí, en su momento, casi sin futuro, en su instante.

Las manos. Ahora las de mi abuelo Pablo. En una navidad; en una fiesta de gallos. Las manos de mi abuelo, fijas, en la insistencia de su dureza, abriéndome la sensación de aquel día.

La navidad en el pueblo, al mediodía. Mientras los músicos han pasado, casa por casa, lanzando su festival. Los músicos, entre los cuales está el guitarrista, Evaristo Casanova, que en tiempo de zafra es machetero. Los músicos; entre las casas del pueblo, con sus columnas envueltas en pencas de guano.

Ya es la navidad del pueblo. Ahora entregada por las manos de mi abuelo. Ya está la navidad en el Liceo, con mi padre que está en el portal, tan alto, en su sonrisa. En el portal, adonde se ha trasladado la tertulia de la botica: Antonio Gálvez, el médico, que dirigía el periódico del pueblo "La Nueva Era"; Andrés Villar, más Andrés que nunca, en plena risa; don Abelardo, el poeta Echemendía y Antonio Flores—Flores que está preocupado en la espera del periódico, para ver la sentencia del bobo de Abela.

Las bodegas abiertas al día, con su sabor de brebajes y de jolgorios. Las bodegas viejas, en la Navidad, con los guajiros que van llegando por el

camino sur que viene del Sinú; guajiros con sus caballos pulidos, con sus caballos de colas trenzadas. Allí vienen, hoy con toda la familia; y se ve en la grupa a la guajira, sombrilla descolorida y saya rosada. Ellos vienen de compras. Pero también van a visitar a algún pariente del pueblo, aunque sea un pariente lejano. Y, ya se les ve, haciendo la visita: el guajiro, más decidido, con su cara tremendamente tosca e ingenua, haciendo en desenfado, pregunta tras pregunta; la guajira sorprendiéndole el gesto, en puro asombro; mientras, los niños, se están meciéndose y meciéndose, sentados en el bordecito del asiento y mirando fijamente para afuera.

Sí, las bodegas abiertas, y sus borrachos y sus *personajes* del pueblo. Aquellos *personajes* festivos del pueblo, con sus nombres magníficos: Juan Ratón, Fermín Gato, Marta Jicotea. Aquellos mendigos, que surgían en aquel día, entregando sus frases, sus anécdotas: en centelleo.

Ya se veía a Germán Pulido, zigzagueando desde el amanecer en tremenda borrachera, al Chino Mulo, que venía desde el ingenio a buscar las cartas...—ocupación que en un tiempo había tenido, pero que ya, olvidado por los dueños del ingenio, seguía su inútil labor, buscando una corresponden-

cia imposible entre los hipos de tremendas borracheras.

También estaba allí Mateo Chivo, el viejo bíblico del pueblo, con sus frases, y sus *acertijos* dentro de sus sacos profundos. Mateo Chivo, aterrorizándonos la infancia con su palo con el cual nunca daba, y con sus maldiciones. Y eran los niños del pueblo, tantos y tantos, que se ponían a gritarle: Mateo Chivo, Mateo Chivooo. Y el viejo lanzaba con furia su palo, en espiral que nunca logró un acierto. Ah, y Mateo Chivo, cuando nadie le gritaba, agarraba a algún niño y le decía, de nuevo furioso: Grita ahora, anda. Grita ahora.

Sí, era aquel Jagüey en láminas, festivo, de mi niñez. Y el colegio del pueblo, que estaba de gran gala, y la directora tiesa y con espejuelos de carey izando la bandera. Y, la fila de niños, pura algarabía, recibiendo los *cartuchitos* en el parque.

Se veía, también, en puro jolgorio, al barbero Campoamor. El barbero Campoamor, alto y calvo, llamando a los vecinos y lanzando su voz por las calles, por los portales.

Eran aquellas Navidades, con su sabor eterno, donde la vieja sala de madera de la casa de abuela permanecía en su alegría.

Y el almuerzo—ya tan lejano—en la casa, donde mi padre oficiaba, tan en criollo que ahora su son-

risa y sus gestos me estrujan el recuerdo de los campos, de la luz del mediodía.

Y era la ternura de esos días. Aquella ternura tan hecha de pueblo, del sabor de la botica, de mis carreras con mis amigos por la casa quemada de los Valladares.

Sí, y ahora las manos de mi abuelo la evocan. Sus manos rudas y cordiales que me traen aquella Navidad en que me llevó a la valla. La valla, más galana que nunca, en su día, ¡y que hasta el tesorero del Ayuntamiento del Perico había venido!

Era aquel rato en que se estaban *casando* los gallos y nuestro vecino Noda venía y le decía a abuelo:

—Pablo, el de Evaristo tiene 5.6...

Y mi abuelo, con su asombro gráfico:

—Y deje que empiece a cargar, que entonces va a ser la fiesta.

Y tío Chicho, que venía con su festival y sus *seguridades* y, que le decía a mi abuelo:

—Buenas tardes, don Pablo. Ya llegaron los isleños de los Alpes a *casar* el *jabao*.

—¿Los isleños de los Alpes?—preguntaba mi abuelo con malicia—. Buena gente, Chicho. Buena gente.

Y tío Chicho, en risa: —Buena gente, papá...

Buena gente, don Pablo. Aunque un poquito *agachones*.

—Que tiene a quien salirles—contestaba abuelo—que el padrino de ellos, el gallego Ruiz, era lo más sinvergüenza... ¡Y se creía gallero! ¡Cómo si un gallego pudiera criar gallos!

—Buena gente, don Pablo. Buena gente.

—Mira Chicho, ¿y los López? Sí. Aquéllos que están por el cercado, ¿son *agachones* también?

—No, no, ¡qué va! Esos son de punta, y de punta verdad.

Sí, eran tío Chicho y abuelo en el pleno festival de la valla. Tío Chicho, tan gallero, en sus desparpajos de siempre. Él, que en un trimestre recorría la Isla, siendo sucesivamente arrendatario en Camagüey, gallero en Isla de Pinos y juerguista de infinitas noches por los poblados cercanos a Cienfuegos.

Allí estaba él con abuelo, en la valla. Padre e hijo, contrastando sus estilos y sus ficciones en las delicias de aquella tarde gallera. Sí, y era en tío Chicho, solamente, en el desparpajo de sus gestos, la entrega de sus maneras; en sus manoteos y en sus gritos, el criollismo de su acento.

Emoción de su euforia, de sus gritos, que sólo me puede ser entregada plásticamente, sin una frase, sin una palabra acompañante. Era su emo-

ción, en él: la manera casi sencilla de su jocundia, el desparpajo de casar los gallos, y la malicia sabrosa de su “¡Buena gente, don Pablo. Buena gente!”

Quedándome en plástica criolla, en la forma atrevida de alzar los gallos, como sin importarle...

Ahora su forma, su jocundia, también viene a mí en el recuerdo de las manos de mi abuelo, para ofrecerme el sabor de las tardes galleras, para dar un toque a la alegría, que queda así... con un sabor sencillo, casi inconfundible.

Pocos hechos recuerdo de aquella fiesta: las figuras de los hombres—ya convertidas para mí en sombras—levantándose y sentándose según la emoción del juego, la figura grave del juez del juego y, los gritos de mi abuelo, que no perturbaban su seriedad.

Sólo recuerdo el final del juego, cuando el compadre Quintana se vino hasta mi abuelo para regalarle un *compadrazgo*—y tanto más lo recuerdo, cuanto que quizás este fuera uno de los últimos compadrazgos que se hicieran, pues Quintana era de los más viejos guajiros de Casimbalta.

El compadrazgo: en las manos de Quintana aquel cartucho—el cartucho como todas las cosas guajiras, con sus rotos y sus desfiguros—grande; y mi abuelo abrirlo... y... era el gallo bonito, con su

color de café y sus ojos dormidos. Era el gallo del compadrazgo, que surgía del cartucho entre las risas de Quintana, entregándose, proliferando por todas partes. Y, ya era un tabaco que le colgaba del ala—la otra ala tenía cintas—tabaco que Quintana decía que la misma comadre lo había hecho “por el conato que tenía de que todo saliera esmerado”; ya eran los anillitos por las patas; y cuanto más cosas encontraba el abuelo por el gallo compadreado, soltábase en risa y risa Quintana, como en relumbre.

El gallo del compadrazgo, con las metáforas de sus pequeños regalos. Aquel gallo que se tenía, para que todos lo vieran, amarrado a la ventana del cuarto de mi abuela en aquella noche de Navidad. Que los nietos cenábamos en otra parte, y después nos propusimos asaltar la casa a abuela para robarnos el gallo del compadrazgo.

La casa de abuela daba la tónica de la familia en esas ocasiones. Y era que la familia tenía su *manera* de celebrar las fiestas: esa manera de los Toros que hacía que la casa de abuela fuese extraordinariamente especial; como, por ejemplo, la manera como se había construido la vieja casa: en el magnífico desorden, había dispuestos, pabellones insertables por el patio; y los cuartos con pisos de madera unos, y otros con mosaicos catalanes, que

enorgullecían a mi abuela. *Manera* que daba a la vieja casa su influjo, bajo el cual ya todos empezábamos a ser distintos: a sentir las hazañas del coronel, a corear los espléndidos escándalos.

Y había a veces alguna tía que se quejaba del confucionismo desordenado de la familia, de que todos teníamos *malditamente a Casimbalta arriba*. Y era entonces la revisión de las demás familias del pueblo; y el decir que tal abuela tenía su atmósfera dulzona en que los nietos se desplazaban ordenadamente, pero que nosotros, ah, con estos Toros y esta Casimbalta y esa abuela lanzando anatemas desde la cama...

No, no podía haber entre los Toros la paz pascual de las demás familias, y siempre fué así: a la tarde toda la familia preparaba las lechonas, los andariveles, y mi abuela se estaba por la cocina, con la cara roja, revolviendo calderos y consejos amenazadores...; a la tarde todo era como en todas partes, pero...

Recuerdo que en aquella ocasión del asalto al gallo del compadre salimos de casa de tía Elvira; éramos todos los nietos, chicos entonces, con hierros, jarras y calderos para darle la serenata a abuela; y Albertico que iba delante—él era el mayor—con una enorme cazuela. Sí, y era aquella calle donde vivía tía Elvira, con su soplo como

húmedo, en que parecía que los juegos se llenaban de fantasmas. Calle asomada a mí, con sus grillos de sabor viejo; y el solar quemado de la esquina donde todos teníamos las carreras exaltadas de la niñez; donde todos teníamos algún fantasma familiar de la noche trepando por el viejo muro cubierto de enredaderas de la casa de los Gómez.

Era esa calle—todos las tenemos—adonde sabíamos que el delirio, la fiebre de nuestros juegos, se agarraba por las casas—en aquella calle vivía también la maestra: la señora Anita—sí, casi como un fantasma, con su viejo sabor de grillos. Ah, era esa calle... por la cual tengo que revolver el disparatado azar de los recuerdos; esa calle—que en otros fué las primeras lecciones de piano o el tiempo apresado en las jarras de la abuela—que fué, que es, para mí, la extraña noche de siempre, inmóvil, en el pueblo—quizás tan sólo con faroles calle abajo, por envuelta de Eustaquio Fuentes—sornando levemente la ansiedad de mis correteos; levemente angustiosa...

Pero, ya decía que iba Albertico delante. Como un general, con la enorme cazuela que le servía de tambor. Para aquella broma que íbamos a hacer de intentar el robo del gallo; que íbamos a hacer, pensando todos en el enorme chasco que se daría la abuela, que sería sorprendida en la apacibilidad

de la cena. Que no, que no era hora todavía de que conociésemos el ritmo inquieto en que se desplazaban los sucesos en la vieja casa.

Así era, por eso al acercarnos a la casa, nos extrañó la salida del Coronel y de tío Chicho. Sí, que veníamos todos nosotros—yo creía eran tantos, que me sentía morir de alegría—con los mayores puestos continuamente los dedos en los labios a mandar silencio y silencio. Sí, entre aquella confusión de silencios y de ruidos nos topamos con el Coronel y con tío Chicho, y no había más nada que saber... Todos nos dimos cuenta—al fin, aunque niños, éramos de la familia—: el Coronel, entre rayos y maldiciones, se abrió paso por dentro de nuestras filas desconcertadas; se abrió paso como si fuera a darle órdenes a la noche de Navidad. Pero todos sabíamos que quedaba algo más... ¡y era tío Chicho!, que dijo no sé qué—había tanta algarabía en nuestro silencio—de la familia y dió espuelas al caballo como una exhalación.

Tremendos preliminares eran esos para darle una broma a abuela—había nietas que querían llorar, pensando en el escándalo que se podría dar—y más cuando Albertico, que había estado mirando sigilosamente por la ventana, nos dijo que ya no había tal gallo por ninguna parte y que la cena parecía haber terminado.

Quizás hubiera sido mejor irnos—algunos pensaban así, como las primas que querían llorar—desde que sentimos el presagio de la catástrofe familiar. Sí, irnos, más cuando ya no estaba el gallo que queríamos robar. Pero del mismo silencio, como un demonio, surgió entre nosotros la idea de recitarle a abuela unos versos que la enfurecían...

No sabemos como surgió la idea entre nosotros: había tanto silencio que aún estando frente a la ventana de la cocina, no se oía nada más que el ruido de nuestros pasos en puntillas. Y desde lejos, le advertimos al compadre Rumba—que venía hacia nosotros—que no dijera nada. Todos, con nuestros gestos—algunos con el dedo en los labios y una cazuela en alto por la otra mano—le rogábamos al compadre que se nos hiciese cómplice.

Entonces fué cuando uno de los nietos con voz en sordina, empezó a recitar unos versos que decían:

*Quiera el cielo venturoso
que encuentres en tu sendero
un esposo caballero
que sea modelo de esposo...*

Estos versos habían sido escritos por el maestro de Jagüey a una amiga de abuela, así que cuando ella oyó esto, fué tal su furia, que en un santiamén

se estuvo en la ventana apostrofándonos de esta manera:

—Sigan, sigan con esa jerigonza. ¡Ah, malditos, me van a pelear con todo el pueblo! ¡Sigan, sigan con esos versos del demonio y peléenme con todas mis viejas amistades!

Pero no fué esto todo que... ¡paf!, y sin saber cómo, lanzó mi abuela para fuera, toda el agua que estaba en una de sus cazuelas y mojó al compadre Rumba. Aquello fué Troya: el compadre—¡tan persona mayor!—sin saberse qué hacer y, todos los nietos formando una algarabía de los mil demonios, mientras se oían los gritos de abuela, que decía:

—Rosa María, Rosa María, tráeme más agua, que yo voy a acabar con esto.

Pero pronto salió el abuelo afuera, y con las excusas al compadre Rumba, todo se fué aquietando; hasta que la misma noche del campo se tragó nuestros gritos en un instante, en lo que tardábamos en corretear de una calle a otra, de continuar otro juego sin fin.

Este era el recuerdo del compadrazgo al través de las manos de mi abuelo. Recuerdo que ahora me evoca—sin continuidad—las viejas maderas gastadas de la casa de abuela—y la forma de sorprender sus secretos cuando uno se sentaba en la

sala a oscuras—y, cosas como los gallos que había en el patio, como las siestas, como la hora de almorzar. No, no son recuerdos sin continuidad, también ellos revolotean en torno a la sensación de las manos de mi abuelo; también ellos van haciendo esa anécdota chica del compadrazgo; entregando, la bomba del patio que sólo nos bañaba por la tarde, el cercado que tenían los conejos...

Sí, hacen el recuerdo grande, el de las manos de mi abuelo. Lo hacen, porque su sola evocación trae para mí los colores del patio. Aquellos colores de la mata de campanas y del muro gris; de los muchos trastes viejos que andan por el suelo—con su confusión desordenada que era el mismo estilo de su vida; me traen la vieja turbina casi... casi sin poder alar con sus esfuerzos y su ruido viejo—me traen todos los ecos, todo el movimiento en la casa de abuela, para quedar definitivamente asidos como un soplo de la tarde, al recuerdo de las manos.

Son las manos. Con su cordial nostalgia, lejanas; sabidas en un recuerdo como de puntos, como de soplos. Las manos, solas ahora, murmurando su poesía extrañamente cotidiana de viejo mueble arrinconado; su canción sola, que es ese polvo de las cosas que nos trae el recuerdo. No es siquiera la sombra impresionista, son los puntos, su espuma

hiriente; es tal cuadrito que estaba en la sala, y que queda como sin saber qué hacerse, con una terrible sensación de pinos al mediodía y de la vieja herrería de Bonilla.

Sí, son las manos; y, ahora en puntos, nos dan su nostalgia, su viejo soplo congelado...

Después de las manos, las madres, las abuelas. Quisiera que este capítulo fuera tan frágil, tan de soplo inmenso y pequeño como la misma vieja voz de nuestras casas de antes, de nuestra niñez.

Sí, hay muchas madres y, las abuelas siempre están con sus delantales y sus manos, ofreciéndose; yo sé que todos podemos contar un poco de ese sueño... un poco de cosas insignificantes, como la forma que tenía nuestro cuarto cuando nos enfermábamos y la filosofía que elaboraba nuestra niñez para estar dentro de las colchas; esa filosofía minuciosa, como un sistema metafísico, en que las personas, los hechos anormales de la convalecencia y hasta los mismos pliegues de la colcha nos parecían ebrios del contenido que le habíamos dado; (ebriedad del contenido que se presentaba amenazadoramente en las noches en que fingíamos que la cama era una inmensa barca, y que entonces perdíamos si sacábamos los pies de la colcha. Y era de un miedo tan tremendo—aunque con cierta

sensualidad acompañante de saber que estábamos en la sutil cámara de sopor que era el mosquito—que hacíamos de los pies un ovillo, porque fuera de la colcha estaban los animales marinos que yo me imaginaba que poblaban una cueva que aparecía como grabado en uno de mis libros de lectura), sueño de nuestras madres, de nuestras abuelas, con sus mañanas de enero por las cuales pasaban los jinetes llevando, ¡asentando!, el sueño real del vivir cotidiano en el pueblo.

Ellas después de las manos, de los soplos impresionistas de las manos. Ellas, tejiéndonos la vida a cada instante; con sus momentos más o menos —¡qué se va hacer!—en que está oscuro, tan oscuro que ellas parecen olvidar su sueño de tejernos.

El tejido... hilada nuestra niñez con sus soplos, con sus alborotos. Allí está toda ella: el tejido con nuestros juegos, con nuestras ficciones. Y de la trama surges tú, ¡patio de pinos del Ayuntamiento!; tú, que tienes el color de la tarde del domingo en los pueblos—siempre en ellas hay un poco de alegría, pues se está esperando la noche, que va a ser maravillosa—con Felito y Rafael que ya empezaban a tirarse la pelota y a jugar a los policías; tú, patio, con la cocoa apisonada de tu suelo y la manera que había de encogerse detrás de las columnas para jugar al *escondido*. Es el

tejido, relatándonos a instantes nuestra vida, con el color arcaico de la luz del campo, con el color —como fregado— del parque en la tarde del domingo; con el color del aire, de su alegría.

Y allí está la madre. Porque he dicho de las madres, de las muchas maneras en las madres. Porque he dicho que quisiera que este capítulo fuera como un soplo inmenso y pequeño, como la vieja voz de nuestras casas de antes; y relatar de la madre, su especial manera de ofrecerse.

Entonces, abramos las noches de antes; aquellas noches con sabor de cuentos lejanos, adonde cada punto, cada lugar de la casa, tenía su magia; y, al abrir la puerta del patio, surgía la filarmónica de aquel viejo español del hotel; su filarmónica y, las estrellas de aquellas noches, que siempre se me ofrecen con un frío distinto, como una espera. Abramos esas noches y relataré de las madres. Y toda euforia pequeña, todas aquellas nostalgias ingenuas, como en color de espiral, abrénnos el primer conocer de sus lecturas, que ya para siempre tocarán nuestros recuerdos, nuestras imágenes.

Son las madres, con los versos que ellas acostumbra leer; y, son sus explicaciones de los poemas, donde la pasión es maravillosa y tiene una cercanía tal que puede caber dentro de un relato, como si fuese un viejo cuento.

Versos, ¡tan también con sabor de provincia!, que nos leen las madres; versos con los cuales nos quedamos siempre un poco para hacernos la adolescencia o la magia de ciertos conjuros que tocan nuestra vida. Versos en las lecturas de la madre, que nos enseñan el misterio de cosas extrañamente cotidianas, que nos entregan la plenitud de cosas casi pequeñas; de cosas como el patio de la casa de abuela y el eco de las tardes del pueblo.

Las madres, que con sus lecturas nos conjuran su romanticismo. Ese romanticismo, con su pátina arcaica, como tiene que ser el sabor de las cosas. Ese romanticismo que nos enseña las blancas estampas provincianas de los pianos en que se tocaba a Schumann; que nos enseña eso de infantil, de cosa ingenua que también tienen los cuentos, las pasiones.

Diálogos, lecturas con la madre, que nos iban abriendo las posibilidades de la espera.

Y eran las noches, con sus versos de anécdotas tan gráficas, que parecían recortadas de ella misma. Versos, como unos que evocaban a los Reyes Magos, a los Reyes, que parecían venir por la carretera del Sinú, perfectamente acordes con el sopor de las cañas.

Lecturas y explicaciones de los libros hechas por la madre, que llenarán para siempre de su conte-

nido ciertas imágenes, ciertos estilos. Sí, sería el mismo Romanticismo—con ese soplo que nos trae su palabra—el que se llenaría de aquellas noches de lectura, el que tendría ese *maravilloso* que se evocaba en los versos. Era, y es, esa nostalgia romántica que a veces se asoma con un rostro cansado pero que a mí me llega con el olor de los campos del Sinú—ese Sinú que más tarde se me asomaría en el verso de Vallejo—, con un no sé qué de limpidez provinciana.

Romanticismo de las noches provincianas, en la manera quieta de estarse, en sus campos lavados. Romanticismo arcaico, como el mismo y viejo sabor de las cosas, y, que se sabe a través de las lecturas de la madre. Que se sabe... y que después están todas las sensaciones de la noche para recordarnos su nostalgia.

Otras veces fueron también los cuentos de la madre. Sus cuentos de los días de fiesta en el pueblo, y del viejo piano, y de cómo era la tarde en la casa de abuela. Sus cuentos, que eran también como sus lecturas; que nos arañaban, ingenuamente, la melancolía provinciana de algunas cosas, de algunos días. Y era entrar en la magia de ciertos rescoldos provincianos—magia de los rescoldos, como la que se nos da en las carreteras por la noche, cuando los faroles de la máquina

arañan los cañaverales—, magia que es como el són sencillo del cascoteo de los caballos; que salva, con la pátina de su pureza, el acento viejo de las cosas de la provincia; y así, deja en ellas, ese *nuevo* que es como una espera y, que se mantiene en el rocío de las mañanas del campo.

La madre, contándonos sus cuentos, sus esperas; uniendo, para siempre, la nostalgia romántica de los poemas ingenuos y, el sabor frío de la espera en las noches de campo. La madre, en las orillas de las leyendas; abriéndonos una posibilidad, un conjuro para los campos.

Y así, con aquellas lecturas, podemos saber un poco más: saber la espera maravillosa de las tardes provincianas, saber la misma espera—existiendo por un detalle, quizás por la pila de agua en el patio de la casa de abuela—teñida con el color de las mañanas.

Son las madres. Y algunas enseñan la ternura fiel de sus manos, y otras están en las jarras viejas o en la forma en que se rien sus ojos. Pero surgen también, y están leyéndonos y relatándonos sus viejos soplos de Casimbalta. Surgen, y ya con ella, hubo un verso...; o queda un poco, en viejos cuentos, de muchachas provincianas que van al baile, de los bancos del parque, de la noche.

También era mi abuela, y con ella, mis gigantes

legendarios; mis gigantes, como Alánimo, el de la fuente—parecido a un escorpión negro, y jugando con nosotros al *chino loco*, en el portal de la casa—. Mi abuela, Angela, la del ingenio, y con ella los duendes blancos—como el rocío—de las mañanas en el batey; de las mañanas blancas, como la misma cara mala del frío. Con ella, también, el mismísimo fantasma de Mercavides (del cual yo supe por los cuentos del tío Alejandro en las noches del *tiempo muerto*. Del cual yo supe que había estado, mucho, pero mucho antes de que yo naciera. ¡Y ya nadie sabía si se había muerto!) el maquinista francés de principios de siglo del cual decían cosas insignificantes; cosas insignificantes que después se agazaparon al fantasma de su recuerdo y nos hacían los mismos guiños que el parpadeo inmóvil de las noches del ingenio. Cosas la de este Mercavides... como su barba blanca—barba que pudiera ser como la de los enanillos mineros de los cuentos—y su mata-moscas—*que usaba continuamente*, decía mi tío—cosas como su afición a pintar; a pintar a su hija que ya había muerto; a pintarla de gitana.

Sí, decía mi tío, no era como ustedes podrían creerse. No, no era un excéntrico ni nada parecido. No señor, ni nada parecido. Era que... quizás como era un extranjero, un francés o algo así; y su hija

había muerto hacía muchos años; había muerto muchacha, nada menos... nada menos que en Egipto. Por eso—y la noche del ingenio parecía que se nos iba a venir encima—, por eso les digo que él no era un loco, que él no era un excéntrico ni nada por el estilo. Lo que pasaba, ¡hombre!, era que siendo un extranjero: un francés o algo así. Y por la tarde, pues bueno, sí, por la tarde ya venía en copas. Y entonces era cuando lanzaba su risa, su risa como entre dientes, sí, sí; pero tanta que parecía, que parecía... diríamos un niño. Sí, su risa, tanta, que creámelo, una vez se cayó al suelo. Pero había que verle, hombre, pero había que verlo por las tardes, con su risita boba y diciéndome: —Señor, señor Cairó, ¿cómo están las nuevas turbinas? Y su risa, su risa: como su barba, como su mata-moscas, como la de un niño—y al decir esto parecía que la noche del ingenio se nos iba a venir encima—.

Era, entre aquel mundo poblado del ingenio, la figura de Mercavides. De Mercavides con su risa a cuestras, empapándose con el enorme chorro de agua del jardín que abría por la tarde el negro Blanco. Pero, digo que yo nunca lo vi; se había ido él hacía muchos años; se había ido, y por eso los cuentos del tío Alejandro tenían cierta tristeza. Sí, él se había ido o quizás se había muerto, y eso

bastó para que yo conociera su leyenda, su hálito; al viejo Mercavides que se bañaría en los chorros del agua del jardín durante mis juegos.

Viejo Mercavides; tan cómplice de mis sueños; que me acompañaba al viejo pabellón abandonado de la escuela. Aquel viejo pabellón que quedaba por la calle de pinos del batey, donde los negros jugaban al dominó los domingos por la tarde, como figuras de Figari; aquel pabellón con los hierbajos surgiendo por los pisos y sus antiguas losas blancas; allí mi niñez del ingenio trazaba sus parábolas, sus sueños. (Y tenían sus mañanas el soplo que llegaría, después, en la adolescencia: en cualquier visión marina, en cualquier deseo). Sus palabras—como la palabra sur, que es para mí, la nimiedad de aquellas mañanas y el recuerdo del camino del Sinú—.

Y el viejo Mercavides también se acercaba a mí durante aquellos sueños y me contaba sus cuentos, sus otras aventuras, aquellas que no sabía el tío Alejandro. Me contaba sus cuentos que lo llegaron a hacer tan cómplice de mi niñez. Y, así, desde el amanecer—a esa hora nos levantábamos en el ingenio para tomar el café—aparecía su figura cordial, bonachona.

En el amanecer. Con todo el batey en el sabor del rocío, que parecía que se nos iba a meter dentro

de casa; y, eran algunas carretas que pasaban, llenando los techos con sus solsticios, con sus espirales. Amanecer, también viejo, que se parecía al ingenio; que era él, el mismo batey con sus consejos de rocío y sus posibilidades de ser abierto a la leyenda. Y eran los cuartos de la casa de abuela y el humo—llenando y llenando—que salía de la cocina al hacer el café.

Viejo Mercavides, tú entonces empezabas a surgir en aquellas mañanas donde las voces de la familia se oían como *llenas* desde su conversación en la cocina; sí, *llenas*, por esa especial consistencia que adquieren las voces en la madrugada, que es, que tiene el mismo sabor que el desperezarse (y que nos llega sugiriéndonos el cigarro acompañante y el eco íntimo de las conversaciones. Conversaciones, en siseos, de madrugada, que también se oyen en los velorios del pueblo cuando la llegada de las primeras luces de la mañana tocan a los vecinos, sentados *piadosamente*, alrededor de las camas donde hay algún familiar... mientras, como pasos de insectos, se oyen las rondas de servir el café que interrumpen las conversaciones para llenarnos con el olor de las flores y de los muebles extraños); que yo sentía en mi cuarto, mientras veía a través del mosquitero las telarañas que en

el techo dibujaban las luces de los faroles en la cocina.

Y era abuela Angela con mi tía Rosa—esta era otra tía Rosa, alta y flaca; también un poco *cuje*; con su vestido largo y negro—; abuela Angela, con sus batilongos antiguos; que paseaba el quinqué por el cuarto para buscar su chal y después también se iba a la cocina.

Entonces ya era hora de levantarse y se salía uno del sopor del mosquitero; mientras el ingenio, con sus mil olores, nos iba incitando todos los deseos de nuestra niñez: y ya era un niño pensador que se quedaba dialogando con comodores fantasmales y creando reinos fantásticos en el *sur*; o, ya era otro niño que salía en carrera—con el *sweater* rojo que hacía sudar—para llegar hasta el final del callejón que quedaba por detrás de la casa de Marta—aquel callejón que nunca llegué a recorrer del todo y, que más tarde, lo encontraría sugerido en la lectura de ciertos festivales de Alain Fournier—; o ya, el espejismo que me ofrecía el ingenio con la parranda de sus carretas por el batey, el espejismo hecho del humo delicioso de sus calderas—parecía como un chaparrón que nos fuese a venir encima—y el peso bamboleante de los bueyes.

Levantarse desde aquellas enormes camas donde los pies nunca lograban dar con el suelo; y, era

el deseo, bamboleante, entre la incursión de vestirninos o la vuelta al sopor del mosquitero. Y la madrugada que parecía querer entrarse por la casa; sí, y eran los bordes de las puertas llenas de su soplo; y la conversación de la cocina agrandándose en su siseo.

Así era la sordina que desplazaban las cosas de mi abuela y su casa en el ingenio... Su leyenda, que tiene que ser hecha con todo ese soplo de las madrugadas, con toda la lejanía de las *figuras*.

Así era también el paso a la cocina, mientras la madrugada seguía avisando a toda la casa; aquel paso por el comedor, con sus ventanales de cristales verdes, que nos hacía imaginar el rocío de afuera como formado por una legión guerrera, donde las aves del patio, metamorfoseadas en rapiñas, lanzarían picotazos en relámpagos, como inmensos pájaros desgredados. Sí, y era el correr entonces hasta la cocina amplia donde la *conversación estaba grande* como en una cueva cordial.

Y era entonces la abuela la que nos salvaba de los pajarracos del rocío. La abuela, con sus sabias manos, que parecían hechas para revolver el pelo. Y, nos caía la conversación, llenándonos el miedo, haciéndonos olvidar.

Porque horas más tarde, la mañana del ingenio era tan grande que ya no se podía dejar fuera.

Y era la larga figura en parloteo y parloteo, la negra María Rosa, la que iba abriendo todas las puertas y ventanas, en una sola bocanada.

—Sí, doña Angela. Sí—y se oía una sola risa, casi enloquecida, casi infantil, de la negra María Rosa.

—Pero muchacha, lo que yo te digo es que cómo te hicistes esa herida que parece una cruz, en el brazo—. Y la negra volvía a enredarse en las espirales de su risa, hasta que mi abuela casi se indignaba entonces.

—Pero Angela, qué me la hicieron. ¿Qué me la hicieron!

—¡Pero quién te la hizo, niña!—gritaba mi abuela.

Y la negra empezaba a despabilar su jerigonza bruja. Y se andaba *por las ramas nada más*: que por aquí, que por allá. Y la negra acuciada por las preguntas; acuciada hasta ponérsele los ojos grandes; y, la risa brincándole, hasta en el pecho, sin saber por qué. Diciendo que por aquí, que por allá; diciendo que el otro día habían salido todas a buscar caña.

—Que fíjese Angela, doña Angela. Que fíjese. Todas nosotras el sábado por la tarde nos fuimos a buscar caña; todas, también iban las mayores, Manuela y Balbina. Ay, doña Angela, que así tiene que ser; que el viejito Zorrilla se pone en el

chucho que es una maldición, y ya no nos da más que caña piojota. Imagínese Angela, doña Angela, que por eso nos tuvimos que ir todas para el campo, todas, y las mayores también. Y allí estábamos, ¡tan bien!, hasta que la maldita Ofelia empezó a oír músicas. Y a decir, y a requetedecir que era Agapita; que ya la habían *soltado* de Corrafalso. Que era Agapita; y que estaba en casa de José Sabana; ¡ay, Angela!, con Michelena y todo el bruongo. Y *pegó*, y *pegó* la condenada a decir que fuéramos para allá; y las mayores a *hacerse*; hasta que en un saltico estuvimos allí. Y, ¡ay, Angela!, yo soy negra, pero que me condenen si allí no había más brujería que pelos tengo yo en la cabeza. Agapita allí; más vestida que nunca la muy condenada, con su vestido azul y blanco y con pamea grande. Y todos, Michelena también, tomando un mejunje que daba miedo.

Ay, Angela, doña Angela, que es cosa mala cuando esta Agapita viene por el batey. Sí, no digo yo!, cosa mala. ¿Que qué le faltará a ella en el Rosario para estar viniendo para acá? Que mire Angela, que cuando el Chichiricú se soltó fué porque prendieron a Agapita. Asimismo doña Angela, que todo eso lo *soltó* Michelena en la bodega del ingenio, después que la rural lo puso a *cantar* en la guardarraya. ¡El mismo Chichiricú, ¡que no

hay familia decente que quiera verlo! Que ahí mismo, en las torres, lo vió el Ingeniero, vestido de listado. ¡Ay, Dios mío! Vestido de listado y riéndose, decía el Ingeniero, a más no poder. Pues sí, Angela, nos vió Agapita y se puso a gritar. A gritar y a decir que nos cogieran para santeras. Ay, y así mismo, con sólo una cuchara hirviendo me hicieron este brujongo en cruz por el brazo. Ay, doña Angela. Así mismo, nos agarraron allí, todos los que pudieron, y nos hicieron la señal de las santeras. Ay, Dios mío.

Así eran las conversaciones de María Rosa con abuela. Conversaciones que llenaban la casa con sus arabescos anecdóticos; donde se llegaba a saber que Ezequiel, el de la espalda doblada, había cogido el sarampión en Manguito; y que la rural había cruzado por el callejón en la madrugada. Y donde la magia familiar iba entretejiendo con ellas, el sortilegio de sus aventuras, de sus conjuros.

Sí, era la abuela, su casa. Y cada hora hablaba sus metáforas sencillas, su equinoccio de aguas. Y era ir viendo, sabiendo, en todas las mañanas, lo que nunca acababa de comprenderse. Cosas como la tierra negra, apisonada, en el patio del ingenio. Aquella tierra que me daba con su sola presencia, la sensación de lo lejano; del correr para envuelta del chucho Torres.

Sí, la casa de la abuela, ofreciéndonos su vecinería, sus cosas, con un pasar distinto. Con un pasar, lento o rápido, pero abriendo las mañanas del ingenio o las horas en que llegaba el agua a las regaderas del patio y todo se ponía a ser un poco feliz.

Aquellos que fueron pasando, como el espiritista Candelario. El espiritista Candelario, con su traje de siempre, gris; tipo largo, doblado, saludando a las tardes, a mi tío. Y decía—ahora me parece más largo que nunca—, con una vocecita de entre dientes: —Son los astros, Cairó, son los astros. Él decía, parado al lado de la cerca del jardín, mientras mi abuela y los tíos lo oían sentados en sus *comadritas*—“es como un teatro” decía abuela—. Y la tarde allí estaba, haciendo con el tiempo, con el ingenio; pintando un poco más de rojo por donde los palmares de la *vivienda*; mientras, por las casas cercanas a la fonda, se oía el toquecito de tambor dado por los hijos de la negra Balbina.

Era el charadero Portugal, vestido de saco y con sombrero blanco. Y la criada María Rosa que se ponía a gritar, mientras se oían las bisagras de la puertecita de María Ignacia y Portugal: —Buenas tardes, señora. ¿Qué le parece: animalito que cuando pica, llora? Buenas tardes.

Sí, eran los gritos de María Rosa, y Portugal

acercándose y acercándose más, con su verso; mientras el batey quedaba hablando de sueños y de cábalas. Portugal, que pasaba por la casa con su sombrero al aire, mientras su sonrisa le traicionaba el festival de sus acertijos, de sus números conjurados.

También queda allí, en instante inmóvil, Blanco. Este era el negro que le daba el agua al ingenio, y se le veía en la tarde, con su barba y su sordera, haciendo la algazara de las pilas de agua. Se le veía a él, desde la puertecita del jardín, con su sombrero de guano, pidiendo en monosílabos su permiso para entrar. Blanco, el negro aguador del ingenio que traía la alegría—él tan malhumorado—a los niños, derramándose por los saltos del agua. Y era mi abuela regando el jardín, con la tierra que se iba retrayendo, y el agua despeinando las esquinas. Sí, también queda allí don Blanco, mientras mi abuela alza sus regueros de agua para empapar la tarde.

Y el libro del cometa Halley, la novela del ingenio. Era el mulato húngaro Tokol, pasando también por las tardes, con su sombrero tejido. Él, que vivía en la casita verde, límpida, de finales del batey. Y cruzaba por las tardes saludando, mientras los vecinos se hablaban de su cultura, y de que Tokol *había admirado a los constructores*

del ingenio. Sí, y Tokol, con su solo mundo del ingenio, había hecho su novela. ¡Pero él estaba todavía en los comienzos del siglo y tenía que expiar románticamente.

Así, un día, apareció Tokol con su extraño libro "Aventuras del Ingenio"; pero ya Tokol había enloquecido románticamente y la vecinería se azoraba ante las páginas de su libro—publicado en La Habana—donde, interrumpiendo el relato de los azares del pueblo de Jagüey, aparecía una escena de borrachos en la noche increpando a las torres del ingenio, seguida por una larga disquisición sobre los "horrores del alcohol", Tokol, el mulato húngaro, límpido y azoriniano—tipo breve, pequeño, con cabeza canosa—; con su imposible novela, que hubiera podido ser un conjuro, pero que quedaba con el delirio de sus metáforas sencillas, de sus anécdotas imprevistas. Tokol, también por nuestra niñez: pasando rápido por los callejones del batey, apenas con un saludo, con su libro.

Personajes del ingenio arañando nuestra niñez: Rosario Estrada, la que vivía detrás de la *vivienda*. Que vivía en su casa guajira—y la tarde empieza a espesarse de tarde, con notas lentas en las nubes y ruidos secos, sencillos, por la hierba—, con su jardincito cuidado por gomas viejas y ceniza. Ella,

con su cordialidad de siempre—tan de aquellas tardes también—; cuando iba con la tía Rosa y con Marta, a visitarla. Sus ofrecimientos, que era el estilo sencillo de su vida; y que seguiría para siempre señalándonos la esplendidez de su corte-sía, de su ternura... Aquella su manera de brindarnos el café, como un simpático juego donde sus arrugas expresaban el ofrecimiento gracioso de su vida. Y decía: —¿Un poquitico de café? Sí, como no, ¡un poquitico de café! Y era su manera de decirlo; su manera, que estaba llena de su vida. Pues toda ella resbalaba, se nos ofrecía, en cualquier gesto, en cualquier ofrecimiento. Sí, así era la vida de Rosario Estrada; de ella, como tantas otras: su vida por doquier, ofreciéndose en cada instante; su vida con los diversos rostros que le daba la ternura.

¡Rosario Estrada, ahora tú quedas allí también, en el mundo de mi abuela, de las abuelas. Tú quedas, y hay tarde por todos los rincones; tanta tarde que hasta se le empieza temer a su silencio. Sí, tú quedas y vas diciéndome aquello como un juego que quizás fuera la nostalgia. Y vas quedando, Rosario Estrada, por los rincones de alguna tarde; quizás para no decirnos nada; para volver a ofrecerte en tu saludo grande y en tu risa!

También de la casa de abuela se me ofrecen sus

maravillas diarias, sus leyendas. Era, aquello que hacía magnífico en la madrugada la llegada de mi tío Juan; su llegar, en su caballo, con el rocío, como si él también nos trajera la mañana. Y Juan Cairo, que también venía a la cocina del ingenio, para deslizarse en relámpago, con sus cuentos, y su manera de irse pronto.

Sí, y el viejo fogón de la casa de abuela en el sopor del madrugar, lanzando las sombras de las llamitas de los reverberos, que quedan unidos en el recuerdo a la frialdad del patio y al toque del silbido del ingenio.

O en la noche, la manía que tenía mi abuela de alumbrar a los muertos con velas; y, se veía la mesa de mármol de la cocina sosteniendo los conjuros a los *espíritus familiares*. Aquellos conjuros, que se realizaban en un día de finales de enero: el día, que por una promesa, se hacía el velorio hasta muy entrada la noche. El velorio con sus buñuelos y su chocolate, en que mi abuela se ponía a contar cosas de antes. Y era ella, diciendo las recetas de “cuando vivía doña Matilde”. Porque entonces todo era diferente, decía ella: no, no eran los velorios como éstos de ahora: en aquellos había que bañarse en la batea grande, antes de que amaneciera el día de San Juan.

Era también, en aquellas noches de velorio, los

cuentos de abuela sobre *las cosas que se hacían antes*. Cosas como los quesos de leche, que mi abuela relataba con una minucia imposible, y que siempre terminaba diciendo, con una risa inexplicable: —“Al cuajarse, se ponía sobre arique de yagua y se prensaba con las manos.”

Recuerdo que aquellas veladas las presidía el retrato del padre de abuela: el *abuelito*, como todos le decíamos. El *abuelito*, que aparecía con sus ojos azules y su antigüedad, tan tremenda, que todas las anécdotas referentes a él comenzaban con el “fué en tiempo España”. Aunque de él sabíamos pocas cosas; por ello, sabiendo casi solamente que había sido maquinista en el Central Unión, nos sorprendía sobremanera las quejas de abuela—que eran casi siempre en el día dedicado al recuerdo, en el día del velorio—de que cuando estuvieron por el ingenio, el abuelito se había enamorado de una francesa que andaba por aquellos lares. Y era de una suma gracia, cuando mi abuela, con un ceño muy preocupado, decía: —“El abuelito, que por aquellos tiempos estuvo enamorado de madam.”

Y eran también las noches del ingenio en el portal. Con ese embullo de cuando somos niños; embullo apresándonos por las manos, por los pies, y que después nos hacía correr a la cocina para

tomar agua. Y la delicia de precipitarse por las escaleritas de la sala; y luego, la cocina, a oscuras, con el olor *mojado* que le había quedado después del baldeo; y era terminar el vaso de agua, que si no, por ahí, por el fondo del fogón, estaba Mercavides y otros más... y hasta el mismo comodoro del libro de lecturas de la sala. Sí, y la vuelta al portal, y el “espérense, espérense un poquito para oír el cuento ese”. Y los muebles, que nos recibían de nuevo, aunque ahora estaban un poquito fríos; y había que llenarlos de nuevo, para atrás, para adelante, hasta que abuela decía: —“Pero este muchacho se va a matar”; mientras que los cuentos de mi tío seguían—“y espérense un segundito, que voy a buscar un cigarro”—rodando por la noche; haciéndose, ellos, tan la noche misma, que a veces no lo oía y me estaba viendo el ingenio a oscuras como si él también estuviera hecho del mismo soplo que impulsaba las palabras de mi tío. Palabras de mi tío que a veces se veían interrumpidas por el bamboleo de las carretas: y era él, a puro apuro, alzando la voz, mientras la carreta iba llenando el portal con su ruido y su polvo; y el carretero se estaba con sus voces grandes: —¡Siga, siga, Perla Fina! ¡Arriba, siga, siga!

Noches del ingenio en *tiempo muerto*, con su silencio traicionado a cada instante por los insectos.

Por su silencio hecho del ruido de los grillos; y de los siseos, a través de los mosquiteros, de mi abuela con la tía Rosa. Silencio con el miedo de aquellas noches del batey; mientras la cama, con su gran mosquitero, iba entregando perspectivas, fantasmas; y la luz temblona del quinqué del cuarto se iba agazapando por las esquinas, saltando por los mosquiteros de los otros cuartos, como el mismo diablo.

Y eran otra vez las carretas. Pasando entonces cuando uno las oía desde el mosquitero. Las carretas, con aquellos ruidos viejos de sus maderas, que tenían como un soncillo de ternura, como una evocación de las pobres casas de campo. Porque era en el *tiempo muerto* cuando las carretas—llevando sogas—adquirían su relieve, su consistencia de animal descomunal; era entonces cuando ellas pasaban muy de tarde en tarde—a veces llevando la familia a algún jolgorio—y hacían espirales con el silencio de la noche. Y se oía afuera—la noche era más grande que todas las demás noches y empezaba por detrás del ingenio—las voces de los carreteros, con un intimismo tal, que no parecía que surgiera de aquella misma noche tan terriblemente poblada de fiebre y de leyendas.

Sí, las carretas, llevando en nuestras imaginaciones sus rotos—como los gallos en el compa-

drazgo, llevaban sus regalos—. Sus rotos: que eran su farol, con sus noches en el bohío y los cuentos largos de los carreteros; que eran sus bueyes, llenando toda aquella tierra con su pezuña familiar; que era todo ese aliento que lanzaba la carreta para decirnos que la noche estaba bien.

Carretas que iban trazando las horas de la noche, lentamente; como debe ser; sin descanso. Y ya, cuando las teníamos encima, cuando pasaban por el mismo frente del cuarto—“o lo que es lo mismo, por arriba de mi pobre cabeza”, decía abuela—entonces eran todas sus pequeñas luces entrándonos por los cristales de la ventana y el rechinar, tan en crujido de cuje, que parecía que las sombras que hacía el quinqué empezaban a conversar en alta voz su acuerdo de destruir toda la casa. Sí, y eran los carreteros—farol en mano—con sus sombras trepando los ventanales de cristales verdes; y, el ruido del rechinar, que seguía en su intensidad, pero que, paradójicamente, era como un alivio.

Carretas que después se iban lentamente. Sí, ya estaban por casa de Hermenegildo Hernández. Sí, lo sabía mi abuela, que le decía desde su cama a la tía Rosa:

—Cucha, cucha, los condenados perros de Hermenegildo. Ya, ya le han ido encima al ganado.

Y era entonces, saber que por casa de Hermenegildo y de su esposa María Ignacia estaba aquel ruido lejano. Era saber la noche afuera—¡tan noche!—y los perros uniéndose a los bueyes, corriendo un poco, volviéndose a unir. Los perros, en su jugueteo con los bueyes; mientras los carreteros lanzaban sus conjuros a las bestias, con sus varas largas, tan tendidas.

Carretas que ya se iban perdiendo—¡juraría que ahora están por los pinos del batey, casi frente a la casa de Tokol!—y que iban dejando el zumbido de los insectos: proliferantes. Que iban dejando, también, el canto del gallo en el patio de Agustín Suárez. No, no otro. o un gallo de por aquí o de por allá. Era el gallo de Agustín. ¡Cómo no lo iba a saber mi abuela! Carretas que ya se iban perdiendo y, que entonces yo sabía que ya estaban por el pabellón arruinado donde, esperándolos, estaban los viejos duendes de siempre. Allí estaría—un poco parecido a Mercavides—el viejo comodoro de mi libro de lectura; allí estaría... él, que había estado hasta esa hora con el sabio Tokol preguntándose los acertijos de la luna. ¡Y cómo no habrían de enterarse de todo, si ya Tokol había adquirido la enorme enciclopedia que lo había llevado a la locura! ¡Y cómo habrían caminado! Sí, yo me los imaginaba llegando hasta el pozo que

quedaba cerca del viejo cementerio de los chinos—ya entonces cubierto por la hierba—; y Tokol hablando sin cesar, diciendo de palacios ocultos, de reinos que existían por los cañaverales lejanos.

Pero ahora ellos se acercaban a la carreta y la noche se hacía más grande y todos los duendes de mi niñez se les unían. Sí, entonces ellos todos se iban con el són lejano de las carretas. Mientras, nuestros mosquiteros, se iban convirtiendo más y más en islas, y al llenarnos con la colcha, nos íbamos salvando de la extraña maleza de la noche.

Entonces eran las carretas perdidas, con su noche quedando más sola, nada más que algunos perros seguían ladrando, advirtiéndonos del terror de sus caminos oscuros. Eran las carretas con la última voz del carretero, por donde acababa el batey, por la casa de Marta; y yo sabía entonces—bajo la nieve del mosquitero—que los bueyes estarían enfangándose en el charco enorme que quedaba frente a su casa.

Las carretas perdidas; y a veces, más tarde, se oía las voces de los negros del ingenio, que venían por la guardarraya con sus sombreros limpios y sus trajes de domingo; que venían de la última *tanda* del cine del pueblo. Y era el mismo rito de siempre: abuela que sacaba la cabeza por el mosquitero y decía: —¿Qué, qué pasa?, y el vocerío

discutiendo la película entre la indiferencia de los que chiflaban alegremente.

Las carretas perdidas... y la noche quedaba para aliviar a los perros gruñones, para hacer soñar a los gallos. Las carretas irreales... sumergiéndose por los cañaverales en rocío, con sus bueyes de espirales cortadas, por la noche sorda de los campos.

Porque eran las abuelas en sus casas, en el ingenio. Porque mi abuela quedaba llenando todos los días.

11

Allí está, al lado de la casa de tía Elvira, el colegio de la señora Anita.

Allí está con sus paredes de madera azul y su viejo piano con adornos dorados.

La escuela de la señora Anita, adonde llegaban mis primas con sus sombrillas de colores. Y, era la señora... viuda, con sus gafas de oro, su moño y su largo vestido negro.

El colegio, con su pizarra en el patio y el viejo reloj en que mis primas cambiaban las manecillas, adelantándolas, por la tarde. El colegio con sus recuerdos de don Pepe—el difunto marido de la señora Anita que mis primas mayores habían conocido—y los castigos tremendos, como el cuarto donde encerraban a Ofelita, donde decían que había cangrejos.

De allí me van llegando recuerdos pequeños, pequeñas anécdotas, algunos rostros. Sí, como Marta, la sobrina de la señora Anita que había venido de Rodas. Marta, entonces muchacha, con su piel

blanca, casi pálida y su vestido negro. Y aún, de todas las cosas que de allí he olvidado, me llega su llanto—su llanto de quejidos breves, levemente chillones, como los de un niño—entre los regañones de la señora Anita. Me llega, y como un soplo de aquellos tiempos, me insiste su figura pálida, tremendamente real en la irrealdad que ha puesto mi olvido al anecdotario de su contorno.

—¡Pero vamos! ¡Pero vamos! Y eran los juegos de mis primos. Los juegos en los pupitres grandes; aquellos pupitres que daban a las paredes de cal como algo ingenuamente tonto. ¡Pero vamos! Y era aquel juego del *Angel y del Diablo*. Y Martín que queda en mi recuerdo como el diablo con los lápices de colores del infierno en la pequeña cajita de polvos. Sí, y son mis primas sentadas en algarabía durante el *recreo*; mis primas sentadas en la escalerita de piedra. Y soy yo—casi siento su alegría—tirándoles desde lo alto de la escalera una palangana de agua, mientras ellas, desbandadas, corrían mojadas hacia el patio con sus gritos grandes que aun me llegan.

Recuerdos breves de pequeñas anécdotas. Recuerdos que pinchan pocas cosas de los días con la señora Anita. Y, así, sólo me llegan cosas casi borrosas, como la ventana alta del cuarto de clases. La ventana de la primera escuela que yo fui y,

que fué para mí, como la imagen de lo que son las ventanas de los colegios, con los ruidos de la calle metamorfoseados en nostalgia a través del pequeño cielo que podemos ver. Era la ventana del colegio de la señora Anita, que nos traía los ruidos de la carpintería de don Luis; la ventana, con su cielo, que yo sabía y sé todavía que arrojaba la casa de mi abuela. Es ella, la primera en el historial de las ventanas de mis escuelas; y así la veo, distinta a la ventana del colegio de los jesuitas, distinta a ésta que sólo aumentaba mi angustia con sus lacios campos de juego que me arañaban el recuerdo del pueblo; y así la veo distinta también a las ventanas del Instituto: con su hálito que está para mí unido a los paseos por la Avenida del Puerto y con su poder, tan adolescente, de sugerirme las inmensas posibilidades de ciertas mañanas. Sí, es la ventana de la señora Anita, ¡primera!, como esperándome siempre entre las imágenes de aquellos escasos recuerdos.

He dicho que yo no conocí a don Pepe. Ya él había muerto cuando yo llegué al colegio y eran mis primas las que lo recordaban. Don Pepe, con su figura, larga, por mi recuerdo. Don Pepe, con sus botas grandes y negras. "Botas de bombero", decían mis primas. Botas de juego, que me hicie-

ron la imagen de su figura lejana. Don Pepe, meticoloso, extraño, cargando a mis primas por los charcos en los días de agua.

"Don Pepe, don Pepín, don Pepón." Es el recuerdo también, de cómo lo llamaba Rosalinita. "Don Pepe, don Pepín, don Pepón." Y con ello, su figura de viejo bombero de aguas en un nuevo rostro... Su rostro, lejano, entre los bandazos alegres de mis primas. Su rostro—que nunca ví—en mi recuerdo recortado de tardes anteriores a mi infancia, de tardes aún más extrañas. "Don Pepe, don Pepín, don Pepón."

Es, también, la influencia en mí de aquellos cuentos: la primera influencia de personas que nunca había visto, de cosas que nunca había conocido. Cuentos que me alargaban la figura de don Pepe como la de un viejo comodoro de leyendas. Que me trazaban la primera fábula de una influencia: infantil, mágica, como colándonosenos por los bolsillos.

Es don Pepe, en el esplendor de una influencia. Con la misma magia que más tarde tuvo para mí, en el ingenio, la figura de Mercavides. Don Pepe, revoloteando, con todos los conjuros de mis imaginaciones infantiles. Surgiendo en una forma de disponer mis manos, en una irrupción al cruzar las piernas. Surgiendo como todas las influencias

de mi infancia. Y, así, yo lo recuerdo al pensar en las metamorfosis que más tarde yo realizaba con las cosas; como cuando con una cinta de terciopelo colgada a mi payama me entregaba a la posibilidad de ser una determinada figura; u, otras veces, con una pesa pequeña de la botica que guardaba en los bolsillos, me parecía estar con las inmensas posibilidades que para mí representaba la vida dentro de un gran tronco de árbol.

El colegio de la señora Anita. Todos nos sentábamos en los pupitres mirando a las paredes, mientras ella, se mecía en la comadrita cercana a la puerta. Ella, con sus largas peleas, amenazando a los niños con colocarle biseras. Aparece, lejana, en mi recuerdo, como una larga sombra.

También era el colegio de Elvira Alonso. Y Rosalinita, con su pequeña sombrilla, viniéndome a buscar el primer día de colegio. Y Rosalinita, esperándome en mi casa, llena de la luz de aquel mediodía.

El colegio de Elvira Alonso, en la casa vieja de detrás del pueblo. Más allá de donde vivía abuela Constanza—en su mediodía de siestas y de remedios—. Después de la acerita en bajada de la casa de don Luis García. El colegio, con su ruido de

molino de la panadería de al lado; fijo, quieto, entre las últimas casas del pueblo.

Era el festival de las llegadas al colegio, adonde yo entraba por el patio, sorprendiendo, en sus almuerzos, a la familia de la maestra. Almuerzos presididos por la tía Aquilina—a quien una prima mía llamaba *tí Quilina*—adusta y simpática en su ceño de delicias.

Era también, el portal. Con mis primas. Con mis primeras amigas: Laurita Olaran, con su bolsa bordada de llevar los libros; Laurita Fernández; Célida, larguirucha y delgada, en el desparpajo de sus ocurrencias. El portal, con las rifas de la maestra y los juegos del *chino loco* adonde, enfrente, entre los hierbales había una enorme piedra en que nos sentábamos—y que es la que en mí, como un objeto mágico, abre la posibilidad de estos recuerdos—.

El portal, con sus recreos amplios, desde donde yo hacía mis incursiones febriles, delirantes. Así, recuerdo, durante estos recreos, la casa de la vieja Lolita, al doblar de la esquina. Y eran todos los que estaban en el colegio detrás de mí, casi en puntillas, por dentro de aquellos hierbales en que vivía Lolita. Y era yo—con un sombrero de guano que llevaba al colegio para ponérmelo en esa visita del recreo—que me dirigía sin vacilaciones frente

a la casa—en aquella casa de charcos, última del pueblo, que terminaba en la finca de Jesús González—y, una vez allí, gritaba con todas mis fuerzas ¡Lolita!, empezando entonces a decir todo lo que se me pudiera ocurrir en mi delirio infantil: insultos, frases inconexas, fragmentos absurdos de discursos. Hasta que la vieja—¡y siempre era igual!, como si comenzáramos todos los días—en el colmo de la indignación, me gritaba—quizás refiriéndose a unos espejuelos de carey que yo usaba:

—¡Machado! ¡Machado!

Esto marcaba el límite del paroxismo. Era la catarsis. Mis primas corrían, entre risas, de nuevo hacia el colegio. Y yo, con algunas piedras que tiraba a la mata de mamoncillo, me volvía cansado; con ese no sé qué de sudor febril que tienen los juegos en la niñez; levemente hastiado de mí mismo.

El colegio de la maestra Elvira Alonso. Su colegio, con las cosas de siempre, en la niñez: con el extraño ruido de alero desvencijado del patio; con las limonadas del mediodía; con sus días de lluvia y sus vacaciones espléndidas. El colegio lejano, de Elvira; en la última calle del pueblo; poblado, siempre, con su susurro grande, como de luces.

Del colegio municipal sólo recuerdo poco. Allí

estuve escaso tiempo; pero me impresionaron sus sábados de saludo a la bandera. Aquellos sábados por la tarde con sus inevitables ejercicios rítmicos y, mi miedo ante aquello. Quedándome en el recuerdo la tarde en que, sorprendido por la conserje al estar mirando, aterrorizado, los ejercicios que los demás hacían, salí corriendo desesperadamente hasta abandonar la escuela; y, una vez fuera, seguí corriendo, como si estuviera perseguido por miles de campanas de miles de conserjes horribles; y, eran los mismos matojos del parque por donde iba, los que se metamorfoseaban en monstruos cautelosos que anotaban mi fuga.

También allí, en el colegio municipal, estaban las muchachitas. Esas muchachitas, con sus juegos y con sus fugas. Muchachitas con sus blusas pobres y sus sayas almidonadas; con sus maletas de asas despegadas y su cajita vieja de jabón donde llevaban las agujas y los primeros pespuntos de un bordado; con sus pelos hechos trenzas en cinticas rosadas. Ellas, que nos gustan en la infancia; hechas de nuestras primeras lejanías, de nuestras primeras nostalgias. Ellas, con sus blusas y sus libretas largas; abriendo, en nosotros, la primera desazón ante una risa; ante sus risas de burlas y de juegos.

Son los colegios de nuestra infancia. Ahora los veo, claramente, en su mejor imagen. Allí estás,

colegio de la señora Anita, con lo febril delicioso de un *escampado* por la tarde. Allí estás, colegio de Elvira Alonso, y se me abre lo mejor del mediodía al evocarte.

Colegios de la infancia; presentes; lejanos; en el exacto ofrecimiento de las imágenes.

*Toma y toma, Caringa,
pa las viejas palo y jeringa.*

El baile del Totí. El Zapateo. La Caringa, toma y toma, con sus risas. Esos eran los bailes, decía mi abuelo. No era como ahora, no, eran maracas y timbales y, toda la noche, la Caringa "pa las viejas palo y jeringa"—mi abuelo reía, como lo hacen todos los guajiros viejos que hablan del baile de la Caringa—. *Toda la noche y, era un baile de saltos, de saltos nada más, pero nunca nos cansábamos.*

El baile viejo de la Caringa, que tanto he oído en los relatos—mi padrino, por los trillos, entre sus cuentos, a veces bailaba algunos compases que recordaba. Los bailaba, entre aquellos trillos de su finca y el relato de las anécdotas de Casimbalta. Los bailaba, graciosamente, con un enorme pañuelo blanco puesto en la cabeza—. Los bailes antiguos, también como imágenes que nombraron para

siempre algunas cosas de aquellos campos. Como imágenes, como saltos, hechos posibilidades para siempre, abriendo el gran festival de mis recuerdos.

Pues ya tengo la alegría de mis recuerdos, baile de la Caringa. Esa alegría que va descendiendo de ti, que va llenando tantos ecos de aquellos lugares. Pues ya te tengo, baile de la Caringa. Y es tu mismo nombre, en nostalgia, el que abre la posibilidad de la alegría. Esa alegría, grande, de mis recuerdos de infancia; esa alegría, como la que sentía al entrar al ingenio, llenando el paisaje por todas partes, colocando nuestro deseo en todos los derroteros.

Así, van surgiendo todos los bailes del pueblo, del campo, que yo he visto. Bailes con todas las leyendas de nuestra vida; como los bailes que recuerdo de mi infancia, con su sabor tan caballerosamente provinciano. Como otros bailes, más recientes, con su lejanía, con sus nostalgias.

Baile del Zapateo que me contaba mi abuelo. Que era de dos, y todos los demás, los mirones, haciendo grupos para atender seguido. Iban como nadando—decía mi tía Marardina—como nadando los bailadores; él, agachándose para recoger el pañuelo; ella, poniéndose el abanico en la cara y en la cintura. Baile del Zapateo, en los cuentos de mi abuelo, con lo natural de su alegría, como los

mismos patios que rodean este recuerdo para llenarme con la luz de sus mañanas.

Bailes de mi infancia, en el Liceo. Cuando las muchachas se preparaban por los mediodías con sus *papelillos* hechos. Y era la alegría del tren, en su llegada, todo pitazos; del tren, que llegaba con sus músicos entre la admiración del pueblo, y los voladores del Liceo. Bailes que yo vi en mi infancia, con las muchachas paseando por las tardes entre la algarabía de los primeros preparativos. Y los jóvenes de entonces, con sus sombreros de pajilla y sus trajes blancos—con esa inevitable sensación de estar posando para un fotógrafo que tienen todas las figuras del año treinta—quedando en la ironía de sus relieves.

Jóvenes, figuras de aquellos tiempos, con sus sombreros de pajilla, con sus ademanes; que también nos arañan una nostalgia. Y que quedan en mí con una nota especial, con la melancolía de la frustración política... Palabra, que en este caso no puede asustarnos por lo que pueda traer de "sociologismo" al relato o por lo que tenga de banal nacionalismo literario. Palabra que siempre me llega con la lejanía de un estilo vislumbrado y, ya definitivamente perdido. Que me llega con el fulgor de las anécdotas de aquellos tiempos. De las anécdotas, hechas imágenes en nosotros, por el es-

pléndido colorido de sus circunstancias. Esa política contra el tirano, que en todos nosotros tiene que pesar en el recuerdo como un relieve esencialmente poético. Y que a mí me llega hasta en el sabor de ciertas mañanas provincianas que me quedan indisolublemente unidas a la espera—ya melancólica—de aquellos días.

Jóvenes de aquellos tiempos... la oposición... mis recuerdos. Y me vienen las reuniones: aquellas reuniones deliciosas de los que entonces eran opositoristas. Reuniones hechas para saborear discursos y lechonatas y que tienen el mismo color de aquellos campos.

Sí, eran las grandes comidas en la finca "La Yuca". Y mi padrino, cantando a media voz sus décimas, en la máquina destartada que se internaba por los trillos. Comidas, con su vino tinto en jarros de lata y sus lechonas asadas cerca del cafetal; con las guajiras sirviendo entre algarabías y la tarde cada vez más abierta de los campos.

Comelatas, y los regresos al pueblo al anochecer, que se hacían a veces caminando por los trillos. Y, era Echemendía, el poeta, que a mí se me aparece como una estampa de aquellos tiempos; hecho de cierto halo modernista y del esplendor de sus bastones—.

Que a mí se me aparece en cierto discurso es-

truendoso y romántico, muy de aquellos tiempos, que pronunció al dejar al pueblo. Y era yo, bastante niño entonces, con el hálito sentimental que en mí dejaron sus palabras. Que aún recuerdo, junto con su figura recortada por la distancia y el lujo sutilmente irónico de sus bastones al lado de mi padrino. Y, era lo increíble: aquellos tremendos pueblerinos opositores que se ponían a gritar:

—¡Echemendía recita! ¡Echemendía recita!

Y Echemendía, como un D'Annunzio matancero, tomaba, deliciosamente, muy en serio todo aquello y, disponía con gran mando:

—¡Ahora todos ustedes se quedan ahí!

Y así era, efectivamente, todos los convidados se quedaban desparramados acostándose por la hierba. Y se veían los faroles recostados por los troncos de los árboles, mientras, mi padrino—loco por todo esto—tendido también entre los hierbales, mandaba a hacer silencio. Entonces, era lo tremendo: una terrible voz mediúmnica surgía de aquellos campos; una voz arrasante, romántica, con redobles de tambores. Y era mi padrino, y los convidados—también estaba el dentista del pueblo—hechos puro insomnio poético. Y era el *Nocturno* de Silva, surgiendo, con nostalgia provinciana, re-

partiéndose en eco por las brisas, cumpliendo, magníficamente su destino romántico.

Pero esto no quedaba así, el médico Gálvez casi que levantándose con su bastón—aquel su bastón, para mí enorme, como una espiral de aquellos tiempo—, gritaba: —Echemendía, ahora tu *Berceuse*.

¡Y aquello era el acabóse! De la voz de Echemendía, empezaban a sugerirse *colombinas* de su poema, languideces modernistas.

¿Pero, dónde estaba Echemendía? Ninguno de los convidados acostados en la hierba lo veía, no, ¿dónde estaba entonces? Pues, ¡oh sutil lejanía del *modernismo*!, Echemendía estaba escondido detrás de un árbol. Sí; enjuto, elocuente, sacerdotal, como un sátiro, iba Echemendía descifrando su *mensaje* desde su escondrijo agreste. Y así lo veo todo, ahora, desde mi recuerdo: los convidados, mi padrino, en la espuma ingenua de su admiración; Echemendía, profético, ante la noche estrellada, golpeando con su bastón, en inútil provincianismo delicioso, al sopor lacio de aquellos campos en la noche.

Caballeros provincianos de entonces que, tantas estampas arrastran tras de sí. Entre ellos figura mi padrino. Mi padrino, médico del pueblo, con su consulta de pisos de madera. Aquella consulta

con el olor de los tabacos en el cenicero y los tomos de Historia Universal que había en el estante—tomos que yo hojeaba por la tarde, cuando mi padrino no estaba, y en sus láminas de tumbas y de figuras egipcias me quedó aquel intimismo que a mí tanto me gustaba de estar en la consulta a solas. Sí, mi padrino, con sus diversas facetas en mí: de cuando yo estaba enfermo, recuerdo, en la deliciosa atmósfera del cuarto, su manera de llegar—con esa alegría que siempre traen los médicos y, que es quizás más visible, en la visita de los médicos provincianos—con su saludo de siempre, que aún me alegra:

—Señor Chin ¿está usted enfermo? Señor Chin. Rechinchín Rubí.

Y, eran sus manos las que recuerdo y, sus recetas, que yo oía debajo del mosquitero y que me llegan con el calor de aquella casa en que vivía él en el pueblo. Pero era también, ya cuando yo estaba sano, la diversión que yo tenía de virar el agua para los gallos en el gran *patio de cría* que tenía mi padrino. Y recuerdo—en imagen rápida—los *jataja!* suyos y su correr, detrás de mí, con su blusa blanca de médico. Y, poco después, cuando yo estaba a salvo en la cerca del patio, venía mi discurso lleno de insultos y de frases inconexas, que aun él recuerda.

Sí, es él, entre las estampas de entonces, surgiendo de los hechos de mi niñez, y entre la socarronería muy guajira de su política. (Y así, lo revela la anécdota de los hermanos Angulo). En uno de los recorridos políticos de mi padrino por el campo, fué advertido de que estos hermanos Angulo—a pesar de sus promesas—*habían decidido no votarlo*. ¡Y ahí fué el hecho tremendo!: guajiros, políticos del pueblo—entre ellos mi padrino—salieron del pueblo en la mañana. Salieron hacia los campos, en nuevo recorrido. Con su almuerzo en la casa de González, con su brebaje en la tienda de Dueñas, con su galope seguido. Un viaje de recorrido, en los caballos buenos, en la mañana pre-dispuesta.

Era, también, inevitablemente, entrar en galope, en primera visita, al sitio de los hermanos Angulo; y los Angulo hechos algarabía criolla, mandando *apearse*, en puro contento (y todos los demás andamiajes que hacen estas escenas: niños encaramados en los árboles; muchachos con machete al cinto y grandes gritos de: “Padrino, padrino, aquí está el médico con la gente del pueblo”; viejas con caras chicas, enraizadas—como árboles—que salen al patio apisonada para azorar a las gallinas). Los Angulo mandando a hacer café, en prisa, a la viejita como árbol, que se pone a reír y a atemorizar

con su delantal a las llamitas de la leña quemada. Y los guajiros, habla que te habla, con su modo especial de tuteos y de preguntas: como si nada. Pero, ¡oh asombro!, era mi padrino sin querer sentarse. “¡Qué no!” “¡Qué no te preocupes, Angulo!”—sin querer sentarse y paseándose por la salita de madera vieja y por el portal de ceniza y tierra—el portal con algunas gallinas trepadas a la baranda—. Era él, cada momento más preocupado, en delicias de santurrón criollo. Y los Angulo *sin saber qué hacerse; viendo al médico que se pone a mirar las puertas como si hubiera algo extraño*. Y mi padrino continuando así, a pesar de que ya la viejita, en andar lento, se acercaba con sus jícara de café y, con esa cara, entre seriedad y sonrisa, que presentan las mujeres al servir. Sí, todo continuaba así y, los guajiros políticos decidían partir... sin que mi padrino le hablase a los Angulo. Y era el despedirse, y de nuevo todo el andamiaje; pero, mi padrino, socarronamente, seguía en su éxtasis. Pero, oh milagro, casi al acercarse a la talanquera mi padrino les decía a los demás guajiros que lo esperaran a la salida del camino y, se ponía a llamar a Panchito Angulo. El cual—él, el más viejo de los Angulo—, con su sombrero roto de guano y sucia la vaina del ma-

chete, daba sus grandes zancadas y se estaba en un tris con mi padrino.

—Usted dirá, médico—decía Panchito, con la cara de interés que ponen los guajiros al hablar.

—Oye Panchito, ¿tú habrás visto el disgusto que tenía yo por tu casa?—preguntaba mi padrino, con un tono donde no se podía distinguir la socarronería de la seriedad.

—Eso es así, médico, casi yo iba a comentar con los muchachos cuando usted se iba. Pero...

—Pues mira Panchito, yo casi que no les iba a decir nada. Pero, ya cuando me iba a ir, me di cuenta de que a un amigo como tú yo tenía que franqueármele. No puede ser de otro modo.

—Pero médico ¿cómo no va a ser así? Usted en casa de los Angulo no tiene más que mandar—decía, ya también un poco en socarrón guajiro, el viejito Panchito Angulo—. Así como le digo: mandar. Que usted en esta casa es como un familiar. ¡Y no faltaba más!

Que hasta la tía vieja de nosotros, Domitila Ramos, que tanto conoce a doña Constanza de cuando ella vivía por Casimbalta en casa del *entenado* Ramón, nos lo dice: “Muchachos, ese médico es sagrado para mí”. Así que mire, hombre, como le digo, aquí usted no tiene más que mandar—y Angulo, en la expresión de sus ojos y de sus manos,

adoptaba, inconscientemente, su más deliciosa expresión socarrona.

—Yo lo sé Angulo. Y por eso te digo que a mí no me gustó lo que vi por tu casa...—decía mi padrino.

—¿Cómo, médico?

—Mira Angulo, por tu casa había un *sér*. Un *sér* tan claro como que estamos aquí. Y, además, ese *sér* habló... Y, yo casi no quisiera creerlo... —Todo esto lo decía mi padrino en un tono de letanía muy especial en él—. Porque, mira, Angulo, que tú te habrás fijado que yo en la casa no quise sentarme y, me estaba de aquí para allá, como una salación.

—¡Así mismo fué médico!

—Pues era esto, Panchito: que ese *sér* me decía y me volvía a decir que ustedes, los Angulo, no iban a votar conmigo.

—Pero, médico...—casi que protestaba Pancho con un acento de ingenuidad criolla.

—Sí, Panchito, ese *sér* me ha dicho claro: los Angulo no votan. Y, yo, si no fuera porque es un *sér*, ni hablaría del asunto, más, ni creería nada...! ¡Ustedes, que son como hermanos míos...! Pero, Angulo, como te digo, ese *sér* hablaba clarito.

—Eso que usted está diciendo es verdad, médico

—decía entonces Pancho Angulo con un tono de pesar—. Nosotros, no lo íbamos a votar.

Y ahí surgían entonces las lamentaciones y recriminaciones de mi padrino, que se estaba dale que te dale al asunto, en desenfado criollo.

Pero al fin, los guajiros que lo esperaban lo veían venir con el canturreteo acostumbrado de sus décimas. Y él, ya con ellos, decía entre sonrisas:

—Bueno, vamos ahora para las "Dos Rosas".

Entonces, uno de aquellos guajiros se atrevía a preguntar:

—Médico, ¿y por fin qué hay de los Angulo?

Y mi padrino, con estudiada distracción, contestaba: —Mira, muchacho, siempre hay un *sér* que nos protege... La mitad de los Angulo van a votar con nosotros... (prosiguiendo el canturreteo de sus décimas entre la admiración sorprendida de aquellos guajiros). Es él, entre aquellos jóvenes de entonces. Ofreciéndome sus estampas, sus anécdotas, también en visión fotográfica. Apareciendo con sus cajas de tabaco, con un sombrero que aun recuerdo, en el Jagüey de entonces, en el Jagüey *oposicionista* de mi niñez.

Bailes que vi durante mi infancia. Bailes en el Liceo—aquel Liceo de dignidad provinciana, con sus socios vestidos de saco y sus directivas rigurosas—, con su olor antiguo, como una fotografía.

Bailes con una especial nostalgia que está en la calidad de ciertas tardes. Bailes vagos, lejanos, en su leyenda ida: provinciana.

Pero, también, están los *bailes de campo*. Esos bailes que he visto más tarde. Con sus andamiajes, con sus preparativos. Con su enorme alegría, tan deliciosamente provinciana.

Bailes de campo, con sus anuncios por las calles del pueblo. Y los guajiros, desde la mañana, entrando con sus caballos para hacer las compras.

Bailes que se insinúan en cierta vaga alegría que desplazan. Así, son todos en el pueblo y, por los trillos, preguntándose si van al baile. Y es la misma pregunta la que va haciéndose *embullo*, la que va revoloteando su alegría por todos los contornos.

Son las muchachas guajiras, con la alegría de la espera, en la tarde. Visitándose unas a otras, por los trillos, para *ver que tal de baile*. Y es el zumbido de su risa, bullanguera, azorando la calma de los campos.

Preparativos, en las casas de los guajiros. Es Manuel Iglesias, el de la finca "La Manolita", dedicado a llevar a las mujeres de Jabaco en su carreta de bueyes. Son los guajiros preparando sus caballos para entrar en la fiesta. Bailes que ya relampaguean su alegría en sus noches abiertas. Con sus días fijados: Baile del Sábado de Gloria;

baile del "Salón del Gallo"; baile de Pascuas en el salón "La Perla". Y son las noches, entrándonos su alegría. Las noches de los bailes, móviles, parloterías, con la fijeza alegre de sus estrellas.

Noche. Las máquinas que salen del pueblo: el escándalo de las bocinas; la luz de los reflectores pinchando insistentemente el portal de una bodega vieja.

Estrellas; más y más fijeza de la noche. Estrellas casi que acercándonos un secreto. Hablando a nuestra alegría.

Son los rostros de los que parten. Los rostros, bullangueros, levemente azorados.

Las máquinas—algunas enormemente viejas—parten por las calles del pueblo. Sus faroles siguen arañando, arañándose, su luz silenciosa por los rincones...

Alegría fija, insistente. Camino de los campos. Alegría inmóvil, nuestro deseo casi que ahogándonos a fuerza de espesarse con la noche. Alegría móvil, nuestro deseo saltando con todas las sombras del campo nocturno.

Viaje, carreteras, viejos caminos. Caminos estrechos. Enredaderas que cubren las piedras. Frutos de cundeamor, vistos a través de la noche; del bamboleo de la máquina.

Caballos, en cortos galopes, pasan. Caballos.

Ruidos, risas, saludos. Una guajira vieja, seria: sentada de lado: hacia cualquier punto de la noche. ¡no faltaba más!

Muchachas, también sentadas de lado. Ahora los faroles del automóvil hacen espectral con su luz a las patas de los caballos. Sus risas... pero también sus sustos grandes de mirar la noche. Sus risas, sus sustos.

Y el automóvil que se aleja, bamboleándose. Dejando atrás los guajiros, los caballos. Sus cortos galopes.

Palmas, también, por el viaje. Palmas en su noche de campo. ¿Melancólicas? Palmas izadas en la noche sana de los bailes. Surgiendo, surgiendo del cuento de las noches; del cuento de las noches de campo.

Relatando, ya, ellas mismas, su leyenda, su comienzo.

La máquina que se sigue alejando, entre tumbos. Y las palmas quedan... izadas en la noche... Más...: En su otra realidad. Como de cuento. De estar, fijas, entre las estrellas de la noche.

Caminos. Muchachas. Muchachas del pueblo que van caminando al baile. Por los trillos.

Viejas acompañantes, graciosas con sus faroles. Viejas de chales sobrios, casi tristes. Allí están,

paradas. Diciendo a las muchachas que *¡cuidado!*; que *¡cuidado con esa luz de los faroles!*

Y se quedan así. Esperando que pase la máquina. Se quedan con sus caras tiesas, serias. Levemente irónicas ante el escándalo de las muchachas.

Se quedan así para que no las olvidemos. ¡Y no las olvidamos! ¡Oh, viejas serias, en la espiral insomne de las noches de campo!

Pero al fin, cercanías. Cercanías, pero el salón de baile todavía lejano en la visión.

Otro bamboleo de la máquina. Ahora nuestra visión sobre los piñales. Tierra más su legión de frutos a ras de tierra. Insectos fantasmales en la noche. Bamboleo. Una lucecita se va abriendo, apagosa, fría, entre los matojos. Pero, de pronto, la lucecita que se sube a la noche; que se apaga; que vuelve y, se encarama a los árboles. Y, ¡a ras de visión!, el salón de baile que se nos pone de lado. Llevándose con él, al paisaje todavía lejano.

Sigue el paisaje de lado—casi que cortándonos el rostro—. El salón de baile en espiral perfecta. Con la llegada de los guajiros, de las carretas, en un loco serpentineo de rombos rotos.

El salón de baile. Ya cercano.

Ahora la nostalgia, quedándonos así: definitiva. La nostalgia y... la provincia. Mi provincia; que casi se precisa, apareciéndose, en los zumbidos

de la noche. Que casi que nos detiene, cercana. Y se pone a andar así, como si nada, por los matojos y por los sombreros. La provincia, sí, mi provincia.

Y es la confusión. Y es la nostalgia. Matojos perduran en su ruido, casi humano, después del paso de unos caballos. El zumbido y la noche, provincianas. El alarde silencioso de las carretas, como en sucesivos planos cortados.

Nostalgia. Confusión. Toda la melancolía, provinciana, que se pone a enredarse por las espirales de la visión cortada. A enredarse, a reflejarse... En espejos de tropos hirientes, sanguíneos.

Sí, y eres tú, ya más que nunca, mi provincia, presente en el insomnio febril de tus silencios, con tus relatos en la fija insistencia de la noche.

Y eres tú, mi provincia, casi que en ternura. Con tu dolor, con nuestro dolor, por la serena visión de tu nostalgia.

Ya hemos llegado. Más... y más confusión. Un delirio de luces apagadas, pequeñas, casi que ironizadas por las noches.

Carretas que se detienen. Su loco zumbido. Muchachas que se bajan, entre gritos, al taburete que hay debajo. Una vieja, también, en tremenda bajada; con algarabía de las muchachas y esfuerzo

de los compadres. Perros, ladridos, azoran a los bueyes.

Llegada. Atolondramiento de guajiros. A lo lejos, por el camino, unos faroles bamboleantes machetean a las sombras.

Pisos de tierra cercanos al salón. Apisonados, irreales. Y las muchachas de las carretas que entran ahora. Ya sin sus risas. Con ojos grandes. Como en misa.

Sí, una mirada más a la noche antes de entrar al baile. Una mirada más, ¡oh campos quietos, nostálgicos!: y... la música que nos cae de sopetón, como una lluvia.

La música, la guaracha. Remolino de guajiros a la entrada del baile, en un instante.

Guaracha con cornetines arcaicos, pueblerinos. Con cornetines sonsos, desafinados, en guasón desenfado criollo.

Contrabajos altos, provincianos. Tocados con seriedad socarrona por Armando Iglesias, barbero del pueblo y machetero en *tiempo de zafra*.

Y la guaracha revoloteando por todas partes. Casi que riéndose de la noche. Haciéndose cada momento más criolla, en su guasa febril. Haciéndose, deshaciéndose en alegría socarrona. Llamando a los demás, a todos. Llamándolos—como si nada—, a su desparpajo.

Guaracha como un baile de todos. Con su alegría apurando a las carretas. Con su alegría por el salón—¿y quién no baila?—; en los guanos, en los faroles; como acabarse la noche.

El salón de baile. Bancos largos de madera donde se sientan las viejas. Techos de guano. Faroles guindados.

Ahora empiezan a reconocer a los compadres de los otros barrios. Sus saludos grandes, cordiales. Y la guajira vieja que se pone a decir con su voz familiar: —Tengo tres. La mayor está casada con un entenado de los González.

Muchachas con sus vestidos punzó. Sus manos trabajadas, sin saber donde ponerlas. Sus ojos grandes, como con miedos. Mientras, en grupos, por los rincones del salón, los guajiros ocultan su vergüenza entre codazos y risas. Muchachas pobremente tiesas, azoradas. Esperando seriamente el comienzo de la música.

Al fin, alguién las invita a bailar. Ellas, sonsamente, responden: —Bueno.

Cantinas. Mostradores rústicos, acabados de hacer. Guajiros tiesos, con trajes de saco azules: invitando a las compañeras, torpemente.

Vasos: torpemente quedan en el mostrador. Andariveles. Carreras de los que sirven. Tintineo.

Ahora los guajiros de trajes azules empiezan a

sacar unos pañuelos grandes... más grandes: casi enormes en el recuerdo.

Y es Andrés Rodríguez, "Bijirita", el que se acerca a nosotros. Con un paso minúsculo, afiebrado, se pone delante y comienza su cháchara.

—Que me han dicho que tú estás estudiando para abogado. Eso está muy bien. Eso es lo que a mí me gusta. Pero en este pueblo de Jagüey no se conoce eso... Aquí, muchacho, no se respeta a los abogados, no—diciendo esto, paladeaba a lentos sorbos su vasito de cerveza—. Aquí no se respeta a la *posesión*, ni a un demonio. Que tú sabrás la injusticia que han hecho conmigo, no. Porque todo el pueblo lo sabe.

Yo vivía por el "Reparto", en uno de esos bajaques que tenían los González. Ahí mismo, en el "Reparto"; y siempre con el alquilero, y siempre con los insultos de los González. Así mismo, chico, con los insultos ¡y sabiendo todos nosotros que esa tierra no es de nadie!—Bijirita, moviéndose en la silla, casi que se ponía de pie, haciendo bueno su sobrenombre.

Por eso yo no aguanté más. No señor. Yo no soy como la gente de Jagüey, que siempre está olvidada de su derecho—con esto volvían las altiveces mímicas de Bijirita.

Me fuí para la casa de unos abogados amigos que

tengo por Matanzas, y les llevé el caso. Ellos son como hermanos míos figúrate. Así que, ellos me llamaron al otro día y me dijeron lo siguiente, nada menos que lo siguiente: "Andrés Rodríguez: nosotros somos abogados y notarios matanceros de muchos años en el ejercicio de nuestras carreras; hemos estudiado tu caso, y te decimos—con perfecto conocimiento de las causales y de los antecedentes que tú has puesto en nuestras manos—: Andrés Rodríguez, tú tienes el derecho, tú tienes la *posesión*."

Así mismo muchacho, me dijeron los abogados de Matanzas. ¡Un expediente posesorio! ¡Que yo tenía un derecho posesorio! ¡Y lo ejercí!

Sí, cuando vinieron aquellos canallas González, los atajé, diciéndoles: "Espérense un poco amigos con esa matraca del alquiler, que yo lo que tengo aquí es una *posesión*..."

Y seguía el cuento de Andrés Rodríguez. Él, tan figurín guajiro, con el expresivo movimiento de sus ojos y la sorna de su conversación. Seguía su cuento, y era de ver la terrible socarronería de los González. Sí, socarronería guajira, porque ellos, al oír el estruendo oratorio de los derechos de Andrés, se iban despacito, casi que resignados, por los trillos de la casa del "Reparto".

Resignados, como en humildad criolla; se iban como si no hubiera pasado nada, hacia sus campos.

Pero, era la noche. Sí, bien entrada la noche. Y Andrés, casi que enloquecido de *Jurisprudencia*, catequizaba por los cafés del pueblo. Allí estaba, enloquecido con su triunfo; haciendo alarde de sus derechos en el revoloteo de sus manos.

Pero, ah ¡todo fué en un instante! Andrés fué llamado en uno de aquellos cafés, de aquella noche terrífica. Andrés llamado y llamado, con terror, desde la calle, por sus vecinos. Y era en un instante: ¡lo tremendo!: la casa de Andrés que ardía —¡oh burla del Derecho!—por todos sus lados, como un demonio. Y, ¡ay! que eran los vecinos, y la indignación, y los cubos de agua. Que era, también, algunas guajiras llorando de tristeza. Pero nada. Los González—sí, ellos mismos—habían sido; algunos, los primeros que sintieron la "tribuná de llamas", los vieron en el desparpajo de sus capas de agua, cruzando el platanal con sus caballos veloces...

Sí, era la más espantosa burla del Derecho. Así mismo, así mismo—decía y repetía Andrés—. Fué, pues vamos hombre, fué como lo que le pasó a la pobre Romualda. Y era entonces Romualda, la vieja negra machetera del "Combate". Era ella, en su vieja cama destartalada, con sus consejos

tremendos y el delirio simpático de sus fiebres. Romualda, sacando sus viejos papeles debajo de la almohada. Ella, que evocaba sus días tristes en el hospital de Matanzas: sus días de horrible pobreza entre el olvido de todos.

Sacando, sacando sus viejos papeles debajo de la almohada. Sacando... y de su tierno delirio salían sus cartas desesperadas, "el litigio aquel", sus despojos. Era su jerga—que era como el ambiente que la rodeaba de casa vieja del pueblo: los taburetes rotos; alguna imagen destartada de la virgen por las paredes; algunas gallinas que a veces entraban al cuarto—, con su "litigio", con la fuerza persuasiva de su delirio.

Ella, Romualda Jiménez, había escrito desde su cama pobre del hospital de Matanzas. Había escrito a los "personajes de La Habana" que tenían que saber de su olvidado derecho. Y era ella, contándonos la llegada del abogado a su cama de enferma. Del abogado, que surgía en su relato con sus levas y su retórica.

Así mismo, se presentó todo un señor abogado. Y Romualda se colocaba de nuevo, sus viejos espejos de aro dorado, para repasar sus papeles viejos. Allí, en mi cama del hospital de Matanzas. Sí, él venía para saber del robo que me había

hecho el Procurador. Y, era él, tan limpio, ante mi cama pobre del hospital:

—Señora, yo soy un abogado.

Y Romualda—adoptando la misma posición tiesa, tiernamente retórica, que había adoptado para contestar:

—Pues, yo soy Romualda Jiménez y juro decir verdad.

Romualda Jiménez, en los cuentos de Andrés. La Romualda Jiménez que conocimos, machetera de la finca "El Combate", con sus grandes cestas de ropa limpia. Ella, más tiernamente pobre que nunca en los relatos de Andrés. Ella, con sus anatemas, con sus delirios; simbolizando cierta tristeza de aquellos campos; cierta tristeza lacia, tiernamente grotesca de los campos, y que siempre queda en su pobre gesto inexpresivo.

Y así la veo ahora, como el llanto de aquella guajira, como los secos entierros al mediodía. Romualda Jiménez—surgiendo de los cuentos grotescamente retóricos del "Bijirita"—, sola, con algo de la pobre inexpresiva soledad de nuestros campos. Romualda Jiménez, como un hálito más, como esa rencorosa, imposible poesía de lo nuevo que siempre he sentido en aquellos campos.

Sí, también el "Bijirita" es de la atmósfera de aquellos bailes. De aquellos bailes, en sus anéc-

dotas, con el conjuro de lo que para mí tienen de evocadores aquellos campos.

Conjuro, que como un caleidoscopio va tocando todos los hechos que sensibilizan mi recuerdo. Y es el baile, entonces, una vez más; con todas mis figuras imaginativas (figuras imaginativas que, como ciertos conjuros interiores, tienen el poder, con su sola evocación, de traer a nosotros una infinidad de realidades espirituales que parecían irreductiblemente alejadas del contacto con esas figuras), con las nostalgias.

Bailes de campo, con su pobre poesía. Cercados de un deseo, de una evocación. Lejanos, pobres, con su solo dejo provinciano, inexpresivo...

13

Mi casa del pueblo sorpréndeme, ofreciéndome su último y definitivo rostro en la mudada para La Habana. Aquella mudada que yo hice con mi madre y con Ofelia, la criada. Mudada que por la enorme tristeza que a mí me produjo (esa tristeza tan profundamente abierta, en que nos parece estar acompañados por todos, y un rostro amigo o una situación que hayamos vivido, la sentimos mirándonos desde esa cercanía familiar en que se anida nuestra nostalgia. Y es sin embargo, terriblemente paradójico, en que esa sensación tan profundamente vital de nuestra infancia sólo nos aparezca más tarde con algunas experiencias de la muerte; pues es con esta experiencia donde puede percibirse nuevamente la ternura de algún rostro o la sencilla poesía de una situación cotidiana) pobló mi imaginación con los recuerdos, ya hechos imágenes nostálgicas.

Así, al pensar en mi casa del pueblo, sobresalen entre todas mis emociones sólo dos recuerdos in-

significantes. Uno fué, el del cuarto de baño, en el último día que viví en el pueblo, con la casa, ya fría, por los enormes cajones que recogían las cosas; y era el cuarto de baño—con su bañera anticuada—, que me traía la calidad en pureza de la vida provinciana; y era su ventana, fresca, dando para el gran patio del hotel con la nostalgia de sus cicales. Otro recuerdo fué la madrugada en que nos fuímos, y los faroles de la máquina, tristemente espectrales, quedándose un momento, a iluminar la puerta de la casa.

Estos recuerdos, me quedaron revoloteando en los primeros tiempos que pasé en La Habana. Revoloteando, con su nostalgia, que a mi madre y a mí nos hacía ver todas las cosas a través de la ausencia del pueblo. Ausencia, que se agravaba por aquellas ventanas del hotel que nunca pude asimilarme; en su fijo estatismo, que era un continuo renovarme la tristeza.

Eran también, las calles de La Habana, que ya no tenían para mí, ni los ruidos, ni el olor, de cuando venía de visita a casa de Jísabel. Calles que no poblaban ninguna sensación, que quedaban con sus secos ruidos a darle cierta especial sensación de vacío a mi infancia.

Así, mi padre, para acostumbrarnos a mi madre y a mí al barrio donde pensaba vivir, nos hacía

dar, por las noches, unas vueltas en máquina alrededor de la nueva casa de La Habana. Y queda en mi recuerdo, con su ironía ingenua, aquellas volte-retas con el chofer negro Jerónimo, durante los cuales mi padre—muy en su indiferencia—nos hacía observar las delicias del nuevo lugar; y que a mí siempre me encanta y sorprende—al pensar en su fortaleza—, su comprensión, tan ingenua, ante aquellas vacilaciones nostálgicas de nosotros.

Fué entonces, ya más tarde, en mi adolescencia, cuando surgieron como poesía, los recuerdos del pueblo. Eran las salidas del Instituto y las primeras conversaciones, haciendo despertar el fulgor de mi infancia; eran los recuerdos, deliciosamente impregnados del sabor de la adolescencia.

Así los veo ahora: el despertar de mis recuerdos, en los parques; sintiéndolos con esa sensación mágica que nos hace resbalar todo lo que nos toca, con un contacto finamente *pobre*, aunque casi sensual; sintiéndolos a ellos deslumbradoramente primarios, entrelazados, en sutil conjuro, con la melancolía de la adolescencia.

Recuerdos de mi infancia, de mi provincia. Con las ingenuidades deliciosas—sí, ya eres tú, Juan José, que íbas a ser el primer lector de mis escritos, casi sin saber qué hacerte con tanta adoles-

cencia—de sentir mi infancia, la tierra en altivez emocional. De sentir la tierra inmersa en su magia, como una enorme posibilidad adolescente. Eran los recuerdos infantiles de cuando la lucha contra el tirano, que tiene que quedar en todos nosotros con su esplendor inexpressado, como una ruptura. Eran, en mi recuerdo, las esperanzas absurdas—eso que es más tarde el rencor—; las esperanzas... y la tierra que se nos abría por todas partes, en su nostalgia.

Y era el Cuje; el Cuje, en espiral; en sus vacilaciones. Soplándonos, inventándonos el paisaje, ya que él estaba tan ásperamente fuera de cualquier diálogo. Vibrante, vacilante él; aunque secretamente fuerte: nos llenaba con el mejor sueño de nuestros campos, para andar cruzando por la nostalgia de nuestra adolescencia. Sin ser símbolo (¿cómo podría serlo en su manera tierna de ofrecérsenos?), pero arañándonos un sortilegio; lanzando, en relieve, las anécdotas de viejos guajiros.

Y era la búsqueda para los conjuros de nuestra reminiscencia. Que iban surgiendo de la soledad; que iba surgiendo en nuestra duda, como una lejanía, en su esperanza seca. Y he aquí al Cuje, también haciéndose en la duda, también luchando nuestra sordidez.

Porque era la adolescencia en el abrir nuestros

orígenes: para así relatarnos hasta poder saber un poco en todas las tardes que no hemos podido tocar; en el són aquel, o en el instante. Sí, relatarnos, y relatar nuestra tierra a como podamos: en sus retazos, con nuestros propios rotos. Y relatarla en el són que supimos (tan temprano) y que a veces parece en la mentira...

Y así, sentía, que quizás a fuerza de llamarnos la infancia, lograra algún eco por donde abrir la soledad, para poder tocar en el deseo o en el maravilloso sortilegio de una *coincidencia*, porque en el relato pudiera quedar para siempre con el rincón aquél de nuestros juegos, o por la sorpresa de tropezar la noche desde el parque.

Sí, fué más tarde, en mi adolescencia, cuando surgió el recuerdo. Y ya mi infancia empezaba a regalarme su otro soplo... aquél que me ofrecía, en la posibilidad de su relieve, el eco nostálgico de ciertos conjuros.

Y eran mis recuerdos, mi provincia, en su reclamar por todos los rincones del anhelo. Desde el comienzo; a llamarme en su pobre ternura, casi absurda...

Y eras tú también Cuje: un poco por donde nacen mis recuerdos; un poco por mi adolescencia; orillando nuestro relato, como una seca admonición a nuestro imposible rencor, a nuestro anhelo.

*Se terminó de imprimir a los
cinco días del mes de Enero
del año del Señor de mil nove-
cientos cincuenta y dos, en
la ciudad de San Cristóbal
de La Habana, en la im-
prenta Ucar García,
S. A., en la calle
Tte. Rey, 15.*